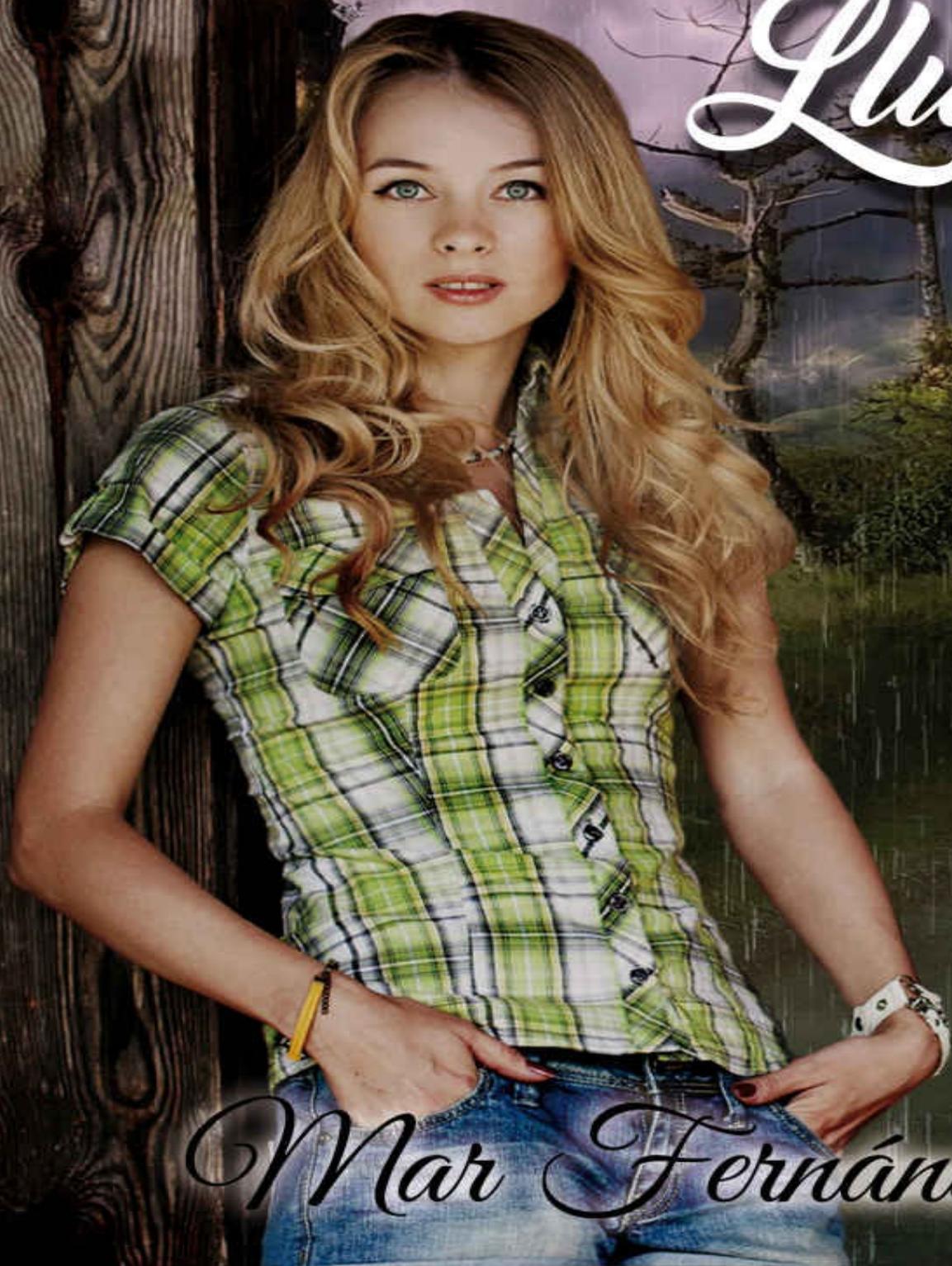


Bilogía «Town Hope»



*Besos  
con sabor a  
Lluvia*



*Mar Fernández*

*Bilogía: «Town Hope»*

*(Volumen I)*

*Besos con  
sabor a lluvia*



*Mar Fernández*

*Besos con sabor a lluvia*

Copyright © 2018 Mar Fernández Martínez

Todos los derechos reservados.

Queda terminantemente prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procediendo, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, al igual que la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos público sin permiso expreso del autor de la obra.

Corrección: Violeta Treviño

Portada: Valerie Miller

© <http://es.123rf.com/>

Archivo nº: 27895095

Autor: [Maryia Bahutskaya](#)

All Rights reserved

1ª edición en Febrero 2018

[www.safecreative.org](http://www.safecreative.org)

Número de registro: 1801035264325

*Esta historia se la quiero dedicar  
a mi queridísima prima Conchi Martínez Martínez,  
mi Murcianica, por el cariño que demuestra  
por mis novelas y sus personajes.*

*Gracias por creer siempre en mí.  
Te quiero, cielo.*

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

Agradecimientos

Mar Fernández Martínez

Otras obras de la autora

## Capítulo 1

Ruth Harper se recostó contra el respaldo de la silla y, tras quitarse las gafas, se pinzó el puente de la nariz con el dedo índice y pulgar. Molesta, anotó mentalmente acudir al oculista para revisar la graduación de su vista. En la hora que llevaba intentando revisar las cuentas de la casa no había logrado que las cifras dejaran de bailar ante sus ojos, provocándole un ligero mareo.

«Me estoy haciendo mayor», se dijo contrariada, mientras cerraba el libro rojo que reposaba sobre el escritorio. Estaba a punto de levantarse, con la intención de ir a prepararse un café, cuando la puerta del despacho se abrió con estrépito para dar paso a Daniela, su nieta.

No pudo evitar que una sonrisa se dibujara en sus labios al clavar su mirada en su pequeña. Daniela era una joven menuda, de cabello oscuro y mirada azulada, que poseía una gran vitalidad. Era la alegría de la casa y a pesar de haber protagonizado alguna que otra travesura, no podía enfadarse con ella. Era una buena chica.

Daniela corrió hasta la mesa tras la cual se ocultaba su abuela y, con un sobre entre sus dedos, comenzó a dar saltos a su alrededor.

—Niña, para —le amonestó la anciana—. ¿Qué diantres pasa? —interrogó.

Daniela, con una sonrisa que iluminaba su rostro, colocó el sobre en la mesa, frente a su abuela, antes de responder a su pregunta.

—Es una carta de la Universidad de Texas Southwestern —explotó llena de euforia—. ¡Abuela, me han aceptado!

Ruth sintió que su corazón se henchía de orgullo. Su nieta iba a ser la primera de la familia Harper en ir a la universidad. Siempre había sido una buena niña, estudiosa y trabajadora. Desde que tenía uso de razón siempre había dicho que quería ser veterinaria y ella siempre había alentado aquel sueño.

Olvidando su anterior malestar, Ruth no dudó en abandonar la cómoda butaca que había usado hasta entonces y acercarse hasta su pequeña para estrecharla entre sus brazos fuertemente.

—Mi niña, estoy muy orgullosa de ti.

—No lo habría logrado sin ti, abuela. Te quiero mucho —expresó la

joven mientras besaba sonoramente su mejilla.

Ruth sonrió ante sus palabras y se apartó para poder estudiar su rostro, para grabarlo en su memoria como si temiera olvidarlo.

—Y yo a ti, ratoncito. Estoy muy feliz por ti, pero no te voy a mentir, te voy a extrañar.

—¡Oh, abuela, por favor! No me voy tan lejos y prometo venir todos los fines de semana que pueda.

—Claro —replicó Ruth. Aunque sabía que la promesa de su nieta estaba hecha desde el corazón, era consciente de que no podría cumplirla. Su pequeña había crecido y había llegado su momento de volar del nido para formar su propia vida—. ¿Y cuándo te vas? —preguntó, a pesar de no querer escuchar su respuesta.

—Después del verano —respondió Daniela melancólica.

Aunque había logrado su propósito, Daniela no podía evitar sentir cierta nostalgia al tener que abandonar su hogar y a una familia a la que adoraba. Tras largos años de estudio, intentando sacar siempre las mejores notas, había alcanzado la meta que se había fijado, y aún así, sentía que una vez que saliera del rancho Harper algo esencial en su vida desaparecería.

—¿Se lo has contado a tu hermano? —interrogó Ruth, intentando dibujar una sonrisa en sus labios.

—No, aún no. Quería decírtelo a ti primero —confesó.

—Pues no sé a qué estás esperando —replicó la anciana, mientras tomaba a su nieta por los brazos, hacía girar su cuerpo y le daba un cachete en el trasero para que anduviera hacía la puerta.

Necesitaba unos minutos a solas más que el aire para respirar. No apartó la mirada de Daniela hasta que esta desapareció tras la puerta. Solo entonces se permitió flaquear, sentándose en el sofá situado junto a la ventana, donde había unas fantásticas vistas de los campos del rancho Harper.

Recapituló sobre su vida en los últimos años. Desde la desaparición de Morgan, su primer y único amor, muchos años antes, los sucesos en la familia Harper no habían sido los mejores, pero juntos lo habían superado. Primero fue la muerte de su nuera, Penny, mientras daba a luz a su pequeño ratoncito. Fue un duro golpe para todos, pero sobre todo para su hijo. Tras la muerte de su mujer se había convertido en un hombre frío y huraño. La pequeña Daniela apenas fue consciente de ello mientras crecía, pero para Ridley fue diferente. En poco tiempo había perdido a una madre a la que adoraba y a un padre al que admirada.

Pero la cadena de tragedias en la familia no acabó ahí. Años después, cuando Daniela apenas tenía diez años, John, su pequeño del alma, descubrió que tenía cáncer. Aquella maldita enfermedad le fue consumiendo durante dos largos años para finalmente llevárselo. Y así fue como ella, a sus sesenta y cinco años, tuvo que hacerse cargo de un adolescente rebelde y una pequeña tímida y triste. Los comienzos no fueron fáciles, pero poco a poco los tres construyeron una nueva y pequeña familia.

Sabía que con la marcha de Daniela una nueva etapa comenzaba, y a pesar de estar feliz porque ella hubiera logrado perseguir su sueño, no podía evitar que la tristeza la embargara. Ahora que su ratoncito había tomado su rumbo, debía centrarse en Ridley. A sus treinta y dos años se había convertido en un prestigioso ranchero, como lo fue su abuelo en su momento. Era bueno con los negocios y aparentaba ser feliz, pero Ruth sabía que era todo fachada. Sabía de sus amoríos con la nueva médica del pueblo, y a pesar de ser un buen partido no estaba convencida de que esa relación funcionara. Su nieto necesitaba una mujer que le hiciera vibrar, maldecir y reír a carcajadas, y no estaba segura de que Michelle Sanders fuera la indicada.

\*\*\*

Ridley ignoró el dolor que atenazaba la parte baja de su espalda, y con determinación siguió aferrando las patas de la vaca que tenía bajo su cuerpo. Hayden llegó en ese momento con el hierro candente entre sus dedos, y con la pericia nacida de la práctica, estampó el sello del rancho en el flanco del animal. El olor a carne quemada ascendió hasta las fosas nasales de Ridley, y a pesar de estar acostumbrado, hizo que contuviera el aliento.

—¡Pues ya está! —exclamó su amigo, mientras dejaba el hierro dentro de un cubo de agua, que comenzó a desprender vapor—. Este año has hecho una buena compra —comentó, mientras dirigía su mirada al cercado, donde cientos de cabezas de ganado se movían, degustando la hierba verde—. Ese semental ha procreado a conciencia —añadió con humor.

Ridley, que en aquel momento se incorporaba, sonrió al escuchar el comentario de Hayden. Se habían criado juntos y lo consideraba un hermano, a pesar de que de no compartían sangre.

—Eso parece. Este año el rancho va a dar ganancias —vaticinó.

Hayden se giró y observó a su amigo, que en aquel momento se frotaba la espalda. Su rostro mostraba el ceño fruncido y sus labios estaban

apretados, formando una fina línea.

—¿Aún no has ido a la consulta de Michelle? —le interrogó.

—No es nada —replicó Ridley molesto.

—No te hagas el valiente. El batacazo que te metiste el otro día no fue un simple revolcón —dijo, en alusión a la caída que había protagonizado Ridley mientras intentaba domesticar a un caballo. *Mustie* era un buen ejemplar de pura sangre, pero era demasiado indómito.

—¡Oh, vamos, Hayden! Empiezas a parecerte a mi abuela —le espetó con malos modos.

Hayden no se dejó impresionar por su genio. El mal carácter de Ridley era popular, pero él le conocía desde que eran unos críos que correteaban entre las piernas los trabajadores del rancho.

—Pues quizás sería más efectivo que le contara a Ruth lo sucedido —le amenazó, sin sorprenderse por la expresión torva que su amigo le dedicó.

—¡Vete a la mierda! —espetó Ridley, mientras comenzaba a caminar, cojeando visiblemente en dirección a la casa.

Hayden sonrió con amplitud tras la respuesta de su amigo. Después de dar unas últimas órdenes a los hombres que trabajaban con los animales, le siguió por el camino de tierra. Llegó a la cocina a tiempo de atrapar la botella de cerveza que Ridley le lanzó y tras abrirla le dio un largo trago.

—Estoy molido —confesó Hayden—, pero esta noche no pienso perderme la partida de póker con los chicos. ¿Te apuntas? —preguntó a Ridley, que estaba dando buena cuenta de la cerveza.

—Paso, esta noche he quedado.

Una sonrisa pícaro curvó los labios de Hayden antes de hablar.

—¿Otra vez con Michelle?

—Sí, ¿qué tiene de malo? —preguntó Ridley, molesto ante el escepticismo de su amigo hacia la mujer con la que llevaba varios meses saliendo.

Hayden iba a replicar cuando la llegada intempestiva de Daniela, la hermana de Ridley, le interrumpió. Sin ser consciente de ello se quedó embobado, absorbiendo ávidamente la visión de la joven.

—¡Ridley, me han aceptado! —gritó la joven, mientras se tiraba en los brazos de su hermano, que la acogió sin restricciones.

—¿Dónde te han aceptado? —preguntó Ridley intrigado.

—¡En la universidad de Texas Southwestern! —replicó con excitación.

—Hermanita, estoy muy orgulloso —replicó Ridley con emoción,

mientras volvía a estrechar el frágil cuerpo de su hermana.

Hayden, por su parte, tuvo que apoyarse en la encimera a su espalda. Tras escuchar la noticia sintió cómo un agujero se abría bajo sus pies. Se alegraba por Daniela, iba a cumplir su sueño, aunque eso supusiera su marcha. Pese a haber negado cien veces el sentimiento que había aflorado en su corazón respecto a la pequeña de los Harper, tenía que asumir que estaba enamorado de ella. Cada vez que estaba cerca de Daniela su corazón galopaba en su pecho, y no era capaz de hilar más de dos palabras seguidas en su presencia.

Se maldecía por haberse enamorado de la única joven que estaba vetada para él, pero al parecer, nadie era dueño de sus sentimientos. Había demasiados motivos para alejarse de ella. El principal era que Daniela era la hermana pequeña de su mejor amigo, y le llevaba al menos siete años. «Por Dios, si hasta he limpiado las heridas de las rodillas cuando se caía de la bici para que Ridley no la regañara», se recriminó.

Resuelto, sacudió la cabeza y se giró, con la intención de salir de aquella cocina en busca de aire fresco para sus pulmones, cuando la voz cantarina de Daniela le retuvo.

—¡Hayden! ¿No vas a felicitarme? —le recriminó la joven, acercándose a su altura para quedar frente a él.

—Sí, claro —balbuceó el aludido—. Me alegro mucho por ti —expresó, mientras se masajeaba la nuca.

—Pues no lo parece —le espetó la joven, antes de acercarse a él y abrazarse a su cuerpo, rodeando su cintura con los brazos—. Dime que me echarás de menos —dijo melancólica, apoyando su cabeza en su pecho—. Yo a ti, sí.

Hayden retribuyó el abrazo con torpeza, presa de una emoción especial al tenerla entre sus brazos. El olor del cabello de la joven llegaba a sus fosas nasales, y contuvo el aliento para que su cuerpo no reaccionara inconvenientemente. Su corazón latía acelerado, y deseó estar así para siempre, pero la llegada de su madre rompió el mágico momento que estaba viviendo.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Emily, mientras dejaba las bolsas de la compra sobre la encimera más próxima.

—¿Hay más en el coche? —preguntó Ridley, dispuesto a ayudar.

—Sí, cielo —replicó la mujer, mientras observaba las mejillas sonrojadas de su hijo, que se había apartado de Daniela como si su tacto

quemara—, un ciento.

—Voy a por ellas —se ofreció Ridley abandonando la cocina.

—¿Y bien? —insistió Emily con curiosidad—. Daniela, ¿a qué se debe tanta efusividad?

La joven se apartó de su cuerpo, cosa que Hayden agradeció y aprovechando la cobertura, desapareció por la puerta. Daniela, por su parte, se acercó a la mujer y comenzó a sacar los víveres de una de las bolsas con la intención de ayudar.

—Hoy he recibido la carta que llevo semanas esperando.

El rostro de Emily se iluminó al escuchar sus palabras, y olvidando lo que estaba haciendo, se abrazó a la joven y la achuchó a gusto.

—¡Felicidades, cariño! —exclamó, mientras besaba su coronilla.

—Gracias, Emily —sonrió ella, reconfortada por su cariño.

Al abrir el sobre aquella mañana había temido la reacción de su familia, pero al ver su alegría y aceptación, la desconfianza y dudas iniciales habían desaparecido por completo.

—Estoy muy orgullosa de ti, vas a ser la mejor veterinaria del mundo —declaró Emily con orgullo.

—Eso espero —replicó Daniela, disfrutando del abrazo de Emily, que era como una madre para ella.

## Capítulo 2

Blake entró en el piso precipitadamente, sacudiendo su ropa sin importarle mojar el suelo tras la tormenta repentina que había caído sobre su persona. Tiró la cazadora sobre una silla y abrió la nevera donde solo encontró unas latas de cerveza, un cartón de leche y unos huevos. Cogió una de las latas y tras quitar la anilla, le dio un largo trago.

Con paso cansado, se dirigió al ajado sofá donde se dejó caer. Observó la pared frente a sí y descubrió las baldas cubiertas de polvo. El apartamento tenía una pinta espantosa, pensó, extrañando a su madre, que había fallecido unos meses antes.

La conciencia era una mala compañía, y la suya últimamente no le dejaba tranquilo. Había visto las llamadas perdidas y mensajes de su hermana, pero estaba tan sumido en sus propios problemas que había preferido ignorarlos. Sabía que era un cobarde por no enfrentar las complicaciones que le rodeaban, pero se sentía acorralado.

Unos golpes sobre la puerta le sobresaltaron y su gesto se torció al escuchar la voz de su casero.

—¡Chico! Sé que estas ahí —vociferó el señor Hundson.

Blake apretó los labios y aplastó la lata entre sus dedos.

—Me tienes que pagar el alquiler o tendré que llamar a la policía —le advirtió.

—¡Váyase al infierno! —gritó Blake fuera de sí.

—Chico, no colmes mi paciencia, tienes las de perder.

Blake maldijo a Hundson, aunque sabía que tenía razón. Se estaba quedando sin salidas.

—A primeros de mes tendré el dinero —mintió, buscando ganar algo de tiempo.

—Más te vale, chico, más te vale... —le advirtió su casero antes de desaparecer por la estrecha y maloliente escalera del edificio.

Blake se frotó la frente con los dedos y maldijo en voz baja. Todo era culpa de Desirée, por esa maldita mujer estaba metido en aquel lío del que ahora no sabía cómo salir. Todo comenzó tres meses antes, cuando aquella rubia despampanante llegó en su deportivo último modelo a su taller. Durante días se presentó a última hora, de improviso, hasta que él cedió a sus

caprichos y salió con ella. Desde entonces su tranquila vida, aquella que tanto trabajo le había costado forjar, se tambaleó hasta sus cimientos. Acabó colgado de ella, y volvió a un mundo que del que había tardado años en salir. Fiestas, alcohol y partidas de póker.

En poco tiempo se había fundido el dinero que tanto trabajo le había costado ahorrar y, cuando dejó de cumplir con todos sus antojos, Desirée desapareció en busca de una nueva presa. Él se quedó sin el taller y arruinado. Apenas tenía unos billetes en la cartera.

Y para colmo de males, en unos días su hermana regresaría a casa tras acabar su último curso universitario de la carrera de bellas artes. No podía dejar de pensar en ella y lo que se encontraría. «Cloe», su nombre se repetía una y otra vez en su cerebro. «Le he vuelto a fallar», se recriminó, como un mantra que no cesaba en su cabeza y que le atormentaba cada hora del día. Solo le quedaba una opción, una que nunca hubiera querido utilizar.

Con desgana, sacó el móvil del bolsillo trasero de su pantalón y buscó en la agenda el número que buscaba. Dudó durante interminables minutos antes de dar al botón verde de llamada.

Un tono, dos, tres.... Tamborileó con los dedos sobre su rodilla y respiró aliviado cuando escuchó una voz al otro lado de la línea.

—Parker al habla.

—Hola, Parker. Soy Campbell.

Silencio.

—¿Parker? —preguntó Blake dudoso.

—Campbell, ¿qué quieres?

—Necesito pasta —se sinceró, no tenía sentido mentir a Parker—. ¿Tienes algún trabajo para mí?

—Mmm... —dudó unos minutos su interlocutor—. Puede ser, ¿estás interesado?

—Sí —afirmó Blake sin demasiada efusividad—, por supuesto.

—Creía que no querías juntarte con mis chicos, o al menos eso fue lo que dijiste antes de dejarme tirado —insinuó Parker, disfrutando con la situación.

Blake se pinzó el puente de la nariz con el dedo índice y pulgar y cerró los ojos. «Mierda», pensó, claro que no quería juntarse con esa gente, era peligrosa. Por no hablar de un pasado demasiado doloroso al que no estaba seguro de poder enfrentar. El problema era que no tenía otra salida.

—Parker, por favor —rogó, sintiéndose asqueado de sí mismo—,

necesito dinero con urgencia.

—Está bien, te espero mañana por la noche en el taller.

—Allí estaré —replicó Blake, ya arrepentido de haber realizado aquella llamada que acabaría de hundirle en la mierda.

—Y ya sabes, ten cuidado de que no te sigan. No quiero problemas.

—Claro —afirmó, antes de finalizar la llamada.

Frustrado, lanzó la lata de cerveza vacía contra la pared y se levantó del sofá para comenzar a caminar en círculos por el pequeño salón, como un animal enjaulado. Maldijo su mala suerte, o a su mala cabeza, pero sabía por experiencia que no merecía la pena lamentarse, eso no le sacaría del atolladero donde se encontraba. Él solito se había metido en aquel problema y tendría que salir del entuerto de la misma manera. «Solo será esta vez», se dijo, intentando convencerse. Conseguiría el dinero que necesitaba y comenzaría de nuevo, como había hecho en el pasado.

Sacudió la cabeza vigorosamente, con la única intención de ordenar sus ideas, que amenazaban con hacer explotar su cerebro. «Todo va a salir bien», se repitió, intentando convencerse de que así sería.

«Juro que no volveré a acercarme a una mujer hermosa —se prometió a sí mismo—. A ninguna mujer», añadió. Tras frotarse la nuca, detuvo su paseo constante y se encaminó al dormitorio. Debía descansar porque sabía que el día siguiente sería duro y quería estar despejado.

Tras una hora, y más de cien vueltas sobre el colchón intentando conciliar el sueño sin demasiado éxito se levantó y se dirigió a la cocina, donde se sirvió una taza de leche. Eso le recordó a su madre, que siempre que tenía insomnio le aconsejaba que tomara leche tibia. No dejaba de pensar en la promesa que le había hecho y que iba a romper en pocas horas.

\*\*\*

Cloe llegó al apartamento que compartía con dos compañeras de universidad, a última hora de la tarde. Estaba agotada tras un turno doble en el supermercado donde trabajaba a media jornada. Melinda no había podido ir aquella tarde porque su pequeño se había puesto enfermo y había tenido que sustituirla. No cobraba un gran sueldo, pero al menos le permitía incrementar sus ingresos, que no eran muchos a pesar de la beca que mantenía con tanto esfuerzo.

Desde la muerte de su madre, su vida se había complicado hasta un

nivel insostenible, aunque lo peor era el vacío que había dejado en su interior. Recordó con dolor las últimas navidades que pasaron juntas. En aquel entonces no se había percatado de que su madre estaba tan enferma. Quizás estaba demasiado inmersa en su carrera, en cumplir su sueño, y había pasado por alto algunos detalles. Durante aquella última visita la encontró más delgada y pálida, y cuando le preguntó, lo achacó al trabajo y Cloe le creyó. Pero de nada servía torturarse por algo que ya no tenía remedio.

Tras darse una ducha y cenar una ensalada, decidió ponerse a estudiar para el examen que tenía al día siguiente. Era un último esfuerzo que debía hacer para acabar la carrera de bellas artes que había logrado afrontar con mucho esfuerzo.

Una hora después, sentada frente a la mesa de la cocina, leyó por cuarta vez el mismo párrafo sin retener nada en su cabeza. Frustrada, cerró el libro y desistió de seguir estudiando. Estaba agotada y sabía que solo lograría perder el tiempo. Se levantó de la silla y estiró su cuerpo, intentando colocar su columna vertebral.

El sonido de un trueno le hizo reaccionar y se acercó a la ventana para observar el exterior, donde una tormenta se batía con toda su furia a pesar de la inminente llegada del verano.

Se sintió hipnotizada por las gotas de lluvia que lamían el cristal mientras su corazón latía aceleradamente en su pecho. No le gustaban nada las tormentas y a pesar de eso allí permanecía, estática junto al cristal.

Solo dejó de contar cada una de las lágrimas de agua ante sus ojos cuando escuchó un sonido a su espalda, y al girarse descubrió a Celine, con su pelo negro revuelto sobre su cabeza y su cuerpo cubierto por una camiseta de algodón y unos pantalones cortos. No pudo evitar sonreír al ver a su mejor amiga.

—¿Qué haces levantada a estas horas? —le preguntó la joven con preocupación, mientras observaba su rostro demacrado.

—Estaba estudiando, pero tengo la cabeza saturada.

—¿Y qué haces en la ventana? —le preguntó Celine, mientras se acercaba a ella y se asomaba al cristal, buscando lo que tenía tan absorta a su amiga.

—Observar la tormenta —confesó Cloe—. Ya sabes que no me gustan, pero a la vez me fascinan —añadió, mientras se colocaba un díscolo mechón rubio tras la oreja.

—¿Por qué no te acuestas ya?

—¿Y tú?

—Me quedaré un rato viendo la tele, tampoco puedo dormir.

Cloe clavó su mirada en el rostro de su amiga y supo al instante a qué se debía su insomnio: Mark. Estaba segura de que nuevamente había tenido problemas con su novio. Quería mucho a Celine, pero no le gustaba nada Mark, con el que llevaba saliendo dos años. Al principio de la relación intentó advertir a su amiga de que aquel chico no era trigo limpio, pero Celine no la había querido escuchar. En varias ocasiones, cuando se habían quedado a solas, había intentado coquetear con ella. Con el paso del tiempo había aprendido a tolerarle, pero odiaba cuando su amiga sufría por su culpa.

—¿Has vuelto a discutir con Mark? —preguntó directa.

—Sí, habíamos quedado hoy para cenar y no apareció.

Cloe se tuvo que morder la lengua para no soltar sapos y culebras por la boca en contra de aquel hombre.

—No le des más vueltas —le dijo—, no merece la pena.

Celine intentó dibujar una sonrisa en sus labios, pero le fue imposible, solo consiguió esbozar una mueca.

—Sé que no merece la pena, pero le amo —le confesó la joven con lágrimas que ya empañaban sus ojos.

A Cloe le hubiera encantado decirle que la entendía, pero nunca se había permitido enamorarse.

—Bueno, no le des más importancia, verás cómo mañana vendrá a disculparse —lo dudaba, pero no quería ser cruel— y todo se arreglará.

Celine sabía que Cloe tenía razón respecto a sus dudas sobre Mark, pero su corazón parecía querer negar la evidencia. Sabía que su amiga no comprendía que le amara, a veces ni ella misma lo entendía, pero aquel hombre era una necesidad que se estaba convirtiendo en obsesión. Quizás lo más inteligente sería dejarle y comenzar a centrarse en su vida, que en los últimos tiempos no iba demasiado bien. Su relación le impedía centrarse en sus estudios y sus notas habían bajado en el último trimestre.

—Sí, quizás tengas razón, pero no sé si quiero que esta relación continúe. Duele demasiado pensar en perderle, pero más duele seguir viviendo una mentira. Si me quisiera de verdad no me trataría así.

Cloe clavó su mirada en el rostro de Celine al escuchar sus palabras. Quizás aún había esperanza. Cuando vio que una lágrima solitaria surcaba su mejilla no dudó en estrecharla entre sus brazos para darle el consuelo que

parecía necesitar.

—Decidas lo que decidas, sabes que me tienes aquí —expresó con intensidad—. Eres la mejor persona que he conocido en mi vida. Te quiero muchísimo.

Celine se sintió reconfortada con su abrazo y sus palabras, y deseó que el curso no acabara nunca, porque Cloe regresaría junto a su hermano y se verían eventualmente.

—Y no te preocupes, que no he olvidado nuestra promesa. En unos meses regresaré y volveremos a estar juntas —dijo Cloe, como si le hubiera leído el pensamiento a su amiga.

### Capítulo 3

Había sido un largo día para Michelle en el pequeño centro médico de Town Hope. Le había costado adaptarse a trabajar en un lugar tan pequeño. Había supuesto que sería más tranquilo que el hospital universitario donde había ejercido desde que se había graduado. Sonrió al recordar su primer día en la comunidad, cuando el señor Otis se empeñó en que tenía que ir a su rancho para tratar a una de sus vacas, que estaba a punto de parir. Le costó un mundo convencerle de que llamara al veterinario, que ella no podía hacerse cargo de ese asunto.

Tras firmar el alta de la señora Hayes, apagó el ordenador y recogió su mesa dispuesta a irse a casa, pero la intempestiva llegada de Sally, su enfermera, se lo impidió.

—Doctora Sanders, hay un paciente en la sala de urgencias.

Michelle suspiró pesadamente.

—¿Aún no ha llegado el doctor Payne? —preguntó en alusión a su compañero, que debía sustituirla.

—No —replicó la joven.

Michelle chascó la lengua, molesta con la situación, cansada de que Connor Payne llegara siempre tarde.

—¿De qué se trata? —interrogó a la enfermera.

La joven dudó mientras jugueteaba con el cuello de su uniforme.

—¡Sally! —la llamó Michelle con impaciencia.

—Mmmm... Una fractura —replicó Sally dudosa.

—Está bien —replicó Michelle resignada, mientras volvía a ponerse la bata blanca que había dejado colgada en el perchero minutos antes. Con paso firme se dirigió a la sala donde solían tratar las urgencias. Cuando llegó, se sorprendió al descubrir que las tres camas que presidían la pequeña habitación estaban vacías.

«¿Qué clase de broma es esta?», se preguntó exasperada, mientras fruncía el ceño. Se giró, dirección a la puerta, cuando unas fuertes manos aferraron su cintura antes de que pudiera traspasar el umbral. En un diestro movimiento, la giraron y quedó frente al hombre que la había asaltado.

—¡Ridley! —exclamó con un hilo de voz al encontrarse con el rostro

atractivo que le quitaba el sueño desde hacía meses—. ¿Qué significa esto? —le interrogó, fingiendo un enfado que no sentía, aunque sus dedos ya se enlazaban tras su nuca.

Ridley sonrió complacido y se acercó a su rostro para besar levemente sus labios antes de contestar a su pregunta.

—Quería darte una sorpresa. Sé que no habíamos quedado, pero pensé que te apetecería cenar conmigo.

—¿Y dónde vas a llevarme? —preguntó Michelle, cimbreando su cuerpo contra Ridley mimosamente.

—A donde tú quieras —contestó Ridley, notando cómo su cuerpo reaccionaba con el roce femenino.

—Me apetecería comida italiana.

—Como desees. Estoy seguro de que Pietro estará encantado. Te has convertido en su mejor clienta —dijo Ridley con humor. El italiano bebía los vientos por Michelle, pero sabía que no tenía nada que hacer con él de por medio—. ¿Nos vamos? —preguntó Ridley con impaciencia, enlazando su cintura la obligó a salir y la acompañó hasta el despacho para que recogiera sus cosas.

Michelle frunció el ceño molesta.

—Tengo que esperar a que llegue Payne.

—No pasa nada —replicó Ridley, maldiciendo su mala suerte por lo bajo.

En el pasillo se cruzaron con una azorada Sally, que desvió su mirada cuando su jefa la observó con reproche. Ridley fue consciente del gesto de Michelle, y acercando sus labios a su oído para susurrarle.

—No te enfades con ella, yo la obligué a mentir. ¿No te gustó la sorpresa?

—Sí —replicó Michelle sonriendo.

Cuando llegaron a su despacho y Ridley se separó, Michelle sintió pena por tener que apartarse de aquel cuerpo fibroso que la volvía loca. Al principio había dudado mucho antes de comenzar una relación con el ranchero, temiendo ser incompatibles, pero ahora estaba ilusionada como una adolescente y eso la asustaba.

Ridley no apartó su mirada de Michelle hasta que desapareció tras la puerta del despacho. Despreocupadamente se apoyó contra la pared del pasillo, dispuesto a esperar, aunque la paciencia no era una de sus virtudes.

Había disfrutado de la sorpresa en el rostro femenino cuando lo vio aparecer y de cómo se habían iluminado sus ojos castaños al verle. Recordaba perfectamente el momento en el que se conocieron.

Aquel día, uno de sus hombres, Portman, había tenido la mala suerte de acabar bajo las patas de una de las vacas. Su pantorrilla se había amoratado con demasiada celeridad y tras hacerle un torniquete de emergencia había decidido llevarle a urgencias. Se sorprendió al no descubrir al viejo señor Ronald en la sala de urgencias, si no a una mujer de cabello castaño y ojos marrones como el chocolate que rápidamente se hizo con las riendas de la situación.

Fue lo que más le gusto de ella cuando la conoció. Admiraba su capacidad de tomar el control y su eficacia. Le gustaban las mujeres, y mucho, pero siempre procuraba apartarse de las lánguidas y frágiles. Él era un hombre que se había visto forzado a tomar decisiones difíciles para poder sacar adelante el rancho. A veces se había equivocado y en otras ocasiones había salido airoso gracias a su mente fría. Los sentimientos y la visceralidad solo servían para nublar la mente. Su abuela a veces le reprendía por no dejarse llevar por lo que su corazón le dictaba, pero Ridley sabía que si lo hacía, su vida se podía convertir en un completo desastre, como le había sucedido a su padre.

Por eso Michelle era la mujer perfecta para él. Nunca perdía la calma, ni en las peores circunstancias, y su mente era analítica. No tomaba una decisión sin sopesar antes las consecuencias.

—Buenas noches, Harper. Qué sorpresa.

Ridley giró su cabeza y se encontró con el rostro sonriente de Payne.

—Buenas noches —replicó con educación—. Te estaba esperando.

Connor frunció el ceño al escuchar sus palabras.

—¿A mí? —preguntó curioso.

—Sí, para que liberes a Michelle —replicó Ridley.

—Por supuesto —dijo Connor con una leve sonrisa—. Estaba enfadadísima conmigo, pero la señora Lee tenía problemas con la antena de su televisor y me dio lástima. Es su único entretenimiento. No podía dejar que se perdiera el último capítulo de su serie favorita.

Ridley no pudo evitar sonreír ante sus palabras. Recordaba a la entrañable anciana de cabello cano, que en el pasado le había dado clases de piano a su hermana pequeña.

—Te deseo suerte —expresó, conociendo el carácter de Michelle.

—La voy a necesitar —replicó Connor con sonrisa amarga.

Ridley no pudo evitar sonreír ante el comentario del doctor, mientras observaba cómo se internaba en el despacho con cierta reticencia.

\*\*\*

A las diez en punto Blake aparcó su Harley Davidson *Big Twin* a unas manzanas de distancia de la guarida de Parker. Comenzó a caminar por la calle apenas iluminada mientras su cabeza no dejaba de cavilar sobre el lío en el que se estaba metiendo. Hacía años que estaba limpio, pero eso no quería decir que la policía no pudiera estar vigilando sus pasos. Una vez al año uno de ellos llamaba a su puerta para comprobar el tipo de vida que llevaba.

En varias ocasiones echó la vista atrás para asegurarse de que nadie le seguía, un gesto que se había convertido en costumbre en su persona. Cuando llegó a la puerta metálica pintada de azul dio tres golpes secos y esperó a que esta se abriera.

El rostro ceniciento de Paul le recibió, y contuvo el aliento cuando el hedor de su boca llegó a sus fosas nasales. Apartó la mirada para evitar la visión de sus dientes amarillos y descuidados.

—Pasa —le invitó Paul, cerrando la puerta con fuerza a su espalda—. Ven, los chicos están en la oficina.

Blake le siguió por el taller mecánico entre penumbras hasta llegar a la pequeña sala, situada al fondo del local, donde se reunía la banda.

El ambiente estaba cargado de humo y alcohol. Los hombres estaban esparcidos por la sala, cómodamente aposentados donde buenamente podían, charlando animadamente. Pero la presencia de uno de ellos, de pie junto a la ventana llamó su atención. Se trataba de Jeff, que en aquel momento clavó su mirada en su rostro con intensidad.

Blake sintió que su corazón se saltaba un latido al verle. Toda la ira que le había carcomido en el pasado volvió para apoderarse de su cuerpo. Parecía que el tiempo no había transcurrido, y unas irrefrenables ganas matar a aquel hombre le asaltaron. Aquel hijo de puta le había robado lo único que había amado en su vida, dejándole seco, sin sentimientos, frío como el asfalto. «Sara», su nombre retumbó en su cabeza, a la vez que su imagen se dibujaba ante sus ojos, dejándole paralizado. Pero una estridente voz le sacó del estado catatónico en el que se encontraba.

—¡Hombre, el hijo prodigo ha vuelto! —exclamó Parker con humor,

sonriendo mientras disfrutaba de las carcajadas de sus chicos.

Blake dejó de prestar atención al hombre junto a la venta y se centró en Parker.

—Sí, aquí estoy —repuso, notando su cuerpo tenso como una cuerda.

—Espero que no te hayas oxidado —expresó Parker, mientras clavaba su mirada en su rostro y achicaba los ojos—. Eras uno de los mejores conductores que he conocido nunca.

Blake no se sintió impresionado por sus palabras. Sabía que era cierto. Desde que tenía uso de razón se había sentido fascinado por los coches. Recordaba con precisión la primera vez que robó uno, cómo la adrenalina corría por sus venas. El corazón acelerado y la sensación de vértigo cuando pisó el acelerador hasta el fondo y el motor rugió.

—Sigo siéndolo —afirmó con rotundidad.

—Bien, *chico*, porque tengo preparado algo muy gordo en unas semanas y te necesito al cien por cien.

Blake notó la garganta seca, y deseó darle un trago a una de las botellas de whisky que reposaban sobre la mesa. «No», se reprendió, tenía que mantener la mente fría si quería salir bien parado de aquel asunto.

«Solo será esta vez», se repitió, intentando convencerse de sus palabras. El rostro de su madre regresó a su mente, y la promesa que le hizo volvió a tronar en su cabeza. Aquella noche la policía le acompañó hasta la puerta del pequeño apartamento donde vivían por aquel entonces. Su madre puso el grito en el cielo al enterarse de que se dedicaba a robar coches. Entonces le juró que nunca más lo volvería a hacer, pero fue una gran mentira. Por mucho que se lo propuso, no pudo evitar caer nuevamente en la tentación de conseguir dinero fácil.

Continuó cometiendo pequeños hurtos y disfrutando de coches ajenos pero no tardaron en volverlo a trincar. Nunca olvidaría la cara de decepción que mostró su madre cuando el juez le amenazó con encerrarle en un reformatorio.

Fue entonces cuando se propuso forjarse un futuro. Con la ayuda inestimable de su madre comenzó sus estudios de mecánica, y cuando los terminó buscó un trabajo decente. Tras semanas de búsqueda encontró un pequeño taller mecánico situado a las afueras de la ciudad donde necesitaban aprendices, y fue allí donde conoció a Drew, que en poco tiempo se convirtió en su mejor amigo.

Al año siguiente, Drew encontró un nuevo trabajo en un taller donde

ganaba más dinero, y unas semanas después Blake también entró a formar parte del negocio de Parker. Se sintió pletórico cuando le dio la noticia a su madre, sobre todo porque su nuevo sueldo le permitiría ahorrar para conseguir su sueño de montar su propio taller. Pero no tardó en descubrir el negocio ilícito que controlaba Parker, y en el que se metió de lleno sin apenas darse cuenta.

—¿Algún problema? —le sobresaltó la voz del jefe, sacándole de golpe del pasado compartido.

—Ninguno.

—Así me gusta —replicó Parker con ánimo, antes de dar un trago al vaso que sujetaba en su mano—. ¿Y qué tal está tu madre? —preguntó.

Blake tragó saliva antes de responder. Hubiera deseado mandar a aquel tipo calvo y rechoncho al infierno, pero bien sabía que no se lo podía permitir.

—Muerta —expresó llanamente, intentando mostrar una expresión neutra en su rostro. No quería que Parker se percatara de lo que le afectaba la desaparición de su progenitora.

—¡Vaya, no sabía nada! —exclamó su interlocutor, como si en verdad le importara—. Lo siento. Vamos, tómate una copa, te sentara bien.

—Gracias —respondió. Y a regañadientes, Blake cogió un vaso de la estantería a su espalda y se sirvió, no quería hacerle un feo a Parker.

—¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? —preguntó Parker curioso, mientras no apartaba su mirada de su rostro.

Una sonrisa, que asemejaba más a una mueca, surgió en los labios de Blake antes de responder a su pregunta.

—Ser un hombre honrado.

Parker, al escuchar sus palabras, no pudo evitar estallar en sonoras carcajadas.

Blake no se rio y elevó su copa para dar el primer trago. Lo necesitaba. Notó cómo el licor bajaba por su garganta y calentaba su estómago y un escalofrío le recorrió de arriba abajo.

## Capítulo 4

Daniela dedicó parte de la tarde a organizar las cosas que se llevaría a la universidad, a pesar de que aún faltaban semanas para su marcha. Cerró la última caja, con sus objetos más valiosos y decidió ir a dar un paseo. Necesitaba despejarse y sabía que solo una buena cabalgada lograría diluir los sentimientos contradictorios que la atormentaban desde que le había llegado la confirmación de su admisión. Por un lado estaba deseando llegar al campus y empezar con su nueva vida, con la que se sentía excitada e ilusionada a partes iguales. Pero a su vez sentía que un vacío se formaba en su pecho al saber que tardaría meses en regresar a casa, el único hogar que había conocido y donde dejaría a sus seres más queridos.

En primer lugar su abuela, que siempre se había desvivido por ella desde el mismo momento en que perdió a su madre siendo un bebé. Una mujer fuerte a la que admiraba y que era la brújula de su vida. Sabía que sin ella se sentiría perdida y eso la asustaba. Luego estaba Ridley, que a pesar de su mal carácter y sus estallidos de mal genio, tenía un corazón tierno como un bizcocho. Luego Emily, que había sido como una madre para ella, y por último Hayden...

Suspiró. Solo con pronunciar su nombre los latidos de su corazón se aceleraban y golpeaban contra su pecho desenfadadamente. Siempre había sido alguien muy especial en su vida, pero en los últimos tiempos se sentía irremediabilmente atraída hacia él como si fuera un imán. Era lo que más temía de su partida, apartarse de él durante meses. ¿Y sí en ese tiempo aparecía una linda chica que conquistaba su corazón? Solo de pensarlo sentía que su estómago se descomponía. Había intentado acercarse a él en múltiples ocasiones, primero tímidamente, luego con desesperación, pero parecía que Hayden había levantado un muro entre ellos imposible de traspasar.

De nuevo tenía la cabeza embotada, y con movimientos bruscos se cambió de ropa, tirando el chándal de algodón gris sobre una silla y colocándose unos *jeans* y una camiseta rosa de manga corta antes de calzarse sus botas de montar. De forma cotidiana se dirigió a los establos y ensilló a *Bessy*, su yegua desde que tenía catorce años. Recordaba perfectamente el día que se la regaló su hermano y que fue uno de los cumpleaños más especiales de su vida. Tras ensillarla diestramente, colocó el pie en el estribo y cogió

impulso con facilidad.

Apenas recordaba cuándo había aprendido a montar, era como si lo hubiera hecho toda la vida. Su abuela le había contado una decena de veces cómo su padre se había empeñado en montarla sobre una silla cuando apenas tenía dos años de edad. Desde que era una niña había disfrutado de la vida en el rancho, pero sobre todo de los animales que había en él. Cada vez que el señor Crawford, el veterinario de la zona, iba hasta los establos para curar a algún animal lo seguía como un perrillo, y a pesar de que él la amonestaba, no podía dejar de observar cada uno de sus movimientos, deseando aprender.

Una vez en el exterior, decidió tomar la senda del sur, allí donde los atardeceres eran más cautivadores. Cabalgó sobre el lomo del animal y disfrutó del aire que acariciaba su rostro y enredaba su melena oscura. Se había criado en aquel lugar, que consideraba mágico, y sabía que lo extrañaría, pero nada la haría alejarse de su sueño.

Una hora después decidió dirigir sus pasos hasta el pequeño arroyo que cruzaba las tierras Harper, cuando la repentina aparición de una serpiente asustó a *Bessy*. Daniela luchó con las riendas, intentando controlar al animal, pero la pobre yegua estaba demasiado nerviosa y tras encabritarse, logró tirarla al suelo.

Fue una dura caída, notaba cada músculo de su cuerpo dolorido y sus pulmones se habían quedado sin aire durante unos segundos. Con los ojos cerrados intentó insuflar aire a sus pulmones y, cuando lo hubo logrado, decidió intentar incorporarse sin demasiado éxito, ya que un dolor intenso en su tobillo le hizo abandonar su objetivo.

Cuál no fue su sorpresa al escuchar unos cascos de caballo que se acercaban a toda velocidad. Giró levemente su rostro y descubrió a Hayden, que en aquel momento desmontaba, sin tan siquiera esperar a que el cuadrúpedo detuviera su marcha. Corrió hasta ella como si su vida dependiera de ello y se arrodilló a su lado, tomando su cabeza y colocándola sobre su muslo.

—¡Daniela! —la llamó con desesperación, sin apartar su mirada de su rostro.

La aludida parpadeó un par de veces para recuperar la visión, que parecía algo borrosa. Tuvo que tragar saliva antes de poder hablar.

—No me chilles, te escucho perfectamente —expresó, intentando

dibujar una tenue sonrisa en sus labios.

—¿Estás bien? —insistió Hayden, mientras sus dedos recorrían sus mejillas, que habían perdido color.

La joven no contestó, perdida en sus propios pensamientos.

«Dios mío, qué guapo es», se dijo, sin poder apartar su mirada del rostro masculino e ignorando su pregunta. Nunca lo había tenido tan cerca, y aprovechó la ocasión para estudiar sus facciones a conciencia, a pesar de que el ala ancha de su sombrero ocultaba la parte superior de su rostro. No necesitaba ver su cabello para saber que era de un color castaño claro, y que lo llevaba bien corto, para evitar que le diera calor. Sus ojos azules, como el cielo despejado, en aquel momento estaban oscuros por la intensidad de sus sentimientos. Imaginaba que por miedo a que algo le hubiera sucedido a ella. Su nariz era de tamaño mediano, y ligeramente respingona, y su barbilla cuadrada, donde un pequeño hoyuelo quedaba oculto por una fina barba de varios días. Pero lo mejor eran sus labios, demasiados carnosos para ser de un hombre, pero de lo más apetitosos. Los adoraba, y un millón de veces se había imaginado besándolos, mordisqueándolos, saboreándolos...

—¡¡Daniela!! —volvió a llamarla Hayden imperativamente, preocupado porque no respondía a su pregunta.

—Sí, estoy bien, no seas pesado, ha sido una caída tonta —contestó Daniela, intentando quitar importancia al asunto.

Cuando intentó incorporarse, de nuevo un dolor punzante atravesó su tobillo. Tuvo que apoyarse en el pecho masculino para no volver a caer al suelo mientras apretaba la mandíbula para mitigar el dolor.

Hayden notaba su corazón golpeando su pecho con celeridad. Un reguero de sudor recorría su espalda, y con manos temblorosas buscó su móvil en el bolsillo trasero de sus *jeans*. Apenas atinó con sus dedos sobre la pantalla, hasta que finalmente logró dar con el número que buscaba. Todo esto lo hizo sin apenas apartar la mirada del rostro blanquecino de Daniela, que permanecía recostada contra su pecho y con los ojos cerrados.

—¡Ridley! —exclamó con urgencia—. He encontrado a Daniela en el suelo, se ha caído del caballo —le informó con tono grave.

El aludido, desde el otro lado de la línea, no daba crédito a lo que le contaba su amigo. Daniela era una de las personas a las que más quería en el mundo, y si algo le llegaba a suceder, no podría soportarlo. Una caída desde un caballo era una cosa seria, incluso en algunas ocasiones podía sesgar una

vida.

—¿Dónde estáis? —preguntó Ridley con urgencia, mientras ya caminaba a grandes zancadas hacía su todoterreno, aparcado junto a un cercado que había estado reparando.

—En los pastos del sur, junto al riachuelo. Busca las coordenadas con el localizador de mi móvil. Y por favor, no tardes —rogó Hayden, antes de cortar la llamada y volver a centrar su atención en la joven.

—¿Cómo estás? —indagó en voz baja, como si el simple tono de su voz pudiera dañarla.

La joven abrió los ojos y clavó su mirada en el rostro masculino. Con un esfuerzo sobrehumano, dibujo una sonrisa en sus labios antes de hablar.

—Bueno, estaría mejor si me besaras —expuso llanamente, dejando atónito a su interlocutor.

Daniela no pudo evitar disfrutar al contemplar el rostro de Hayden, que parecía perplejo. Asemejaba a una estatua, hasta parecía incapaz de respirar. «¿Qué estará pensando?», se preguntó curiosa. Ni siquiera ella misma sabía por qué le había dicho eso. Sabía que sus palabras eran una provocación y no estaba segura de que hubiera sido buena idea, pero no se arrepentía. No pensaba abandonar el rancho sin saber si podía tener una oportunidad con el hombre que hacía palpar su corazón.

—¡Hayden! —reclamó su interés—. ¿Me has escuchado? —preguntó, sin apartar su mirada de su rostro.

El aludido intentó insuflar aire a sus pulmones. Por supuesto que lo había escuchado, y sin ser consciente de ello había clavado su mirada en sus labios, deseando tomar lo que ella le ofrecía. Pero no podía ser, era una completa locura.

—Daniela, deja de decir tonterías, te has debido dar un buen golpe en la cabeza.

—Gracias, Hayden, tengo el cuerpo dolorido, y me temo que el tobillo roto, pero sé perfectamente lo que necesito, y mi mejor medicina sería tu boca. ¿Acaso tienes miedo? ¿O simplemente no te gusto? —interrogó, mientras fruncía el ceño, preocupada por su respuesta.

Hayden deseaba más que nada en el mundo rendirse y dejarse llevar en aquel preciso instante. Llevaba meses torturado por el deseo que la joven despertaba en él, pero la lealtad a la familia Harper, a su amigo, era más importante para él que el mero deseo físico que dominaba su cuerpo. Iba a responder, a pesar del dolor que le causaba rechazarla, cuando el sonido de

un motor y la oportuna llegada de Ridley se lo impidieron.

\*\*\*

Cloe salió de su apartamento frustrada y malhumorada, y su estado de ánimo empeoró al descubrir que el autobús que tenía que coger para ir a Austin se acababa de marchar y tendría que esperar más de cuarenta y cinco minutos al siguiente. «Ojalá no me hubiera levantado de la cama esta mañana», se dijo, mientras abandonaba sus maletas junto al asiento donde se había dejado caer.

Aún arrastraba el disgusto con su hermano, que hacía días que no le cogía el teléfono ni contestaba a los WhatsApp que le había mandado. Parecía que había desaparecido de la faz de la tierra y empezaba a estar preocupada. Había intentado hablar con él para confirmar si iría a recogerla a la estación, pero había sido imposible.

Llegó a su destino a última hora de la tarde y finalmente tuvo que coger un taxi. Cuando llegó a la puerta del pequeño apartamento, se tomó su tiempo antes de introducir la llave en la cerradura y, tras suspirar pesadamente, entró. Como esperaba, los recuerdos de su madre la golpearon en el rostro y sintió ganas de llorar, pero se recompuso y dejó las maletas junto a la puerta antes de encender la luz. Su sorpresa fue mayúscula al descubrir el desorden y el polvo que cubría cada mueble del pequeño salón.

Frustrada, colocó las manos en sus caderas y frunció el ceño. Estaba claro que su hermano no había cambiado, seguía siendo tan desastre como siempre. Se quitó la ligera chaqueta vaquera y la colgó en el perchero, dispuesta a ponerse a limpiar en cuanto saciara su sed. Se dirigió a la cocina y la encontró igual de descuidada. Suspiró pesadamente antes de abrir la puerta de la nevera, que estaba vacía.

—¡Perfecto! —exclamó malhumorada.

Blake entró en el pequeño apartamento y se sorprendió al descubrir unas maletas en el recibidor. «Mierda», pensó mientras se revolvía el cabello con ambas manos. Cloe estaba allí, y el apartamento estaba hecho un completo desastre. Ahora recordaba los mensajes que su hermana le había mandado, y las llamadas perdidas que no se había dignado a contestar. En los últimos días había estado muy estresado, aunque no fuera disculpa, y se había olvidado por completo de la llegada de Cloe. Cuando entró en la cocina, descubrió a su hermana frente a la nevera y escuchó su exclamación, lo que indicaba inequívocamente que estaba muy enfadada.

—Lo siento, cielo, soy un puto desastre —pronunció con voz arrepentida, esperando a que la joven se girara para ver la expresión de su rostro.

Cloe pegó un brinco al escuchar su voz, y al girarse descubrió el rostro contraído de su hermano, que parecía un perrito apaleado. Estaba muy enfadada, había tenido un día horrible y, a pesar de eso no podía enfadarse con Blake, al que adoraba. En aquel momento lo único que deseaba era tirarse en sus brazos y sentirse abrigada por su calor.

Blake se sintió aliviado cuando vio que su hermana abandonaba su actitud defensiva y se arrojaba en sus brazos. Sin dudar la estrechó contra su cuerpo y aspiró el aroma de su cabello.

—Te he echado de menos —confesó, mientras besaba su coronilla.

—Y yo a ti, Blake —replicó Cloe, disfrutando del calor del cuerpo de su hermano durante unos minutos, para luego apartarse y fijar su mirada en su rostro antes de fruncir el ceño—. Pero eso no quiere decir que no esté enfada contigo. No has contestado a mis mensajes y llamadas. ¿Se puede saber qué demonios ha pasado? —preguntó, cruzando los brazos sobre su pecho, denotando así su enfado.

—He tenido mucho trabajo estos días —mintió, por nada del mundo quería contarle que se había quedado sin el negocio por el que tanto había luchado.

—¿Seguro? —dudó Cloe, estudiando con atención el rostro de su hermano, y su mirada huidiza. Le conocía demasiado bien como para no saber que ocultaba algo.

—De verdad —insistió, mientras cerraba la puerta de la nevera que su hermana había dejado abierta a su llegada—. Ayer iba a hacer la compra, pero el supermercado ya había cerrado cuando llegué —mintió garrafalmente—. ¿Te apetece comida china? —propuso, mientras cogía una cuartilla publicitaria de la nevera. Daba gracias a los cielos por tener aún algunos billetes para gastar en la cartera.

—Está bien —aceptó Cloe, aunque aún estaba convencida de que algo le pasaba a Blake. Le daría unos días antes de someterle a un interrogatorio de tercer grado—. Pero preferiría ir al restaurante, tienes el apartamento que da asco —le recriminó.

—Lo sé, es que le di una semana libre a la asistente —replicó Blake con humor, mientras se frotaba la nuca con una mano y dibujaba una sonrisa pícaro en sus labios.

Cloe abrió sus ojos azules ampliamente antes de gruñir audiblemente mientras elevaba su puño, que impactó contra el brazo de su hermano.

—¡Eres imposible! —le recriminó, mientras se dirigía al salón, donde rescató su cazadora del perchero tras la puerta—. Iremos a cenar fuera, pero tú invitas. Por tu culpa he tenido que gastarme una fortuna para llegar hasta aquí.

—Lo que la princesa de la casa quiera —expresó Blake con humor, mientras abría la puerta para que ella pudiera salir—. Sus deseos son órdenes.

—Deja esa galantería para la horda de mujeres que te asedian desde que dejaste el instituto —replicó Cloe con humor mientras descendía por las estrechas escaleras. No pudo ver cómo la mandíbula de Blake se tensaba tras escuchar sus palabras, que solo lograban recordarle su estupidez.

## Capítulo 5

Hayden no dejaba de andar de una pared a la otra de la sala de espera del pequeño consultorio de Town Hope. Ridley empezaba a ponerse nervioso con su constante movimiento, pero estaba más preocupado por la aparición del doctor Payne para saber cómo se encontraba su hermana, que en cuestionar el estado de su amigo.

Hacía un par de horas que habían llegado, pero para Hayden parecían días. Imaginaba que no era nada grave, pero la preocupación que embargaba su pecho era superior a la coherencia.

—¿Cuándo piensan decirnos algo? —exclamó Hayden fuera de sí, sin dirigirse a nadie en concreto.

Ridley abandonó el asiento que había ocupado hasta entonces y se acercó a su amigo. Elevó la mano y la posó sobre su hombro antes de hablar.

—Hayden, por favor, relájate. Estás más nervioso que yo —le dijo, mientras clavaba su mirada en el rostro descompuesto de su amigo.

Hayden se percató en ese mismo instante de que se estaba descontrolando, y mostrando más de lo que debía de sus sentimientos hacia Daniela.

—¿Harper? —preguntó una voz masculina a su lado, y al girarse, ambos descubrieron a Payne.

—Sí, dime, ¿cómo está Daniela? —replicó Ridley con celeridad.

—Bien, gracias a Dios solo es una fractura infrasindesmal.

—¿Qué? —boqueó Ridley molesto—. Payne, en cristiano, por favor.

—Es una fractura aislada, no es necesaria la cirugía. Bastará con ponerle una ortesis tipo Walker o un yeso.

Ridley se sintió aliviado al escuchar el diagnóstico. Había temido que la cosa fuera peor. Conocía ese tipo de accidentes, no era la primera vez que uno de sus hombres se rompía una pierna en circunstancias parecidas, y dentro de la gravedad, Daniela había salido bien parada.

—Gracias, Payne —le agradeció.

—Es mi trabajo —expresó el médico, antes de volver a la sala de urgencias, a la espera de su siguiente paciente.

Hayden, que había sido testigo de la conversación, se llevó una mano a la nuca y la frotó. Se sintió liberado de la tensión que se había apoderado de

su cuerpo desde que había visto a Daniela tirada en el suelo, cuando regresaba de revisar cómo estaba el rebaño. En aquel momento había sentido que su corazón se detenía en su pecho, y sin pensarlo azuzó a su montura para comenzar una alocada carrera hasta ella.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó una voz femenina a su espalda, y al girarse se sorprendió al descubrir a su madre.

—¿Qué haces aquí? —preguntó confuso.

—Estoy donde debo estar —se defendió la mujer, que en aquel momento abrazaba amorosamente a Ridley.

—¿Cómo está ella? —preguntó Emily preocupada.

—Bien —replicó Ridley más sereno—. En unas semanas seguro que la tendremos montando sobre *Bessy* otra vez.

—Eso no sucederá —expresó Hayden con intensidad, sorprendiendo a ambos—. Le voy a prohibir montar cualquier animal con cuatro patas.

—Amigo —dijo Ridley, sonriendo por primera vez en el día, mientras palpaba su hombro—, no creo que consigas esa proeza. Mi hermana ama a los animales más que cualquier otra cosa.

—Eso ya lo veremos —refunfuñó Hayden con el ceño fruncido, mientras Ridley y su madre le miraban confusos por su actitud.

—Bueno, chicos —expresó Emily, olvidando el comportamiento excesivamente protector de su hijo hacia Daniela—, dejemos ese asunto para otro momento. Debéis estar agotados y hambrientos. ¿Por qué no volvéis a casa? Yo me quedaré con ella hasta que le den el alta.

—Emily, no hace falta —intentó rebatirle Ridley, pero la mujer cortó sus palabras con un gesto de su mano.

—Claro que hace falta. Es mi niña, y no he conducido hasta aquí por nada. Quiero que regreséis ahora mismo, antes de que se enfríe la cena que he dejado en el horno. Yo la llevaré a casa.

Hayden permanecía sentado en el porche, con la mirada perdida en la oscuridad reinante. Ridley se había acostado poco antes, pero él no podría descansar hasta que Daniela estuviera cómodamente tumbada en su cama. Lo malo de aquella espera era su cabeza, que no dejaba de dar vueltas a lo sucedido en las últimas horas. A pesar de su intención de olvidar el asunto, los sentimientos que despertaba Daniela en su pecho eran imposibles de ignorar. No podía evitar pensar en ella cien veces al día y eso solo le provocaba dolor, ya que para él Daniela era una mujer prohibida.

Pero lo que había sucedido aquella tarde lo cambiaba todo. Rememoraba sus palabras, cuando le había exigido que la besara, lo que había sentido en aquel momento y el deseo apremiante de hacerlo, a pesar de que era una locura. Aquello le sumía en una angustia que le consumía.

Frustrado, se levantó y camino hasta la barandilla de madera del porche, donde apoyó sus manos. «Es una locura», se dijo, dispuesto a olvidar todo lo sucedido. De nuevo dirigió su mirada al cielo, donde una estrella fugaz cruzó el firmamento. En aquel momento el sonido de un motor le alertó de la llegada de su madre, y sin dudar bajó los dos escalones de la tarima para dirigirse hasta el lugar donde había aparcado. Su madre salió, y cuando le vio aparecer le sonrió.

—Menos mal que estás aquí. Daniela estaba agotada y se ha quedado dormida —explicó, mientras señalaba con su mano el asiento trasero de su coche—. ¿Podrías subirla tú a su cuarto? —solicitó, mientras rescataba su bolso del asiento del acompañante.

—Claro, mamá, tú vete y descansa.

Emily dudó unos segundos, pero la expresión de su hijo, que tenía la mirada clavada en la joven, la dejó tranquila.

—Gracias, cariño. Luego acuéstate, tienes cara de cansado —expresó, antes de besar la mejilla de su hijo y caminar hasta la casa donde vivían, situada a pocos metros de la principal.

Cuando se quedó solo, Hayden dudó unos instantes antes de abrir la puerta del vehículo. El rostro de Daniela se mostraba apacible, y con la mayor delicadeza que le fue posible la cogió entre sus brazos, agradecido de que no se despertara. Disfrutó cuando la cabeza de la joven se asentó sobre su pecho mientras subía las escaleras hasta la planta superior, que estaba en completo silencio.

Con esfuerzo, logró abrir la puerta del dormitorio y darle al interruptor. No había entrado allí desde que Daniela era una niña, y no parecía haber cambiado mucho, salvo que en las estanterías de mimbre blancas ya no había muñecas, habían sido sustituidas por libros que abarrotaban sus baldas.

La cama estaba cubierta con una colcha de color morado y aderezada con cojines de llamativos colores. Se acercó hasta allí y colocó a la joven encima. Encontró una manta fina sobre una silla y la cubrió con ella. Sabía que tenía que salir de allí, que ya había cumplido con su misión, pero no pudo evitar contemplar su rostro con admiración. Era la mujer más hermosa que había conocido nunca, y sin pensar en lo que hacía, se inclinó y rozó

levemente sus tiernos labios.

—Descansa, cielo —pronunció en un susurro, antes de ir hasta la puerta y apagar la luz.

Daniela, que no estaba dormida, elevó su mano y rozó con sus dedos sus labios, que él había besado. Su corazón latía acelerado en su pecho, y pese al dolor en su tobillo, se sintió flotar.

\*\*\*

Blake había decidido pasar la tarde del sábado con Cloe. Hacía una semana que había llegado a casa y apenas había salido, empeñada en poner en orden la casa. Solo pretendía recompensarla por el trabajo realizado.

Gracias al dinero que le había adelantado Parker, un gesto altruista que le había sorprendido pero que no había cuestionado porque lo necesitaba, había logrado pagar el alquiler que debía y llevar a Cloe a comprarse algo de ropa por su cumpleaños. Luego decidió llevarla a cenar al pequeño restaurante al que solían ir con su madre y disfrutaron de los deliciosos platos de Bennett. Estaban degustando una deliciosa tarta de manzana casera, cuando el rostro de su hermana se ensombreció y creyó saber el motivo.

—¿Estás pensando en mamá? —le preguntó con voz suave, mientras tomaba su mano entre sus dedos.

—Sí —confesó Cloe sin molestarse en ocultar su tristeza—, la echo mucho de menos. Venir a este lugar me la recuerda, como esta tarta, su preferida.

Blake tuvo que tragar el nudo que se había formado en su garganta al escuchar las palabras de su hermana. Él también necesitaba a su madre, deseaba poder abrazarla y besar su coronilla, como tenía por costumbre cada vez que llegaba a casa. Pero por mucho que lo deseara sabía que era un imposible. Agradecía que Cloe no hubiera presenciado los últimos días de Bell, que habían sido muy dolorosos. Apenas reconocía a la mujer postrada en la cama. Tenía grabado a fuego en su memoria la última vez que la vio, un día antes de su fallecimiento. Entonces sus facciones estaban desfiguradas por el dolor, y su piel cubría sus huesos. Apenas pesaba treinta y cinco kilos... pero no quería recordar más y, nuevamente enterró todo aquello en lo más hondo de su corazón, como llevaba haciendo desde hacía meses.

—Sí, le encantaba esa tarta —respondió, dibujando con dificultad una sonrisa en sus labios—. Decía que le recordaba a la que hacía su madre

cuando era pequeña. ¿Recuerdas las veces que intentó hacerla?

—Claro, la última vez la encontré en la cocina, que estaba desastrosa, y hasta su pelo estaba lleno de harina. Cuando sacó la bandeja del horno, del que salía humo, comenzó a maldecir —concluyó Cloe con humor, perdida en los recuerdos del pasado.

—Sí, era una mujer que siempre se ponía retos, pero la cocina nunca fue lo suyo.

—Dímelo a mí —replicó Cloe, sin poder evitar reír, y agradecida cuando su hermano le acompañó.

Blake acabó con los restos de su plato y pidió la cuenta. Cuando el camarero la dejó sobre la mesa, sacó su cartera y dejó unos billetes sobre la misma antes de hablar.

—¿Nos vamos? —preguntó a la joven, que ya cogía su bolso del respaldo de la silla.

—Sí, estoy deseando llegar a casa, estoy cansada.

En el exterior, una suave brisa les recibió, y en un gesto de lo más casual, Cloe se colgó del brazo de su hermano y comenzaron a caminar en dirección a casa. Pasearon con tranquilidad por las calles que los habían visto crecer. Ambos parecían perdidos en sus propios pensamientos, en un silencio cómodo.

Blake se sentía relajado por primera vez en semanas. La llegada de su hermana había sido como un bálsamo para su estado de ánimo. Estaban a punto de cruzar la esquina, a una calle de su domicilio, cuando por el rabillo del ojo descubrió algo que tensó su cuerpo. A pocos metros de ellos descubrió a Paul, el hombre de confianza de Parker. «¡Me está vigilando el muy cabrón!», se dijo, molesto, deseando girarse y estampar su puño contra el rostro de aquel hombre al que despreciaba, pero sabía que debía controlarse porque iba con Cloe.

Solo respiró tranquilo cuando llegaron al portal y perdió de vista a Paul. Ya en el apartamento, ambos se sentaron frente al televisor y comenzaron a ver una reposición de una antigua película que a su hermana le encantaba. Media hora después, Blake no aguantaba más y decidió buscar el refugio de su dormitorio. Necesitaba pensar.

—Cielo, estoy molido, mañana tengo que madrugar para ir al taller —mintió—. Me voy a la cama —añadió, antes de besar la mejilla de Cloe y dirigirse a su dormitorio, situado al fondo del pasillo.

Solo cuando estuvo en la intimidad de su habitación, se dejó vencer por

la ira. Durante interminables minutos caminó en círculos, mientras se frotaba la nuca. Estaba claro que debía alejar a Cloe de Austin, conocía bien a Parker y sabía que si le estaba vigilando era porque no se fiaba de él.

«¿Y ahora qué hago con Cloe?», se preguntó con angustia. No podía contarle la verdad porque sabía que su hermana se sentiría decepcionada. No quería ni imaginarse el reproche en su preciosa y limpia mirada azul. «¿Entonces?». Aquella pregunta tenía una respuesta que nunca se hubiera atrevido a plantear. Debía enfrentarse a un pasado que se había negado a aceptar una y mil veces: sus verdaderos orígenes. Ni muerto hubiera acudido a los Harper, pero dada la situación en la que se encontraba, no tenía otra salida.

## Capítulo 6

Hayden secó el sudor de sus manos en las perneras de sus *jeans* ante de peinar su cabello con los dedos para finalmente observar su aspecto en el pequeño espejo retrovisor de su coche. «Joder, estoy hecho un flan», se dijo, molesto por sentirse así ante la perspectiva recoger a Daniela en el centro médico tras una revisión rutinaria de su tobillo. En los días que habían transcurrido desde su caída, había intentado evitarla a toda costa, y contra todo pronóstico lo había logrado, hasta aquella mañana, cuando Ridley le había pedido el favor de que fuera a recogerla al pueblo, ya que a él le había salido un asunto de última hora.

Resuelto, movió la cabeza de un lado a otro para obligarse a olvidar sus pensamientos y tras quitar las llaves del contacto, salió de la camioneta y cerró con fuerza la puerta para encaminarse al centro médico. Entró en la recepción y chascó la lengua molesto al descubrir a Sally. Por las miradas apreciativas que le enviaba, estaba claro que la chica estaba interesada en su persona, pero a él no le removía por dentro, y a pesar de que en varias ocasiones había intentado hacérselo entender con gestos y palabras, ella no parecía percatarse de que no era correspondida.

Preguntó por Daniela, y Sally le dijo que estaba a punto de salir de la consulta. Le ofreció tomar un café y se sintió incómodo. Agradeció la oportuna llegada del doctor Payne, que preguntaba por unos informes, y se escabulló hasta la sala de espera.

Minutos después, Michelle salió por una de las puertas blancas de la sala y se dirigió a él directamente.

—Buenos días —saludó animada a Hayden—. Ya he acabado con la revisión. Todo está correcto. La rotura está soldando bien—le explicó—. Si quieres puedes entrar y recoger a Daniela, no es conveniente que fuerce el tobillo. Coge una de las sillas que hay en la entrada —aconsejó—. Ahora tengo que dejarte —añadió antes de desaparecer por otra puerta.

Hayden sintió un sudor frío recorrer su espalda. No sabía si estaba aún preparado para encontrarse con Daniela, pero no podía evitar la situación. Con desgana, fue hasta la zona de entrada y cogió una de las sillas de ruedas antes de dirigirse al consultorio. Entró reticente y le costó un mundo elevar su

mirada y clavarla en la camilla, donde reposaba la mujer que hacía palpar su corazón. Ella tardó unos segundos en centrar su atención en él, y por la expresión de su rostro supo que estaba enfadada, lo demostraba el rictus de sus labios, apretados con fuerza, formando una fina línea.

Daniela notaba su corazón acelerado, pero no por la necesidad de verle, como había sucedido los primeros días que había estado encerrada en su dormitorio, si no por el enfado contra él. Hayden no había ido a verla en todo ese tiempo, pareciera que se le había tragado la tierra. La desilusión del principio, la frustración que la siguió y finalmente la ira que bullía en su interior estaban a punto de explotar, podía sentirla en cada poro de su piel. Y por nada del mundo pensaba controlarla.

—¿Y cómo es que te has dignado a venir a recogerme? —le reprochó, clavando su mirada azul en su rostro.

Hayden se quedó paralizado, sin dar crédito a sus palabras llenas de reproche. No esperaba ese recibimiento por su parte, y menos aún su mirada colérica, dedicada solo a él. Hubiera deseado salir corriendo, pero sus pies parecían anclados en el suelo.

—¿No dices nada? —insistió Daniela imperiosamente.

—No sé a qué te refieres —preguntó confuso, mientras colocaba la silla al lado de la camilla.

Daniela suspiró sonoramente. Se sentía demasiado dolida, y más cuando él se comportaba como si no sucediera nada, a pesar del beso que había rozado sus labios la última vez que le vio. «Soy una estúpida», se recriminó molesta. Había esperado que Hayden fuera a visitarla después de besarla cuando la creía dormida, pero no había sido así y tenía que asumirlo.

—Déjalo, ya no importa —dijo apartando la mirada, obligando a su cuerpo a moverse para que sus piernas colgaran de la camilla—. Acabemos con esto cuanto antes —expresó, precipitándose hacia el suelo, si tener en cuenta su pie mal herido.

Hayden, al ver el movimiento de la joven, no dudó en coger su cintura para evitar que apoyara el pie. Para su sorpresa, ella le apartó, empujando su pecho con ambas manos y se dejó caer en la silla con brusquedad.

—Daniela, no te comportes como una niña —le reprochó Hayden molesto, mientras empujaba la silla de ruedas hacia la puerta.

Su comentario enervó aún más a Daniela, que girando su rostro le fulminó con la mirada antes de volver a hablar.

—Por favor, no hables de comportarse como un niño. Eres tú el que ha

estado evitándome todos estos días. ¿No se supone que tú eres el adulto? — cuestionó, antes de volver a darle la espalda, dispuesta a ignorarle.

Sus palabras le sorprendieron y molestaron a partes iguales. Sabía que Daniela tenía razón, que se había comportado como un cobarde. Podía lidiar con su enfado, pero no igual con la decepción que se traslucía en su voz. Iba a replicar a sus palabras, pero justamente estaban cruzando la recepción del centro médico y no quería que Sally le escuchara, por lo que esperó a estar en el exterior para defenderse.

—Daniela, por favor, no te enfades. No te he visitado porque hay mucho trabajo en el rancho —expresó, mientras se acercaba al coche.

—No quiero excusas —replicó Daniela con voz acerada, mientras aferraba los reposabrazos de la silla.

Hayden apretó la mandíbula al ver el estado en el que se encontraba Daniela, y sin poder contenerse paró el movimiento de la silla en seco y se acuclilló frente a la joven cogiendo su mano entre sus dedos.

—Por favor, pequeña, no puedo soportar que te enfades conmigo.

Daniela se sobresaltó al notar su contacto. El vello de sus brazos se erizó y un escalofrío desconocido atravesó su cuerpo. Elevó su rostro y sus ojos se clavaron en los de él. Se sintió sobrecogida por la expresión de su mirada.

—¿Por qué? —preguntó esperanzada.

Hayden se sentía dividido. Por un lado quería expresar sus verdaderos sentimientos, pero no sabía si estaba preparado para afrontar las consecuencias. Hacerlo suponía enfrentarse a Ridley, al que quería como a un hermano.

—Cielo —dijo, mientras elevaba su mano y rozaba con un dedo su mejilla—. Te conozco desde que gateabas en la cocina, entre las piernas de mi madre. Eres como una...

Daniela apartó la mano masculina de su rostro con virulencia antes de hablar. En su voz podía traslucirse la ira.

—No te atrevas a acabar esa frase —siseó.

—Por favor... —rogó Hayden, siendo consciente de la distancia que comenzaba a crecer entre ambos, pero la voz de Michelle a su espalda le sobresaltó y le hizo incorporarse bruscamente, mientras sentía las mejillas encendidas.

—¿Va todo bien? —preguntó Michelle preocupada.

Hayden tardó unos segundos en responder.

—Todo perfecto —mintió, mientras abría la puerta del coche y ayudaba a Daniela a subir—. Gracias.

Michelle no parecía muy convencida, pero aceptó las palabras del capataz.

—Daniela —dijo, acercándose a la ventanilla—, recuerda lo que te he dicho. No fuerces el pie y se curará antes.

—Gracias, Michelle —expresó la joven con voz tensa. No tenía ganas de hablar con Michelle, ni con nadie.

—Cuídate, preciosa —replicó la mujer, dedicándole una sonrisa cariñosa.

—Por supuesto —replicó Daniela a regañadientes.

Sabía que Ridley llevaba saliendo con la doctora Sanders varios meses y parecía contento. Y a pesar de que era guapa, agradable y trabajadora, algo no acababa de gustarle de aquella mujer, que parecía demasiado perfecta.

Durante todo el trayecto, ambos se mantuvieron en un silencio tenso que ninguno de los dos estuvo dispuesto a romper. Daniela agradeció que al llegar fuera su hermano el que la ayudara a bajar del coche, y no le sorprendió descubrir que Hayden huía como un verdadero cobarde en dirección a los establos.

\*\*\*

Blake aprovechó que su hermana había ido a la compra y se había quedado solo para buscar una caja de cartón que guardaba en el maletero del armario de la antigua habitación de su madre. Con cuidado la colocó sobre el colchón de la cama y dudó antes de abrirla. Allí había almacenado los efectos personales más valiosos para su madre. Suspiró pesadamente y finamente la abrió. No quiso detenerse a mirar lo que contenía porque dolía demasiado recordar. Durante los meses transcurridos desde su muerte había aislado los recuerdos para poder seguir adelante, y hasta aquel momento había funcionado. Cogiendo fuerzas de flaqueza, localizó lo que buscaba y cerró la caja con rapidez.

Durante largos minutos no pudo apartar la mirada de la pequeña agenda que sostenía entre sus dedos. Sin ser consciente de ello, acariciaba la fina piel de la misma, desgastada por el tiempo. «No tengo otra opción», se dijo por enésima vez, y con decisión buscó entre las hojas amarillentas el número telefónico que buscaba. Antes de perder el coraje, cogió su móvil y marcó,

esperando respuesta con el corazón acelerado.

Ruth Harper había decidido dedicar la mañana a abrir la correspondencia del rancho que había llegado a primera hora. Estaba estudiando una factura de pienso que le parecía excesiva, cuando el teléfono de la oficina rompió el silencio reinante. De forma automática levantó el auricular y contestó.

—Rancho Harper.

Blake dudó unos instantes, la garganta se le había quedado seca.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Ruth, contrariada por el silencio. No le gustaba perder el tiempo.

—Sí, sí, perdone —replicó Blake más repuesto—. ¿Podría hablar con Ruth Harper? —pregunto indeciso.

—Soy yo misma. ¿Qué desea?

—Soy Blake Campbell, el hijo de Bell.

Ruth sintió que su corazón se saltaba un latido al escuchar aquel nombre. Ni en sus mejores sueños se hubiera esperado aquella llamada, pero estaba agradecida al Señor por ella. Pero una vez respuesta de la primera impresión, un sexto sentido le dijo que algo malo había tenido que suceder para que el chico llamara.

—¿Señora? —preguntó la voz masculina al otro lado.

—Sí, perdona —balbuceo Ruth, intentando reponerse—. ¿A qué se debe tu llamada?

«Mierda, ¿cómo se lo digo?», pensó Blake. Había tenido muy claro que tenía que realizar aquella llamada, pero no se había planteado cómo lanzar la bomba que le tenía preparada a aquella mujer.

—¿Le ha sucedido algo a Bell? —preguntó Ruth intuitiva.

—Mi madre falleció hace unos meses tras una larga enfermedad —confesó Blake.

—¡Dios santo! —exclamó Ruth impresionada, mientras un escalofrío recorría su cuerpo—. Lo siento mucho.

—Gracias —replicó Blake—. Pero no la llamo por eso. Necesito que me haga un favor —la frase se le atragantó en la garganta.

Ruth aún estaba impactada por el descubrimiento de la muerte de Bell, pero al escuchar las palabras forzadas del joven, algo la puso en alerta.

—¿Y de qué se trata? —preguntó con desconfianza. La última ocasión en la que se había encontrado con la madre de Blake, esta le había dicho que

él no quería saber nada de ella ni de los Harper.

—No es dinero si eso es lo que piensa —respondió Blake molesto—. Tengo un trabajo fuera de la ciudad —mintió—, y estaré fuera todo el verano. Mi hermana ha vuelto de la universidad y no me gustaría dejarla sola aquí. Me preguntaba si podría pasar ese tiempo en el rancho, me quedaría más tranquilo. Me lo debe.

Ruth se recostó sobre la silla y se mesó la frente con cansancio. Era poco lo que le pedía el joven, pero sabía que si aceptaba, Ridley montaría en cólera. Pero como bien decía Blake, se lo debía.

—Está bien. ¿Cuándo la traerás?

—Mañana mismo —replicó Blake con rapidez, cuantos antes estuviera Cloe fuera de la ciudad, mejor—. Si es posible.

—Claro, no hay problema. —Sí lo había, y tenía un nombre: Ridley.

—Gracias, señora Harper —replicó Blake, antes de cortar la llamada.

## Capítulo 7

Ruth tardó unos minutos en colocar el auricular en su lugar tras la llamada de Blake. Parecía que el pasado había regresado para darle una bofetada en plena cara. Tenía una sensación agrisada. Por un lado su corazón se había acelerado al escuchar por primera vez la voz del joven, por otro lado, su petición le ponía en un aprieto con Ridley, y no sabía si saldría bien parada de aquel asunto. De nuevo, como le había pasado en los últimos meses, se perdió en la marea de recuerdos remotos.

Como en aquella ocasión, una llamada inesperada la había llevado a viajar hasta Austin. No estaba segura de que hubiera sido una buena idea, pero allí estaba, frente a un edificio de ladrillos rojos y aspecto descuidado. Con suma lentitud subió las estrechas escaleras y llegó hasta la puerta número 16, el que indicaba el papel donde había tomado nota de la dirección.

Ruth se acercó a hoja de madera, y llamó con los nudillos vigorosamente. Tuvo que esperar unos minutos a que la puerta se abriera, y cuando al fin esto sucedió, se quedó sorprendida al descubrir a una niña de apenas doce años. Su rostro ovalado, a pesar de su edad, era idéntico al de su madre. Sintió que su corazón daba un vuelco.

—¡Isabella! —exclamó, mientras se frotaba la frente.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la niña, preocupada y sorprendida a partes iguales. ¿Cómo sabía aquella mujer el nombre de su madre?, se preguntó confusa.

—Sí, niña —logró contestar Ruth a duras penas, intentando reponerse del impacto recibido—. Solo necesito un poco de agua fresca.

—Por favor, pase —ofreció Cloe, abriendo la puerta del todo para que aquella mujer de aspecto regio pudiera pasar.

Cuando Ruth se internó en el pequeño apartamento, un olor a limpio la recibió. A pesar de las puertas destartadas de los armarios de la cocina, y la tapicería del pequeño sofá, que parecía haber conocido tiempos mejores, todo estaba en perfecto orden.

—Siéntese, por favor —solicitó la niña de rostro angelical, mientras le tendía un vaso con agua cristalina.

—Gracias. ¿Cómo te llamas?

—Cloe —contestó, aún sin comprender quien era aquella mujer y lo

que quería.

—Yo soy Ruth Harper —se presentó con una leve sonrisa en los labios—. Anda, pequeña, dile a tu madre que quiero hablar con ella.

Cloe dudó unos instantes, confusa al escuchar su apellido. ¿Harper? ¿No era el apellido del hombre que había firmado las cartas que su madre guardaba con tanto recelo?, se preguntó desconcertada. Estaba claro que aquella mujer conocía a su madre, y eso solo lograba que una docena de preguntas se formularan en su cabeza.

—¡Niña! —le sobresaltó la voz de la anciana.

—Sí, disculpe —respondió atropelladamente, precipitándose hacia la puerta del pequeño dormitorio donde desapareció.

—¡Mamá! —exclamó Cloe con urgencia, mientras zarandeaba ligeramente su cuerpo—. ¡Despierta, mamá! —repitió con urgencia.

—Por favor, Cloe —exclamó Bell, tapándose los ojos con el antebrazo—, déjame dormir un poquito más. He tenido turno de noche, acabo de llegar hace apenas una hora del hospital —rogó.

—Es importante —insistió la niña, a pesar de la lástima que le daba molestarla.

—¿Qué puede ser tan importante? —masculló Bell, mientras intentaba abrir los ojos.

—La señora Harper está aquí.

Bell, al escuchar aquel apellido se incorporó de golpe para quedar sentada en la cama, con los ojos muy abiertos mientras intentaba ordenar sus cabellos.

—¿Has dicho Ruth Harper?

—Sí, quiere hablar contigo —contestó la niña.

—Bien, ahora salgo. Y por favor, ve a casa de Mandy a jugar con Rebeca —ordenó, en alusión a su vecina.

—Pero mamá...—comenzó la niña a protestar.

—Haz lo que te pido, por favor —insistió su madre.

Cloe hubiera querido negarse, pero la seriedad en el rostro de su madre le indicaba que no era buena idea y, resignada, cogió su mochila, donde guardaba algunos juegos y salió por la puerta del apartamento tras despedirse de aquella mujer que despertaba su curiosidad.

Cuando se quedó sola, Bell necesitó unos minutos para recuperar su acelerada respiración. Cuando tomó la decisión de llamar a la señora Harper supo que tendría que enfrentarse a su pasado, pero no había esperado que

fuera tan pronto.

—Ruth... —pronunció para sí, sintiendo cómo su nombre reverberaba en su cabeza, mientras afloraban los mejores recuerdos de su niñez, donde aquella mujer siempre había estado presente.

Muchas habían sido las tardes que había pasado en el porche de la casa Harper tomando limonada y deliciosos bollitos de beicon. Entonces era una niña feliz que correteaba junto al resto de niños del rancho, todos ellos hijos de los trabajadores. Recordaba aquellos días como los más felices de su vida, hasta que se enamoró de la persona equivocada y acabó con el corazón y la vida destrozados.

Entretanto, Ruth esperaba sentada pacientemente en el desvencijado sillón, mientras sus pensamientos se perdían en el pasado. Aún no podía creer que Isabella estuviera allí, a tan solo unos metros de distancia. Recordaba el dolor de William cuando su única hija desapareció sin dejar rastro. Durante meses intentó localizarla, enloquecido por su desaparición. Incluso acudió a la policía, pero como era mayor de edad nada podían hacer. Al poco tiempo dejaron de buscar. Aquel pobre hombre, que había sido uno de los mejores trabajadores de su marido, acabó sumergido en alcohol hasta que tuvo un lamentable accidente con un caballo. Ahora descansaba en el pequeño cementerio junto a la iglesia.

Bell salió de la pequeña habitación y respiró hondo antes de atreverse a enfrentar a Ruth Harper.

—Buenos días —saludó a media voz, sintiendo que un nudo de nervios se formaba en su estómago cuando la mirada de la anciana se fijó en su persona—. ¿Quiere tomar algo? —ofreció diligente.

—Isabella, deja las formalidades para otro momento —expresó Ruth, directa—. ¿Vas a decirme de una vez por qué me has citado aquí?

La aludida se tomó unos segundos antes de responder, intentando aplacar los nervios que inundaban su cuerpo.

—¿No quiere un té antes, señora Harper? —insistió, mientras rebuscaba en uno de los desvencijados armarios de la cocina. Necesitaba tiempo para enfrentarse a la mujer a la que una vez consideró como a una madre.

Ruth abandonó el sofá, y se acercó a la mujer. Ella recordaba a una joven hermosa y llena de vitalidad, que nada tenía que ver con la mujer que ahora le daba la espalda. Estaba más delgada que un junco, y cuando había clavado su mirada en su rostro había descubierto lo demacrado que estaba. «Quizás he sido demasiado brusca», se reprochó, y con cierto temor, alargó

su mano y posó sus dedos sobre su hombro antes de hacerla girar para enfrentarla.

—Isabella, por favor, dime de una vez qué quieres de mí.

La aludida apretó la mandíbula, con una mezcla de sentimientos en su interior, pero no pensaba olvidar el objetivo que la había hecho recurrir a ella.

—Se trata de su nieto —expresó llanamente.

—¿Mi nieto? —boqueó la anciana, sintiendo que su corazón se aceleraba.

Ruth se apartó y regresó junto al viejo sofá, donde volvió a sentarse porque le temblaban las piernas. La noticia que acaba de recibir le había helado la sangre en las venas. Hubiera esperado cualquier cosa, incluso que le pidiera dinero, pero nunca que le dijera que existía un nieto que desconocía tener. Sin ser consciente, se frotó la frente y cerró los ojos antes de hablar.

—¿De qué estás hablando? —preguntó, con un nudo en la garganta.

—El hijo que engendré junto a John —respondió Bell directa.

—Antes de asimilar lo que acabas de decir, debo saber... —expresó Ruth más recuperada.

—¡No! —negó Bell tajante, con los puños apretados a los costados en señal de defensa—. No se le ocurra preguntar nada, no tiene ningún derecho. Si no se preocupó en su momento, no lo haga ahora.

Bell se sintió desfallecer, recordar le desgarraba el alma. Se vio transportada al rancho Harper, al despacho de Morgan Harper, que la citó una tarde de abril que nunca olvidaría. El señor Harper no se anduvo por las ramas, fue directo al motivo por el cual la había convocado. Había descubierto la relación que mantenía con su hijo. «John». Solo recordar su nombre dolía. Y a su pesar, él era el único hombre al que había amado en su vida.

Todo comenzó de la forma más causal. Una mirada, un roce y varios encuentros furtivos en cualquier rincón del rancho donde pudieran encontrar intimidad. John le juro una y cien veces que la amaba, pero cuando salió de aquel despacho supo que todo había sido una gran mentira.

—¡Bell! —la apremió Ruth, a ver su expresión de angustia—. Entiendo que estás enfadada, pero necesito saber la verdad. Te lo ruego.

La aludida tardó unos minutos en reaccionar. Su corazón dolorido se negaba a contar todo lo sucedido, pero su cabeza sabía que debía hacerlo. Solo el ruego de la anciana había logrado que su mente se volviera lúcida.

—Está bien, ¿qué quiere saber? — preguntó, mientras se sentaba en el

sofá junto a la anciana. Deseaba acabar con la tortura de recordar el pasado cuanto antes.

Ruth observó cómo Bell se retorció las manos, denotando su nerviosismo. Odiaba ponerla en esa situación, pero necesitaba conocer la verdad. No se conformaba con lo que su marido le había contado.

—La verdad, solo eso. Mi marido solo me dijo que habías intentado «cazar» a John inventándote un embarazo, y que te echó del rancho. Según él, solo tuvo que darte dinero. No quise creerle e intenté hablar con mi hijo, pero fue imposible. Si te soy sincera, no sé lo que paso hace años, pero necesito que tú me lo cuentes.

Bell la escuchaba con atención, sorprendida por cada una de sus palabras.

—Poco importa ya la verdad —dijo dolida, mientras su mirada se clavaba en sus manos, situadas sobre su regazo—. Pero si debo contársela para que me ayude con mi hijo, lo haré.

—Niña —dijo la anciana, colocando su dedo índice bajo su barbilla para obligarla a elevar su rostro, donde clavó su mirada con determinación—, para mí es importante saber tu versión de la historia. Sé lo que me contó Morgan, pero que fuera mi marido y lo amara, no quiere decir que no conociera su lado más oscuro. Intenté sonsacarle lo sucedido a John, pero se negó.

—No hay mucho que contar —dijo Bell finalmente, resuelta y amarga—, simplemente me enamoré de su hijo como una estúpida y le entregué mi corazón y mi cuerpo. Lo siguiente que supe fue que pensaba casarse con la señorita Penélope Watson. Su marido —el desprecio se traslucía en su voz— me enseñó la invitación de boda, la fecha indicaba que la ceremonia sería un mes después, en mayo. John había jurado amarme, pero todo había sido una gran mentira para llevarme a su cama —confesó con acritud.

Ruth colocó una mano sobre su pecho. Lo notaba dolorido. Su hijo y Penélope se habían casado en septiembre, no cuadraba con la fecha que Bell le indicaba, y eso solo podía significar una cosa: la mano de su esposo estaba metida en aquel asunto, y sospechaba que lo que iba a descubrir no le iba gustar.

Con esfuerzo su mente retrocedió en el tiempo, hasta el día en que se enteró de la sorpresiva huida de Isabella, la hija del capataz del rancho. Cuando la joven desapareció fue consciente del cambio de actitud que se produjo en su hijo, que pareció sumergirse en una depresión. Sabía que

ambos se llevaban bien, en más de una ocasión los había visto juntos, pero no le dio la mayor importancia. Ambos se habían criado juntos, correteando de un lado para el otro del rancho, pero nunca sospechó lo que había surgido entre ambos.

Luego fue testigo de cómo Morgan fomentaba la relación entre Penélope y John. Ahora todo cobraba un sentido diferente. Morgan ambicionaba unir lazos con los Watson, sus vecinos, con él único fin de unir ambos ranchos. Suponía que se había enterado de la relación que mantenían los jóvenes y había movido los hilos para separarlos. Cerró los ojos y los cubrió con una mano. «Todo parece obra de una mente maquiavélica», se dijo, decepcionada. Cuando se hubo repuesto lo suficiente, elevó su rostro y clavó nuevamente su mirada en el rostro de Bell.

—Lo siento, pero creo que Morgan os engañó a ambos. Te juro que de haberlo sabido lo hubiera impedido.

Bell observó a la anciana confusa. Sus palabras habían caído sobre ella como un jarro de agua fría. «No puede ser verdad», se repetía una y otra vez, incapaz de asumir que había sido una estúpida. Aquel malnacido había jugado con ella y con su vida, y había caído en la trampa como una tonta.

—No te culpes —pidió Ruth de inmediato, mientras tomaba su mano entre sus dedos—, eras demasiado joven y él un perro viejo. No puedo hacer nada para compensarte por la vida que merecías junto a mi hijo, pero te juro que cuidaré de mi nieto. —Lo último lo pronuncio con esfuerzo. La noticia de que tenía un nieto había sido una sorpresa que aún le contaba asimilar.

Bell clavó su mirada en el rostro de la anciana con intensidad. Cuando había decidido llamar a Ruth Harper su única intención había sido sacar a Blake del problema en el que se había metido. Ruth era una buena mujer que la había tratado excelentemente desde que era una niña y llegó al rancho de la mano de su padre. Había puesto toda su fe en ella.

—Gracias —pronunció con sinceridad.

Ruth se sintió agradecida y una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—Antes de eso, cuéntame que sucede con... ¿Cómo se llama mi nieto?

—Blake —pronunció Bell con emoción—. Me gustaría decirle que es un buen chico, que lo hice bien, pero no es así. Cuando era pequeño era un niño maravilloso al que adoraba, pero cuando me casé con el padre de Cloe todo cambió. Se volvió un rebelde sin causa. Cuando mi pequeña apenas tenía siete años mi marido desapareció, dejándonos solos y entonces Blake empeoró. En el instituto se junta con malas compañías y yo no puedo

controlarle. Pero lo más duro sucedió hace unas semanas. La policía llamó a mi puerta porque Blake había robado un coche. Me prometió no volver a hacerlo, pero solo eran mentiras. Antes de ayer tuvo un juicio, y el juez dijo que si no dedicaba su tiempo a algo provechoso, acabará en un reformatorio.

—¡Dios santo! —exclamó Ruth, llevándose una mano al cuello. La angustia recorría cada poro de su piel—. ¿Por eso me has llamado? ¿Quieres que me lo lleve al rancho? —preguntó preocupada por la reacción de su otro nieto, Ridley.

—No, por favor, no quiero que Blake sepa aún la verdad. Solo necesito que me ayude a costear sus estudios. Ya casi le he convencido para que se forme como mecánico, ya que le gustan tanto los coches.

Ruth hubiera deseado conocer a su nieto, ver si se parecía a su hijo, pero comprendía que para el chico sería demasiado fuerte descubrir que tenía una familia que hasta el momento desconocía poseer.

—Este bien, te ayudaré, pero en algún momento quiero que le cuentes que tiene una familia en Town Hope.

Bell dudó unos instantes, mientras se mordía el labio inferior. Hubiera deseado no tener que contarle la verdad a Blake nunca, pero sabía que Ruth tenía razón.

—Está bien, señora Harper. Le juro que cuando el chico acabe sus estudios, tenga un trabajo y esté centrado se lo contaré. Necesita una estabilidad emocional para poder asumirlo.

Ruth sonrió, y volvió a acariciar la mejilla de Bell, que había sido como una hija para ella. El pasado no se podía reescribir, pero sí podían crear un futuro formado por retazos.

—Lo comprendo, y lo acepto. Y ahora te agradecería la infusión que me ofreciste. Demasiadas sorpresas para un corazón viejo como el mío.

—¡Por supuesto! —exclamó Bell, sintiéndose esperanzada por primera vez en mucho tiempo.

## Capítulo 8

Ruth esperaba la llegada de su nieto, al que había citado poco antes en el jardín. Estaba preparada para la guerra dialéctica que se iba a suceder tras contarle la llegada de un nuevo habitante al rancho familiar. Ridley se parecía demasiado a su abuelo, y como había sufrido ese carácter rudo en el pasado, sabía cómo lidiar con él a pesar de la bomba que estaba a punto de soltarle. No podía posponer más la noticia, pues Blake le había avisado de su llegada a última hora de la tarde.

Observó el rosal que tenía frente a sí, y cortó uno de los tallos con delicadeza. Era necesario para que nuevas flores brotaran sanas. No mostró sobresalto cuando escuchó la voz de Ridley a su espalda.

—Abuela, me ha dicho Hayden que me buscabas. ¿Qué sucede para citarme con tanta urgencia? Estaba moviendo el ganado a los pastos del norte —comentó molesto, mientras se quitaba los guantes de cuero y los guardaba en el bolsillo trasero de sus *jeans*.

Ruth giró su cabeza, y clavó su mirada en el rostro masculino. Una tenue sonrisa afloró en sus labios al percatarse de su gesto molesto. Desde niño, Ridley había mostrado un genio de mil demonios. Era testarudo y rebelde, pero en el fondo tenía un corazón enorme, y amaba a los suyos hasta las últimas consecuencias.

—Ridley, tranquilízate —solicitó, mientras se quitaba los guantes de trabajo y los dejaba sobre la cesta donde había abandonado las pequeñas ramas espinosas—. Tengo algo importante que contarte.

—¿Y se puede saber de qué se trata para que no hayas podido esperar a la hora de la comida?

Ruth achicó los ojos y estudió el gesto de su nieto antes de hablar.

—¿No te he enseñado modales? —le recriminó con el ceño fruncido.

Ridley apretó la mandíbula, pero bajó su mirada y se disculpó.

—Lo siento.

—Eso está mejor. Bueno, lo que tengo que contarte es muy simple. Ayer me llamó tu hermano...

Ridley elevó su mirada, hasta entonces fija en la punta de su bota, y la clavó en el rostro de su abuela. «¿Por qué me habla de él?», se preguntó, frustrado. Su abuela sabía perfectamente que aquel asunto le enfurecía, y así

se lo hizo saber.

—¡Maldita sea! Te he dicho un millón de veces que no quiero hablar de eso. ¿Por qué insistes en atormentarme?

—Muchacho, no me hables así —replicó Ruth con firmeza—. Soy tu abuela. Y ahora vas a escucharme.

Ridley chascó la lengua molesto por su tono, pero sabía que no le quedaba otra opción que hacer lo que le exigía si no quería tener problemas.

—Está bien, acaba cuanto antes.

—Blake —comenzó Ruth, omitiendo su parentesco para no avivar las llamas que torturaban a Ridley— me llamó ayer para pedirme un favor, y aunque sé que no te va a gustar, pienso hacer lo que me pide.

—¿Lo ves, abuela?! Te dije que ese cabrón acabaría pidiéndote dinero...

—¡Ridley Morgan Harper! —La anciana exclamó su nombre completo, y al instante supo que las siguientes palabras que saldrían de los labios no le gustarían—. Yo no te he criado para que juzgues a las personas como una chismosa de esas que van cada domingo a la iglesia, criticando a gente que ni conoce.

—¡Yo no soy un chismoso! —replicó Ridley furioso.

—Pues lo pareces.

—Toda la culpa es de mi padre, que nos mintió. Nunca podré perdonarle.

—No olvides que estás hablando del hombre que te dio la vida —murmuró gravemente Ruth con el corazón dolido.

—Lo recuerdo, pero eso no quiere decir que tenga que aceptar que mi padre le fuera infiel a mi madre con otra mujer y tuviera un hijo fuera del matrimonio.

—Me decepcionas —expresó Ruth, aferrando con fuerza las tijeras de podar entre sus dedos. Hubiera querido tirarlas a la cabeza de su nieto, pero por el contrario, las dejó caer con virulencia en la cesta a su lado—. Antes de juzgar lo sucedido deberías conocer la verdad. Y te recuerdo que nunca has querido escucharla. Quizás si lo intentaras, comprenderías muchas cosas. Pero supongo que estás más cómodo con la historia que tú mismo te has inventado.

Ridley apretó los puños a los costados, deseando mandar al infierno a su abuela, pero era una de las personas a las que más quería en su vida y no podía dañarla. Respiró hondo, contó hasta diez, y decidió saber que era lo que

le había pedido aquel malnacido a su abuela.

—¿Y de qué se trata ese favor?

—Blake —repitió el nombre, y fue consciente de cómo la mandíbula de Ridley se tensaba— tiene que viajar hasta Denver por una cuestión de trabajo, y me ha pedido que acoja a su hermana pequeña durante el verano.

—¿Y no puede quedarse con su madre? —rebató Ridley con voz acerada.

—Murió hace unos meses —contestó Ruth con pesar.

—Me importa un bledo, no voy a permitir que esa mocosa venga a mi casa...

—Nunca creí que fueras un desalmado —le recriminó su abuela, dirigiéndole una mirada de decepción—. Mientras el aire siga recorriendo mis pulmones, este rancho es tan mío como tuyo y de tu hermana, y haré lo que me plazca. Cuando llegué a Town Hope con una mano delante y otra detrás, ¿qué hubiera sido de mí si las buenas gentes de este pueblo no me hubieran tendido la mano, si me hubieran cerrado la puerta en las narices como pretendes hacer tú con esa joven?

Ridley se quedó sorprendido por la confesión de su abuela. Nunca solía hablar de su pasado, su vida solo contaba desde que había contraído matrimonio con Morgan Harper, y ahora podía intuir el dolor en sus ojos. Sintió el peso de la culpa recaer sobre sus hombros, cosa poco habitual en él. Ahora se arrepentía de las duras palabras con las que se había referido a esa joven, a la que ni siquiera conocía, y en la que su abuela parecía verse reflejada. Pero a pesar del sentimiento que había surgido en su pecho no pensaba ceder a los deseos de su abuela.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —preguntó Ruth, confusa por el silencio de su nieto.

—No —negó Ridley con celeridad—. Y entiendo que sientas lástima por esa joven, pero no voy a transigir respecto a que viva bajo nuestro techo, ni en mis tierras.

—*Nuestras* tierras —le rectificó Ruth, sabiendo que molestaría a su nieto—. Y a partir de ahora seré yo la que se encargue de este asunto.

—Abuela, no creo que sea buena idea...

Ruth ignoró sus palabras, y cogió la cesta a sus pies antes de hablar.

—No quiero hablar más de esto. Solo te aviso de que esta tarde llegará Blake con su hermana, y viendo tu comportamiento, preferiría que no estuvieras presente.

Tras soltar estas últimas palabras, Ruth comenzó a caminar hacía la casa con paso enérgico, dejando a Ridley mudo por la impresión. Por un lado estaba furioso, y por otro se sentía inseguro como nunca ante la situación que se presentaba ante sus ojos.

\*\*\*

Blake volvió a sacar del altillo del armario las maletas que había colocado allí pocos días antes. Sabía que a su hermana no le iba a gustar la idea de volver a llenarlas con sus pertenencias. Y que explotaría como un volcán en erupción cuando le dijera que tenía que ir a pasar el verano a un rancho con unos desconocidos. Tampoco estaba seguro de querer contarle la verdad sobre aquella gente, ya que su hermana no sabía que él era hijo de otro hombre y no sabía cómo iba a afectar eso a la joven.

Él mismo se había sentido devastado cuando supo la verdad. Recordaba perfectamente aquel día. En aquel entonces, Cloe cursaba su primer año de universidad y habían decidido ir a visitarla. Durante gran parte del trayecto su madre estuvo silenciosa y pensativa. Normalmente era una mujer vital y alegre, que no paraba de parlotear ni debajo del agua. Estaba claro que algo le sucedía, y no tardó en descubrirlo cuando pararon en un restaurante de carretera.

—Hijo, tengo algo que contarte y no te va a gustar.

Blake sonrió, antes de tomar su mano entre sus dedos.

—Mamá, nada puede ser tan grave.

Bell se mordió el labio inferior antes de comenzar a hablar.

—Es sobre tu padre. —Fue consciente del momento exacto en el que el gesto de su hijo se torció. Sabía que odiaba al que había creído su padre por abandonarles a su suerte.

—No quiero hablar de Ed Campbell —refunfuñó, mientras soltaba la mano de su madre y cogía el menú, fingiendo que buscaba el plato que iba a comer.

—No es de Ed de quien quiero hablar, si no de tu verdadero padre.

Blake dejó la carta sobre la mesa y observó a su madre incrédulo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó con voz aguda.

—Ed Campbell no era tu padre. Es una historia muy larga —expresó Bell, mientras se retorció las manos inconscientemente.

—Pues tenemos tiempo. Mamá, habla de una maldita vez.

Y después de varias horas de conversación, descubrió una verdad que le llevó años asimilar. Durante mucho tiempo su madre intentó convencerle para que fuera a conocer a su abuela, pero siempre se negó en redondo, dolido por el trato que había recibido su madre por parte de aquella gente.

Cloe no había tenido precisamente un buen día. Había salido a primera hora de la mañana de casa para buscar empleo, y sus pies estaban hinchados y doloridos tras varias horas caminando. Odiaba cuando el gerente de turno leía su currículum y luego observaba su aspecto, juzgándola demasiado joven para el puesto. «No soy una niña», refunfuñó iracunda antes de salir del último lugar donde había probado suerte. «¿Para qué he malgastado años estudiando?», se preguntó frustrada.

Cuando llegó a la puerta del pequeño apartamento se tomó su tiempo antes de introducir la llave en la cerradura, y tras suspirar pesadamente, entró. Su sorpresa fue mayúscula al encontrar a su hermano colocando sus maletas en la entrada.

—¡Blake! —exclamó confusa, mientras dejaba su bolso colgado en el perchero tras la puerta—. ¿Qué significa esto? —preguntó, señalando a su alrededor.

El aludido se giró al escuchar su voz y se masajeó la nuca con una mano al ver la sorpresa y la inminente ira de su hermana. Sus ojos azules echaban chispas, y eso que aún no le había contado lo que tenía planeado para ella.

—Tienes que hacer tus maletas, salimos en cuanto acabes —replicó con seguridad, esperando la reacción de Cloe.

—¿De qué estás hablando? —preguntó, observando a su hermano con incredulidad.

—Cloe —la llamó, mientras se acercaba hasta ella y cogía sus manos en las propias—, por favor, no discutas, es por tu bien.

—Pero... ¿de qué demonios estás hablando? —Cloe estaba cada vez más sorprendida.

—El gremio de mecánicos me ha ofrecido ir a Denver a hacer un curso de reciclaje y no he podido negarme, es una gran oportunidad —mintió, no por primera vez en las últimas semanas.

—¿Y no puedo ir contigo? —preguntó Cloe angustiada. No quería quedarse sola en la ciudad.

—Lo siento, pero es imposible. Me hospedaré con otros compañeros en

un piso compartido —prosiguió con su mentira.

—Entonces, ¿para qué quieres que haga las maletas?

—Vas a pasar el verano con una amiga de mamá. —Estaba claro, lo mejor por el momento era omitir su relación con los Harper, luego ya pensaría en cómo salir de aquel entuerto. Cuando llegara al rancho hablaría con la señora Harper sobre aquel detalle.

—¿Y a dónde vamos? —preguntó la joven con el corazón acelerado, con una sensación de vértigo que atenazó su cuerpo.

—A Town Hope, un pueblo cerca de San Antonio —fue la escueta respuesta de Blake.

—Pero... —comenzó a hablar Cloe, pero su hermano no se lo permitió.

—Vamos, cielo, por favor. No me pongas las cosas más difíciles. Si quieres, lo discutimos durante el viaje.

En una hora tuvieron todo listo y partieron rumbo a un lugar desconocido para ambos. Cada uno iba sumido en sus propios pensamientos, solo acompañados por la música que sonaba en el coche que Blake había alquilado para la ocasión. Prefería su moto, a la que adoraba, pero no hubiera podido llevar a su hermana y su equipaje sobre dos ruedas.

Cloe observaba por la ventanilla el paisaje que dejaban atrás. No tenía muy claro dónde estaba aquel dichoso pueblo, solo que llevaban demasiado tiempo en la carretera. Le daba la impresión de que su hermano iba en dirección a ninguna parte y la incertidumbre estaba acabando con sus nervios. Estaba enfadada con su hermano y con el mundo. Cuando había acabado su último examen había pensado que su vida cambiaría a mejor, que al fin podría labrarse su propio futuro. Soñaba con encontrar un buen trabajo relacionado con el arte, lo que había estudiado, y que podría al fin independizarse y dirigir su vida. Pero aquel maldito viaje había truncado sus planes, que al parecer se pospondrían hasta después del verano.

Había atardecido cuando Blake accionó la intermitencia y se internó en una estrecha carretera comarcal. Entraron en un pequeño pueblo en cuyo cartel se podía leer el nombre: Town Hope. «Un lugar llamado esperanza», pensó Cloe, creyendo que el destino se estaba burlando de ella, que la había perdido hacía demasiado tiempo. Cruzaron lo que parecía la calle principal y se internaron en una estrecha carretera para finalmente aparcar frente a una casa enorme.

## Capítulo 9

—Ya hemos llegado —indicó Blake, quitando la llave del contacto.

Se sentía más nervioso que nunca en su vida, pero tenía que mantener la compostura, más teniendo en cuenta que su hermana no sabía nada acerca de la razón por la que estaban allí ni quiénes eran las personas con las que iba a convivir.

—¿Bajamos? —preguntó Cloe, viendo que Blake no parecía capaz de reaccionar.

Blake tardó unos segundos en reanimarse.

—Mejor espérame aquí, me gustaría hablar antes con la señora Harper.

Cloe no parecía muy contenta con la situación, pero Blake no le dio la posibilidad de réplica. Su hermano salió apresuradamente del vehículo y comenzó a caminar hacia la casa con paso atropellado.

«Harper». aquel apellido rebotó en su cabeza. No era la primera vez que lo escuchaba, estaba segura. Tras varios minutos dándole vueltas, recordó la visita de una mujer de pelo cano al apartamento donde vivían entonces. «Claro», pensó triunfal. ¿Esa era la amiga que le había comentado su hermano?, se preguntó dudosa. Ella era apenas una niña, pero al echar la vista atrás el nerviosismo de su madre aquel día ahora le pareció extraño. Estaba claro que entre esa familia y la suya había una conexión, pero no estaba del todo segura de que fuera una simple amistad.

Blake sentía el corazón acelerado y las manos sudorosas, mientras subía las escaleras del porche y se aproximaba a la puerta. Ni siquiera le prestó atención a lo que le rodeaba mientras accionaba el timbre. El tiempo que esperó a que esta se abriera le pareció eterno, y agradeció escuchar el sonido que produjo la manilla al girar.

—Buenos días —saludó alegremente una mujer de rostro sonriente.

—Buenos días —retribuyó Blake el saludo—. Me gustaría hablar con la señora Harper —solicitó con voz estrangulada.

Emily observó atentamente al joven que tenía frente a sí. Había algo en sus rasgos que le recordaba a alguien, pero al ver su nerviosismo, decidió no hacerlo esperar más de lo necesario.

—¿Es usted Blake Campbell? —preguntó, sorprendiéndole.

—Sí, lo ha adivinado —aceptó Blake.

—No tanto —replicó Emily con humor—. La señora Harper me advirtió de su llegada. Ahora la avisaré, pero puede esperarla en su despacho —ofreció, mientras se apartaba a un lado—. Pase, por favor.

Blake dudó, incómodo con la situación, pero finalmente asintió y poco después la seguía por el amplio corredor pintado de color verde aceituna, adornado con pequeños cuadros con motivos campestres. Se sentía extraño en aquella casa, que le pareció enorme en comparación con su pequeño apartamento. Cuando entró en el despacho no pudo evitar dirigir su mirada a la chimenea y al cuadro que la presidía. En el lienzo estaba retratado un hombre de aspecto regio y facciones duras que logró que un escalofrío recorriera su piel.

Ruth, que entraba en aquel momento en la estancia, se quedó en el quicio de la puerta, observando atentamente a Blake, que permanecía estático, con una expresión indefinible frente al cuadro de su difunto esposo. Era la primera vez que le veía, y no pudo evitar estudiar su aspecto. Era delgado y alto, con su casi un metro ochenta. Su pelo era castaño y parecía revuelto, pero lo que la dejó sin aliento fue descubrir su parecido con su difunto esposo y su hijo John. Sus ojos eran grandes, pero desde aquella distancia no podía ver su color.

—¿Blake? —le nombró para llamar su atención.

El aludido se giró con virulencia, y clavó sus ojos verdes sobre la mujer que tenía frente a sí. Era como la había imaginado, con su pelo cano y aspecto regio. Su rostro apenas mostraba el paso de los años, y se sintió impactado al descubrir que sus ojos eran idénticos a los suyos.

—Sí, soy yo, señora Harper —replicó, mientras se acercaba a ella y le tendía su mano con educación.

Ruth se sintió decepcionada por su frío saludo, pero sabía que era lo más lógico. Ahora se arrepentía de no haber insistido más en verle en el pasado, pero tras varias negativas por su parte, había abandonado la idea.

—Por favor, siéntate —le rogó, indicando los sillones que había frente al ventanal que daba a los pastos donde un pequeño rebaño pacía—. ¿Quieres tomar algo? —ofreció con hospitalidad.

—No, gracias, se lo agradezco —se negó, mientras ocupaba uno de los asientos. Irremediablemente, y a su pesar, su vista se perdió en las vistas frente a sí, que le parecieron espectaculares.

—Bueno, dada la situación, me gustaría que me hablaras un poco de tu hermana. —También le hubiera gustado preguntarle sobre su propia vida,

pero sabía que caminaba sobre arenas movedizas—. Quiero que el tiempo que pase con nosotros este lo más cómoda posible.

—Antes de nada quiero decirle que ella no sabe nada de la relación que nos une y preferiría que siguiera siendo así. Le he dicho que usted era amiga de mi madre y que ella se crió aquí porque mi abuelo trabajaba para ustedes.

Ruth dudó, ya que Blake se parecía demasiado a su marido y su hijo, pero no quería perder aquella oportunidad de conocer a su nieto a través de su hermana. Intentaría ocultar la relación que los unía y le diría a Ridley que mantuviera el secreto. El resto era fácil, solo tenía que guardar los retratos de la vista de la joven para que no atara cabos.

—Está bien, no le diré nada, te lo prometo —expresó solemnemente—. Ahora cuéntame algo sobre ella. ¿Cuál es su nombre?

—Se llama Cloe, como mi abuela. —Blake notó un leve cambio en el rostro de la anciana, pero lo ignora—. Es una chica dulce y cariñosa, a la vez que muy responsable. Los últimos años los ha dedicado a estudiar. Este ha sido su último curso. Estudió la carrera de bellas artes gracias a las becas. Estoy muy orgulloso de ella.

—No es para menos. Creo que me gustará. Se llevará bien con Daniela.

—¿Quién es Daniela? —preguntó Blake, arrepintiéndose al instante. No quería saber nada más de su supuesta familia. Sabía por su madre que tenía un hermanastro que tenía más o menos su edad y una hermana, pero entonces no quiso saber nada de todo aquello y en aquel momento, tampoco. No obstante, la curiosidad parecía jugar en contra de su orgullo.

—Daniela es mi otra nieta, y tu hermana.

Blake tensó su mandíbula al escuchar sus palabras.

—Señora —expresó con voz acerada—, yo solo tengo una hermana: Cloe.

Ruth hubiera querido rebatir sus palabras, pero sabía que no era el momento.

—¿Y dónde está Cloe? —preguntó, cambiando de tema, notando cómo el cuerpo de Blake se relajaba.

—En el coche —respondió el aludido.

—Pues no la hagamos esperar —replicó Ruth sonriendo, mientras abandonaba su asiento, esperando que el joven hiciera lo propio.

\*\*\*

Cloe permanecía en el asiento del acompañante del coche rumiando su enfado. A pesar de que estaba a punto de cumplir veintitrés años, su hermano la trataba como a una niña y empezaba a estar más que harta. Suspiró pesadamente, y finalmente salió del vehículo y caminó unos pasos para alejarse y poder pensar sobre los últimos acontecimientos que asolaban su vida.

Llegó hasta unos cercados y los bordeó, hasta que encontró un viejo tronco tumbado bajo un árbol y se sentó sobre él. Desde allí se dedicó a observar el entorno que la rodeaba, tan diferente a la ciudad donde se había criado. La verdad es que era un lugar muy hermoso, y el aire que entraba en sus pulmones era fresco y limpio.

Durante algunos minutos disfrutó de las vistas, a pesar de su futuro incierto, y logró relajarse antes de regresar al coche, no fuera a ser que el gruñón de su hermano se enfadara por encontrarla merodeando. Estaba a punto de entrar en la cabina, cuando la aparición de Blake y una anciana de pelo cano detuvieron su movimiento. Estudió atentamente la expresión de su hermano y supo al instante que estaba de mal humor. Por el contrario, el rostro de la mujer parecía expectante, y una leve sonrisa adornaba sus labios.

El primero en hablar cuando llegaron a su altura fue Blake.

—Cloe, esta es la señora Harper, la amiga de mamá —mintió, esperando la reacción de su hermana.

—Encantada, señora Harper —replicó Cloe educadamente, mientras le tendía su mano a la mujer. Prefirió fingir que no la recordaba.

—Igualmente, Cloe y, por favor, llámame Ruth.

—Gracias, seño... Ruth —rectificó la joven con una sonrisa tímida.

Blake observaba atentamente la escena. Aunque no lo quisiera admitir, aquella mujer parecía buena persona y le daba la sensación de que cuidaría bien de Cloe. El pitido de un mensaje le alertó y sacó su móvil del bolsillo trasero de sus *jeans*. Leyó en la pantalla el nombre de Parker, que requería su presencia. Con nerviosismo, volvió a guardarlo antes de hablar.

—Bueno, Cloe, será mejor que saque tus cosas. Me tengo que marchar.

—Claro —dijo Ruth, mientras rodeaba los hombros de la joven—. Te instalarás en la habitación de invitados. Síguenos, muchacho —indicó a Blake.

Al girar su rostro, Ruth descubrió que a Blake no le había gustado que le diera órdenes. Volvió a fijar su mirada en la fachada de la casa para ocultar una sonrisa que surgió en sus labios al comprobar que la expresión del joven

se parecía demasiado a Ridley cuando le mandaba algo.

Después de descargar el equipaje de su hermana, Blake se despidió con prisas y emprendió el viaje de regreso. Cloe se sintió algo entraña en aquel lugar desconocido, pero Ruth apenas le dio tiempo a pensar y cuando vieron desaparecer el coche por el camino de tierra, volvió a cogerla por los hombros y la instó a andar.

—Bueno, pequeña, primero te voy a presentar a Emily —dijo, mientras rodeaban la casa y entraban por una puerta lateral—. Te aviso de que vamos a entrar en sus dominios, y no le gusta que nadie ponga las manos en sus fogones. Emily es una bendita, lleva muchos años con nosotros y si no fuera por ella esta casa sería un completo desastre —expresó, antes de obligarla a entrar por la puerta.

Al entrar, Cloe descubrió a una mujer de pelo oscuro amarrado en una coleta, que cortaba a toda velocidad verduras sobre una tabla de madera. Parecía completamente concentrada. Solo elevó su mirada cuando Ruth habló.

—Emily, deja eso, que te voy a presentar a la joven de la que te hable: Cloe.

La mujer se lavó las manos en la pila y cogió un trapo de la encimera para secarlas antes de acercarse a la joven.

—Hola, preciosa —saludó con una sonrisa, antes de darle dos sonoros besos en las mejillas—, encantada de conocerte.

—Igualmente, señora —replicó la joven algo cohibida.

—¡Oh, por favor! ¿Se me ve tan mayor? —Lanzó la pregunta al aire—. Llámame Emily y nos llevaremos bien —añadió con humor—. ¿Tienes hambre?

—¡Mamá, por favor, no todo el mundo está hambriento siempre! —exclamó una voz proveniente de la puerta. Las tres mujeres se giraron al escucharla.

—¡Tú, cállate! —exclamó Emily, apuntando a su hijo con un dedo—. Te recuerdo que eres tú el que siempre toma ración doble.

Hayden sonrió ampliamente, como hacía mucho tiempo que no hacía, y se rascó la cabeza mientras mostraba una expresión inocente.

—Soy un hombre grande —se excusó.

Ruth no pudo evitar reír al escuchar la conversación que intercambiaban madre e hijo. Los adoraba a ambos. Cloe, por su parte, era mera espectadora de la escena. Sin poder evitarlo sintió envidia por la relación existente entre

ambos, que irremediablemente le recordó a la propia con su madre.

—Hijo, anda, cállate y compórtate con educación. ¿No te has dado cuenta de que tenemos una invitada? —le preguntó, mientras elevaba una de sus cejas.

Fue entonces cuando Hayden prestó atención a la joven. Sin coartarse posó su mirada sobre su persona y descubrió un cuerpo pequeño, pero bien formado. Un largo pelo rubio como el trigo y unos preciosos ojos azules sobre un rostro aniñado. La verdad es que era una joven preciosa.

—Hola —la saludó con un gesto de mano—. Yo soy Hayden, el capataz.

—Encantada —retribuyó Cloe el saludo—. Yo soy Cloe, la invitada inesperada —añadió en el mismo tono de humor, contagiada por el ambiente distendido que se respiraba en la cocina.

—Bueno, ahora que ya conoces a la pareja que es el alma de la casa —expresó Ruth más animada—, solo te queda conocer a mi ratoncito. —Al ver que Cloe alzaba sus cejas sorprendida, amplió la información—. Mi nieta, Daniela. Ahora está descansando, hace unos días tuvo un accidente y tiene lastimado un tobillo. Estoy segura de que te llevarás muy bien con ella, sois casi de la misma edad.

—¿Y Ridley? —preguntó Hayden, ganándose un codazo por parte de su madre, que sabía a medias la historia de la invitada que pasaría el verano en el rancho. Ruth le había contado un tercio de la verdad, pero sobre todo le había hablado de la reticencia de Ridley, y conociéndole, sabía que la situación se iba a complicar.

Ruth, al escuchar el nombre de su nieto, clavó la mirada en Hayden. Quería mucho a ese chico, pero en aquel momento le hubiera gustado estrangularle por meter la pata hasta el fondo.

—¿Quién es Ridley? —preguntó Cloe con curiosidad.

—Mi nieto —respondió Ruth—, ya te lo presentaré más tarde —añadió, quitando importancia al asunto—. Y ahora vamos a dar una vuelta, me gustaría que conocieras los alrededores antes de comer.

## Capítulo 10

Ridley se sentía agotado tras un largo día de trabajo. Como le había pedido su abuela, no había aparecido por casa en toda la tarde y había decidido no regresar hasta bien entrada la noche. Aparcó junto a la casa y entró, procurando no hacer ruido para no despertar a nadie, pero cual no fue su sorpresa al encontrar a su abuela en la cocina. Estaba sentada ante la mesa con una taza humeante entre sus dedos. Su pelo cano, normalmente recogido en un moño, estaba suelto a su espalda y caía en cascada sobre la bata rosada que cubría su camión. Su rostro mostraba contradicción, pero prefirió ignorar su enfado sentándose frente a ella.

—Abuela, ¿qué haces aún despierta?

—Tenemos que hablar.

Ridley chascó la lengua, molesto por sus palabras. Estaba claro que su abuela no le iba a dar tregua.

—Creía que ya habíamos hablado esta mañana —replicó huraño.

—Sí, pero hay algo más que debes saber.

—¿Qué? —replicó Ridley con desgana.

—Cloe no sabe la relación que tenemos con su hermano, y me gustaría que fueras discreto al respecto.

—Puedes estar tranquila, no pienso tener mucho roce con esa joven.

—Gracias —fue la escueta respuesta de la anciana, agradecida por que su nieto le diera un respiro—. ¿Tienes hambre? —preguntó preocupada.

—No he tomado nada desde el desayuno.

—Eres imposible —expresó Ruth mientras se levantaba de la silla y se dirigía al horno, de donde sacó un plato que aún estaba caliente—. Menos mal que nos conocemos.

Ridley, a pesar del enfado que le embargaba desde primera hora de la mañana, no pudo evitar sonreír, agradecido cuando su abuela colocó el plato frente a él. Su estómago rugió furiosamente cuando el aroma del guiso de ternera llegó a sus fosas nasales. Agradeció el silencio de su abuela, que volvió a sentarse frente a él, mientras comía lentamente saboreando cada bocado. Pero no era tonto, sabía de sobra que la conversación no había acabado.

—¿Y bien? —preguntó directo, mientras dejaba la cuchara sobre el plato vacío.

Ruth se sintió sorprendida, y aún así replicó a su escueta pregunta.

—Esta mañana te obcecaste en que no querías a la joven en casa, pero está instalada en la habitación de invitados.

Ridley, que en aquel momento se estaba limpiando los labios, tiró la servilleta sobre la mesa furibundo.

—¡No la quiero bajo mi techo! —explotó.

—Ridley, no lo entiendo. ¿Qué mal te puede hacer esa joven?

Ni él mismo tenía respuesta a esa pregunta. Sabía que realmente era una tontería, que no tenía ningún sentido y se estaba comportando como un adolescente caprichoso. Pero lo cierto era que temía que la presencia de aquella chica en la casa despertase a los fantasmas de un pasado que prefería olvidar. Estaba seguro de que cada vez que sus caminos se cruzaran se acordaría de su hermano y de que su padre le había sido infiel a su madre, y eso hacía que la oscuridad abrazara su alma.

—No la quiero aquí, y punto. No me gusta tener a extraños merodeando por la casa.

—¿Y dónde quieres que la meta? —preguntó su abuela iracunda.

—Puede quedarse en el apartamento sobre el garaje...

—¡Te has vuelto completamente loco! —le reprochó Ruth perdiendo la paciencia—. Ese lugar es inhabitable desde hace años. Te pongas como te pongas, las cosas se harán como yo disponga —concluyó la anciana antes de abandonar su silla.

Ridley no replicó. Podía ver el estado de ánimo de su abuela, y por sus gestos, supo que no era buena idea discutir su decisión. La situación en el rancho se había complicado en pocas horas y poco podía hacer. No le gustaban nada las circunstancias de la llegada de aquella joven, y mucho menos que se aprovechara de su abuela.

Ruth arrojó una última mirada a su nieto, y con paso enérgico caminó hasta la puerta. Había sido un día muy largo, con demasiadas emociones y estaba agotada física y mentalmente.

A Cloe le estaba costando conciliar el sueño y cansada de dar vueltas sobre la cama decidió bajar a tomar un vaso de agua fría. Estaba a punto de internarse en la cocina cuando escuchó unas voces en su interior. Su corazón comenzó a latir aceleradamente y se quedó estática en el sitio, en completa

oscuridad. Estaba a punto de girarse para regresar a su dormitorio cuando su nombre surgió en la conversación y fue incapaz de moverse. No era de buena educación escuchar conversaciones ajenas, pero aquella en concreto era referente a su estancia en aquel lugar y no pudo evitar la tentación.

Una voz fuerte y masculina parecía más que molesta con su persona. No entendía el porqué, ni siquiera se conocían. Al principio se sintió dolida y rechazada. Era injusto. Pero a medida que la conversación proseguía, cada palabra que pronunciaba ese tipo, fuera quien fuese, hacía que la ira creciera en su interior y, de haber podido habría entrado en aquella cocina y habría mandado al cuerno a aquel cretino. El problema radicaba en que estaba en un lugar perdido de la mano de Dios y con su hermano a cientos de millas.

Cuando escuchó hablar de un piso sobre el garaje surgió un rayo de esperanza entre la oscuridad que había embargado su alma al sentirse rechazada por aquel hombre, que ni tan siquiera se había tomado la molestia de conocerla antes de juzgarla con dureza.

Al percatarse de que la señora Harper estaba a punto de salir no dudó en correr hasta las escaleras para refugiarse en el dormitorio que ella le había asignado. Nuevamente se acostó en la cama, aunque estaba segura de que ni aunque lo intentara lograría dormir después de descubrir que no era bien recibida en aquel lugar.

\*\*\*

Cloe había madrugado a pesar de apenas haber descansado en toda la noche. Estaba dispuesta a mudarse de la casa grande cuanto antes. No quería compartir espacio ni un segundo más con aquel desconocido tirano y prepotente.

Agradeció encontrarse con la señora Harper desayunando en la cocina. No pensaba hacer nada antes de pedir permiso a su anfitriona.

—Buenos días —la saludó con alegría.

—Buenos días, niña —retribuyó la anciana el saludo—. ¿Qué haces levantada tan temprano? —preguntó curiosa.

—Mi cuerpo está acostumbrado —expresó Cloe mientras cogía una taza que colgaba de una de las alacenas y la llenaba con el café cuyo olor inundaba la cocina—. Además, me gusta aprovechar el tiempo.

Ruth observó a la joven mientras preparaba su desayuno y se sentaba frente a ella. Le gustaba aquella chica. En el poco tiempo que

llevaba en la casa había descubierto que era enérgica y decidida, dos cualidades que Ruth admiraba.

—¿Y en qué piensas aprovecharlo? —preguntó curiosa.

Cloe sintió como sus mejillas se coloreaban, y carraspeó antes de atreverse a expresar sus intenciones a su anfitriona.

—Verá, señora Harper... —comenzó, pero se vio interrumpida con un gesto de la mano de la anciana.

—Te dije que me tutearas...

—Claro.

—Bueno, cuéntame —preguntó Ruth, intrigada por sus planes.

—He de confesarle una cosa —explicó Cloe avergonzada, mientras bajaba su mirada y la clavaba en la taza que tenía frente a sí. No podía mentir a aquella mujer tan amable, y por experiencia sabía que lo mejor era contar la verdad desde el principio—. Ayer por la noche me entró sed y bajé a por un vaso de agua. Sin querer, escuché su conversación con... ese hombre.

Ruth tuvo que cerrar la boca, que había mantenido abierta, tras la confesión de la joven. A toda velocidad intentó recordar el diálogo mantenido la noche anterior con su nieto, temiendo que la joven hubiera escuchado algo indebido. Por otro lado, no podía dejar de admirar su sinceridad.

—¿Qué escuchaste exactamente? —preguntó con cautela.

—Que no le hace gracia mi presencia —dijo con una sonrisa de circunstancias.

Ruth resopló.

—Por favor, niña, no le hagas caso a mi nieto —dijo con exasperación—, es un necio...

—Pero le comprendo, y yo también estaría más cómoda si me dejara usar el apartamento del que hablaban.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Ruth furibunda, maldiciendo a Ridley.

—Por favor, Ruth —le rogó Cloe, poniendo aquella expresión con la que endulzaba a su madre y hermano.

—Ese lugar es desastroso... —comenzó Ruth.

—Al menos deje que le eche un vistazo —rogó.

Ruth hubiera querido negarse, pero el rostro suplicante de la joven se lo impidió. Quizás no era tan mala idea, pensó. Si arreglaban

debidamente aquel lugar quizás en el futuro podría valer para que Daniela se independizara cuando acabara su carrera. Tenía la esperanza de poder retener a su nieta cerca del hogar.

—Está bien, puedes echar un vistazo. Si te convence, le pediré a Hayden que arregle lo que esté estropeado y, solo entonces podrás mudarte. Pero que sepas que no me gusta la idea, y que quiero que las comidas las hagamos con nosotros.

—¡Gracias, gracias, gracias! —replicó Cloe, antes de estampar unos sonoros y espontáneos besos en las mejillas de la mujer.

Tras desayunar y conversar con la señora Harper, que cada día le gustaba más, Cloe se puso unos *jeans* viejos, una camiseta verde y unas deportivas antes de salir por la puerta de la casa, dispuesta a enfrentarse al reto de hacer habitable el lugar que parecía haberle asignado el «señor Harper».

No tardó en localizar el garaje, situado a pocos metros de la casa, y subió por las escaleras para llegar al piso superior. Rebuscó en su bolsillo hasta dar con la llave que le había entregado la señora Harper y la introdujo en la cerradura. Al entrar tuvo que contener el aliento por el olor a cerrado que embargó su nariz.

Suspiró frustrada y abrió las ventanas para airear. Descubrió una pequeña cocina americana incorporada en el salón y una habitación con un baño adosado. Era más pequeño que el apartamento que compartía con su hermano, pero le gustó. Como imaginaba, todo estaba lleno de polvo y suciedad, pero por lo demás no estaba mal del todo. Decidió mover los escasos muebles que había para limpiar con más facilidad. Estaba a punto de ir a pedir artículos de limpieza a Emily, para poder empezar con la ardua tarea, cuando unos fuertes golpes en la puerta la sobresaltaron.

## Capítulo 11

Ridley colocó el último clavo en el tejado y observó el trabajo que había realizado a lo largo de la mañana. Al fin se acabarían las goteras en el granero, que tantos quebraderos de cabeza le había dado durante el invierno. Había ido posponiendo la tarea, pero al fin había resuelto un problema más de la larga lista que atormentaba su cabeza.

Guardó las herramientas en el cinturón y se dispuso a bajar con cuidado de la escalera, situada a más de cuatro metros de altura. Estaba dejando el cinturón de trabajo en la parte trasera de la furgoneta cuando apareció Hunter por el camino de tierra. Su andar rápido le hizo suponer que algo sucedía, y no pudo evitar suspirar. «Más problemas no, por favor», se dijo frustrado, mientras esperaba pacientemente a que su hombre llegara a su altura.

—¿Qué sucede? —preguntó directo.

Hunter se secó el sudor de la frente con un pañuelo antes de contestar.

—Señor Harper, acabo de llegar del pueblo, fui a encargar las maderas para arreglar los cercos junto a la casa. Llegarán esta tarde...

—¿Y? —indagó Ridley confuso, elevando una de sus cejas—. ¿Qué problema hay con eso?

—Estaba aparcando la camioneta en el garaje cuando he escuchado golpes en la parte superior, en el viejo apartamento que usaba el antiguo capataz.

—¿Qué? —boqueó Ridley incrédulo.

—Preferí avisarle antes de ir a echar un vistazo —comentó, buscando la aprobación de su jefe.

—¡Joder! —exclamó Ridley enfurecido.

—¿Quiere que vaya a ver? —preguntó Hunter solícito.

—No te preocupes, yo me ocupo. Revisa los abrevaderos y vete a casa. Yo me encargaré de la entrega —concluyó iracundo.

—Perfecto —replicó el chico, feliz por salir antes de la hora del trabajo.

Ridley notaba cómo la ira crecía en su interior según se iba aproximando a la zona indicada por Hunter. Con determinación, subió las escaleras exteriores y golpeó la puerta con fuerza, intentando mitigar su ira con el gesto. Tuvo que esperar varios minutos hasta que esta se abrió.

—Buenos días, ¿qué desea? —preguntó Cloe, intimidada por

aquel hombre y su gesto duro.

Ridley la observó largamente antes de hablar, sorprendido por el hallazgo. Cuando se repuso, contestó a su pregunta con voz torva.

—Saber qué haces aquí —espetó directo.

Cloe se sorprendió al escuchar su voz profunda, que era inequívocamente la del hombre que estaba hablando con la señora Harper la noche anterior. Su pregunta le pareció estúpida, teniendo en cuenta que la idea de que ella ocupara aquel lugar había sido suya. Aún así, armándose de paciencia, contestó.

—Verá, yo...

Antes de que pudiera decir nada más, él cortó sus palabras con un gesto de mano.

—Soy Ridley Harper, el propietario del rancho, y deberías haberme pedido permiso antes de entrar en este lugar.

Cloe apretó los puños a los costados, molesta porque él creyera que había entrado en el apartamento sin consultar antes con alguien.

—Señor Harper, disculpe el malentendido, pero...

Deseó gritar cuando él nuevamente la interrumpió, no dejando que se explicara.

—¡Malentendido! —explotó Ridley—. Te voy a decir una cosa...

—Cloe, mi nombre es Cloe —puntualizó ella con firmeza perdiendo la escasa paciencia con la que contaba—. Y si me dejara hablar acabaríamos antes.

Ridley sintió cómo se teñían sus mejillas al escuchar sus palabras. La joven tenía razón. Se había dejado llevar por la ira y se estaba comportando de una forma irracional.

—Habla —aceptó, aunque no con demasiada amabilidad.

—Esta situación es tan incómoda para mí como para su familia y voy a intentar molestar lo menos posible el tiempo que este aquí. Por ese motivo hablé esta mañana con la señora Harper, solicitando un lugar fuera de la casa y este es el que me indicó —explicó, obviando que había sido idea suya.

Ridley escuchó atentamente sus palabras, encontrando coherencia en ellas. Aún así no dejaba de asombrarle que la solución que presentaba la joven era muy parecida a la que él mismo había expuesto la noche anterior.

Era ciertamente sospechoso, pero no quería darle más vueltas al

asunto. Debía aceptar que aquella joven se iba a quedar todo el verano en el rancho, y cuanto antes se hiciera a la idea, mejor. Por lo menos, tenerla fuera de la casa ayudaría a que olvidara aquel asunto que le recordaba a su hermano. Pero antes de aceptar aquel acuerdo había algo que debía comprobar personalmente.

—Está bien. Pero antes tengo que asegurarme de que este lugar es apto —añadió, entrando en la vivienda con ímpetu, obligando a la joven a apartarse para no ser atropellada.

Cloe sintió los nervios bullir en su interior cuando él se movió y estuvo a punto de acabar estampada contra su amplio pecho. Se apartó con rapidez y se ordenó mentalmente tranquilizarse mientras se quedaba en una esquina de la entrada.

Ridley oteó a su alrededor, descubriendo que el apartamento era un completo desastre. Estaba claro que iba a necesitar mucho trabajo para que fuera medianamente habitable, y ya empezaba a arrepentirse de su cabezonería. Tras dar una vuelta rápida por la sala se giró y clavó su mirada en la joven.

Era evidente que estaba nerviosa, la delataba el ligero temblor de su cuerpo. Era pequeña y delgada. Su cabello rubio como el trigo de los campos iba recogido en una coleta alta y algunos mechones se habían escapado de su prisión, acariciando sus mejillas. Sus iris azules parecían como un cielo despejado y en aquel momento no mostraban ira, como poco antes, más bien expectación. Al menos eso le pareció porque no la conocía. «Ni la quiero conocer», se amonestó mentalmente.

La voz de la joven le sobresaltó, sacándole de sus pensamientos.

—¿Y bien? —comenzó Cloe, perdiendo la paciencia—. ¿Ya ha decidido? —preguntó, molesta por su escrutinio.

—Sí, pero mientras hacemos unos arreglos tendrás que quedarte en la casa. Y por favor, deja de tratarme de usted —replicó Ridley directo, clavando su mirada en el rostro de la joven con intensidad.

Cloe sintió que su corazón se saltaba un latido con la mirada que le dedicaron aquellos ojos grises. Pero sus palabras habían deshinchado su entusiasmo. Ahora que se había hecho a la idea de vivir en aquel refugio tener que compartir techo con aquel hombre se le hacía cuesta arriba.

—No necesita tanto arreglo —intentó rebatirle—. Solo un poco de limpieza.

—Se hará como yo diga —replicó Ridley molesto—. Y ahora tengo

cosas que hacer que no pueden esperar. Hasta nueva orden no quiero que entres aquí —concluyó, antes de caminar con paso ligero hasta la puerta.

Cloe observó incrédula cómo el señor Harper abandonaba el apartamento. Tuvo que controlar su genio y morderse la lengua para no salir tras él y decirle que no era uno de sus empleados para darle órdenes. Y así lo hubiera hecho si fueran otras sus circunstancias. Además, no quería crear problemas entre abuela y nieto, ya que la señora Harper había sido muy amable con ella y le caía bien.

\*\*\*

Daniela permanecía sentada en el banco del porche fingiendo que leía, pero en cuanto su abuela entró en la casa para hablar con Emily no dudó en coger la muleta y caminar con paso torpe hasta los escalones. Sabía que si su abuela o su hermano se enteraban de su escapada y de que no estaba respetando el reposo recomendado por los médicos, la matarían. Pero el ansia de conocer a las crías de su perrita, que había alumbrado un par de días antes, era más fuerte que la posible reprimenda.

Se tuvo que detener en un par de ocasiones antes de llegar al establo, pero se sintió feliz al encontrar a *Nevada* tumbada en una vieja manta mientras siete hermosos cachorros mamaban. No sin cierto esfuerzo, logró acuclillarse, para acabar finalmente sentada sobre el suelo de tierra y paja, pero poco le importó mancharse el trasero. Admiró durante unos minutos el misterio de la vida, disfrutando como una niña.

Hayden, que entraba en aquel momento en busca de unos herrajes, se vio sorprendido por su presencia. Era una imagen demasiado tierna, y la emoción que mostraba el rostro de Daniela le encandiló, pero sospechar el modo que había utilizado para llegar hasta allí le hizo fruncir el ceño. A pesar de que en los últimos días apenas le dirigía la palabra, evitando cualquier confrontación con ella desde su última disputa, no pudo evitar explotar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó iracundo, sobresaltando a la joven, que giró su rostro y elevó su mirada hasta él.

—¡Oh, por favor! —exclamó Daniela molesta—. Solo he venido a ver a *Nevada*. ¿Acaso es un crimen?

Hayden observó su rostro contrariado y a su pesar no pudo evitar sonreír. Sabía que Daniela adoraba a su perrita y era lógico que no hubiera podido evitar la tentación de saber cómo se encontraba.

Se acuclilló a su lado y acarició la cabeza del animal, disfrutando de la

suavidad de su pelaje.

—¿Se lo vas a decir a mi abuela? —preguntó Daniela.

—Depende —replicó Hayden, sin apartar la mirada de los cachorros.

—¿De qué? —indagó la joven, girando la cabeza para estudiar el rostro que tanto adoraba.

—De si sigues enfadada conmigo.

Daniela le escuchó, reflexionando sobre lo sucedido entre ellos en los últimos tiempos. No podía negar que se había enfurecido con él por ignorarla, pero le era imposible guardarle rencor demasiado tiempo. Lo que sentía por él era fuerte, lo sabía por el loco latido de su corazón cuando aquel hombre estaba cerca, pero ya había asumido que, aunque Hayden la quería, nunca quebrantaría la fidelidad a su familia. En el fondo pensaba que era absurdo, que su abuela y su hermano nada tenían que decir respecto a los sentimientos de ambos. El hombre al que amaba era un cobarde.

—No lo estoy —expresó Daniela con calma—, solo un poco decepcionada.

Hayden clavó su mirada en el rostro femenino, sorprendido y dolido por sus palabras.

—¿Conmigo?

—Sí —respondió escuetamente.

—¿Por qué? —preguntó Hayden con una quemazón en el pecho. No podía soportar que ella se sintiera así respecto a él.

—La noche en que me trajiste del consultorio, cuando me dejaste en mi dormitorio, me besaste. No sabes cuánto tiempo llevaba esperando eso, pero ahora sé que fue un momento suspendido en el tiempo, que no hay futuro para lo que siento.

Hayden se quedó estático, sin capacidad de reacción. Podía sentir cada una de sus palabras como una daga que se clavaba en su corazón. Amaba a Daniela con toda su alma y la necesitaba como el aire para respirar, pero estaba a punto de perderla por su estupidez. ¿Realmente quería vivir toda su existencia sin ella? No, esa era la respuesta, porque sería como estar muerto en vida, que era como se había sentido en los últimos días sin ella.

Con resolución clavó sus rodillas en el suelo y cogió a la joven por los hombros para aproximarla a su cuerpo. Disfrutó de la expresión sorprendida de su rostro y una sonrisa perezosa surgió en sus labios.

—Sí hay un futuro, Daniela. El que nosotros forjaremos.

—No entiendo... —murmuró ella, sorprendida. No podía creer en sus

palabras.

—Te has metido en mis venas como un veneno y, aunque lo he intentado un millón de veces, no puedo desterrar de mi corazón lo que siento por ti. Te amo, y me importa un bledo lo que la gente piense, lo que tu hermano piense.

Daniela, al escuchar su declaración, sintió un escozor en los ojos. Y a pesar de intentar contener las lágrimas no lo logró. Lo que estaba sucediendo parecía un milagro.

—Yo también te amo, Hayden, y lucharé contra viento y marea por nuestro amor. Mi corazón es tuyo desde hace tiempo, y no conozco mejores manos en las que deba estar que en las tuyas.

Hayden tomó su rostro entre los dedos y la admiró con adoración. No quería malgastar más saliva con palabras, solo quería perderse en su boca, como llevaba deseando desde hacía meses. Su rostro descendió y tocó sus labios con un ligero roce antes de zambullirse en la dulce cavidad de su boca.

Daniela respondió a la caricia con ímpetu, deseando saciar la necesidad que embargaba su cuerpo. Y así lo hizo, disfrutando de cada roce, de cada envite de sus lenguas. Se quedó sin respiración cuando las manos masculinas se situaron sobre sus caderas y con dedos ágiles sacaron su camisa del pantalón para rozar su piel.

Hayden tuvo que apartarse para no acabar cometiéndola una locura, aunque lo que más deseaba en aquel momento era palpar cada centímetro de la piel de Daniela y hundirse en su cuerpo y ser uno solo. Pero tenía que ir despacio, se dijo, apartando a la joven con reticencia y apoyando su frente sobre la de ella.

—Tenemos que parar —susurró con dificultad.

Daniela despertó de la marea de pasión en la que naufragaba y le costó enfocar su mirada en el rostro masculino.

—¿Por qué? —preguntó con voz estridente.

—Porque tienes que regresar al porche, tu abuela debe estar buscándote. Pero tranquila, esto no ha terminado. Ahora que te he probado, me he vuelto adicto a tu sabor —concluyó con humor, antes de cogerla en brazos y salir del edificio con ella cargada.

## Capítulo 12

Cloe estaba parapetada tras un delantal que le había prestado Emily, y había cubierto su cabello con un pañuelo rosado para protegerlo del polvo. Pero pasada una hora sentía que este se había metido en cada poro de su piel.

Frustrada se acercó a la pila de la cocina para llenar el cubo con agua limpia. Cuando lo llenó y cerró el grifo descubrió que estaba goteando y acostumbrada como estaba a hacer arreglos en casa, no dudó en coger una llave inglesa con la que pretendía apretar la tuerca que fijaba el grifo. Estaba luchando por lograr que no quedara ni un poro en la junta por donde el agua pudiera escapar cuando una voz a su espalda la sobresaltó.

—¿Qué demonios estás haciendo?! —preguntó Ridley, que acaba de entrar por la puerta.

Cuando había entrado en el apartamento su intención era la de cambiar un cristal de la ventana del dormitorio, que estaba roto, aprovechando que Cloe no estaría allí. Pero su sorpresa fue mayúscula al descubrirla en la cocina, a pesar de que se lo había prohibido expresamente, haciendo lo que le daba la gana.

—¡Ahh! —gritó Cloe, sorprendida por su presencia.

Sin pretenderlo, apretó demasiado la tuerca y el grifo salió prácticamente volando por los aires.

—¿Pero qué coño...? —exclamó Ridley, tras esquivar el grifo, que iba proyectado directamente a su cabeza.

—¡Mierda! —exclamó Cloe, al ver el desastre que se había formado.

El agua salía con fuerza, logrando que su ropa se empapara en pocos segundos. Con el pañuelo que llevaba en la cabeza, y que se quitó de un tirón, intentó tapan el agujero por donde se escapaba el agua.

—Así no vas a lograr nada —expresó Ridley malhumorado—. Hay que cortar la general.

—¿Ah, sí? —replicó Cloe con sarcasmo, furibunda, mientras elevaba una de sus perfectas cejas—. Pues no sé a qué demonios está esperando, señor Harper.

Ridley hubiera deseado replicar a sus palabras, no le había gustado su tono, y mucho menos que le diera órdenes. Pero le urgía más detener el diluvio antes de que el apartamento se inundara.

Cloe se sintió aliviada cuando el agua dejó de manar, pero una vez

respuesta del susto, oteó a su alrededor, percatándose de la catástrofe a su alrededor. Sus hombros se hundieron y con desgana cogió la fregona para comenzar a limpiar.

—¡Mira la que has liado! —la asaltó la voz malhumorada de Ridley, que había regresado.

Cloe puso los ojos en blanco, mientras aferraba fuertemente el palo de la fregona entre sus dedos, y con la mayor calma de la que fue capaz se giró para enfrentarle.

—Todo esto es culpa suya —le reprochó, mientras le apuntaba con el mástil de la fregona.

Ridley iba a replicar a sus palabras airadamente, pero se quedó callado al ver el aspecto que presentaba Cloe. Su cabello rubio estaba empapado, su rostro húmedo y sonrojado, mientras varias gotas de agua recorrían su garganta para acabar muriendo en el escote de la camiseta rosa, que se adhería a su cuerpo como una segunda piel. Sus pequeños pechos marcaban la tela, igual que su abdomen plano. Notó cómo su respiración se aceleraba, mientras la sangre bombeaba entre sus piernas. «Maldición», se dijo, moviéndose para que el pantalón no estrangulara su masculinidad.

Cloe, ajena a su estado de agitación, prosiguió con su discurso, malhumorada.

—La culpa es de usted, que me asustó.

—Nada de esto hubiera pasado si no llegas a desobedecer mis órdenes. Creo que fui muy claro...

—Señor Harper, con todos mis respetos —expresó Cloe, echando chispas por los ojos, encendida por la ira—, yo no soy uno de sus empleados, no tiene derecho a darme órdenes ni tengo por qué hacerle caso.

—Y yo te recuerdo que soy el dueño de este rancho.

—¡Oh, por Dios! No estamos en el siglo XVIII. ¿Sabe en qué año vivimos...?

Ridley no podía apartar la mirada de las facciones de su rostro, que cambiaban de la ira a la exasperación en cuestión de segundos, y a su pesar, no pudo evitar perderse en la marea de sus ojos azules. Sin ser consciente de ello su mirada se dejó caer sobre sus labios, que se movían al hablar... aunque sus oídos apenas prestaban atención a sus palabras, solo podía pensar en rozar su suavidad... «¿Qué me pasa, es que estoy perdiendo la cabeza?», se preguntó confuso. «Sal ahora mismo de aquí», se ordenó, antes de cometer una locura de la que estaba seguro se arrepentiría.

—No voy a discutir más contigo —terminó, deseando huir de allí—. Haz lo que te dé la gana. —Y se marchó, dejando a la joven confusa por su extraña actitud.

Ridley bajó las escaleras a toda velocidad, como alma que llevaba el diablo, mientras su cabeza no dejaba de dar vueltas a la situación que acababa de vivir. Solo paró cuando llegó a uno de los cercados, donde apoyó los antebrazos sobre la valla superior y dejó descansar su barbilla entre sus manos unidas. Dejó su mirada vagar sobre el rebaño.

Por más que lo intentaba, no podía apartar de su cabeza la imagen de Cloe, completamente empapada y apetecible y la excitación que había inundado su cuerpo. «¿Qué demonios ha sido eso?», se preguntó, sin encontrarle una explicación. Desde el minuto uno había sentido rechazo hacia aquella joven por quién era, no la quería cerca, ni a ella ni a su hermano. Entonces, ¿por qué se sentía atraído físicamente por ella? ¿Por qué había tenido la imperiosa necesidad de besar sus labios? Definitivamente se estaba volviendo loco, y la única medida que se le ocurría para solventar el problema era mantenerse alejado de ella lo máximo posible.

—Ridley, te estaba buscando —le sobresaltó la voz de Hayden, situado a su lado, ni se había percatado de su presencia.

Ridley se giró y clavó su mirada en el rostro de su amigo, algo confuso.

—Dime —expresó Ridley escuetamente.

—¿Estás bien? —preguntó Hayden, al ver la expresión extraña de su amigo. Por no hablar de su ropa empapada—. ¿Qué te ha pasado? ¿Ha llovido y no me he enterado? —añadió con humor.

—Hayden, no estoy para bromas —replicó Ridley con voz huraña.

—Vale, tranquilo —dijo Hayden, no quería tener problemas con Ridley, que parecía estar de un humor de perros—. Ha llegado el veterinario, quería hablarte del tema de la vacunación.

—Ahora mismo voy. Y por favor, ve al apartamento del garaje. La protegida de mi abuela —no quería ni pronunciar su nombre, para evitar la familiaridad que tanto le asustaba— ha tenido un percance con el grifo, mira a ver si puedes arreglarlo, o si no, llama al fontanero.

Hayden se extrañó ante su petición. Sabía que Ridley no parecía muy contento con la aparición de Cloe en el rancho, y mucho menos le gustaba la idea de tener que arreglar el viejo apartamento para ella, pero no pensaba discutir su petición.

—Por supuesto, ahora mismo voy —contestó, antes de encaminarse al garaje. Teniendo en cuenta el genio que presentaba Ridley, prefería no estar cerca de él por si explotaba.

Cloe escurría en el cubo el agua que empapaba la fregona, para volver al charco que se había formado en el suelo mientras no dejaba de refunfuñar, con la ira crepitando en su interior.

—Cretino, prepotente, arrogante, toda la culpa es suya... —murmuraba en alto, para desahogarse.

Hayden, que entraba en aquel momento, no pudo evitar sonreír al escuchar sus palabras. Estaba claro que se refería a Ridley, y ahora todo cuadraba en su cabeza.

—Toc, toc —Imitó el sonido al tiempo que daba leves toques en la puerta para anunciar su presencia—. ¿Puedo ayudar en algo?

Cloe se giró sorprendida y clavó su mirada en Hayden, que permanecía apoyado despreocupadamente sobre la jamba de la puerta, mientras una sonrisa adornaba sus labios. Sintió como sus mejillas se coloreaban al instante, avergonzada porque él hubiera podido escuchar sus palabras.

—No estoy segura —replicó, mientras se apoyaba sobre el palo de la fregona.

—¡Madre mía, la que se ha formado! —exclamó Hayden estudiando la situación—. ¿Se ha roto una tubería? —preguntó con humor.

—El maldito grifo ha salido volando por los aires mientras intentaba apretarlo para que no goteara —explicó Cloe con el ceño fruncido.

Hayden imaginó que Ridley había sido testigo de lo sucedido. Ahora entendía sus ropas mojadas y su mal humor. Estaba claro que después del percance habían tenido una discusión y por eso Ridley estaba en ese estado cuando lo encontró.

—Ya, claro, bueno no te preocupes. Voy a echar un vistazo —dijo aproximándose a la pila.

—Gracias —le agradeció Cloe—. Te aseguro que no suelo ser tan patosa —intentó justificarse.

Hayden, que ya estaba bajo la pila quitando los restos del viejo grifo, se asomó ligeramente desde el interior del mueble donde se había metido para preguntar lo que quemaba en su lengua.

—¿Normalmente sueles ocuparte de la fontanería?

Cloe sonrió ante su pregunta y su mirada sorprendida.

—Sí, en casa yo era la que me ocupaba de estas cosas. Mi madre era un completo desastre y mi hermano no paraba mucho en casa. Soy toda una manitas —añadió con orgullo—, pero esta vez he pinchado.

—Pues me alegra oírlo, pero la próxima vez cierra la llave de paso antes de ponerte manos a la obra —le aconsejó.

—Gracias, Hayden, eres muy amable, y tienes razón. Lo que pasa es que solo quería apretar un poco la tuerca... y todo se descontroló.

## Capítulo 13

Ridley salió de la ducha y secó su cuerpo vigorosamente. Sin perder tiempo se puso la ropa interior y los *jeans* negros con la camisa azul que había decidido utilizar para la cena. Había quedado con Michelle y estaba deseando verla. Llevaban días sin poder coincidir y la necesitaba después de la semana que había tenido desde la llegada de la «protegida» de su abuela. Estaba deseando que la joven se mudara al apartamento del garaje y perderla de vista, porque parecía tener el don de ponerle de un humor de mil demonios y tenso como una cuerda, y no solo por el enfado que le provocaba.

Comprobó su aspecto en el espejo y, satisfecho, salió de su dormitorio con la intención de bajar las escaleras a toda velocidad porque ya llegaba tarde, pero al cruzar el pasillo, y sin ser consciente de ello, su mirada se vio atraída irremediamente por una puerta entreabierta por la que pudo vislumbrar a Cloe en una postura relajada. Apenas iba cubierta por unos pantalones cortos de algodón de color gris y una camiseta de tirantes roja. Estaba tumbada boca arriba sobre la cama, y sus largas piernas bronceadas estaban completamente verticales, con los talones apoyados sobre el cabecero. Estaba jugueteando con un mechón de su pelo rubio mientras hablaba por teléfono.

Aquella imagen le robó el aliento.

—Estoy deseando volver, echo de menos la ciudad, a ti.

Silencio mientras escuchaba a su interlocutor.

—Todavía no sé nada de Blake. Le he mandado varios whatsapps, pero nada, como siempre, no se ha molestado en contestar.

Silencio.

—¿Qué cómo van las cosas con el dueño y señor del rancho?

Ridley fue consciente en aquel momento de que se refería a él, y nuevamente sintió cómo la ira ascendía por su cuerpo. Sabía que debía seguir su camino, que no debía escuchar aquella conversación, pero sus pies parecían anclados al suelo.

—Es insoportable, pareciera que me odiara y no entiendo el porqué. Parece enfadado con el mundo... —alguien debió de cortar su parlamento al otro lado de la línea—. No, eso no puede ser, me he enterado de que tiene novia... Jajajaja... no creo que tenga ese tipo de problemas, debe estar tenso por los problemas del rancho.... Sí, nunca le he visto sonreír... Jajajaja,

quizás tengas razón y sea un robot. Jajajaja... Qué mala eres, Celine...

Ridley sentía que de sus orejas salía humo. Deseó entrar en la habitación y obligarla a dejar de bromear sobre su persona, pero hizo lo contrario y siguió su camino, anhelando abandonar su propia casa. «Maldita mocosa», pensó mientras salía por la puerta, furibundo.

Como suponía, llegaba tarde a su cita. Aparcó frente a la pequeña casa que tenía alquilada Michelle, y con la intención de mitigar su posible enfado se acercó al jardín de los señores Potter y oteando a su alrededor para que nadie le viera, cortó varias flores para formar un desastrado ramo. Satisfecho, se acercó a la puerta y llamó al timbre, y como había supuesto, Michelle le recibió con el ceño fruncido.

—Buenas noches, amor —saludó Ridley con una de sus mejores sonrisas mientras le tendía las flores.

Michelle, que permanecía en el quicio de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho no dejó su postura defensiva, dejando a Ridley con el brazo extendido.

—Llegas tarde, otra vez —le reprochó.

—Una llamada de última hora —mintió.

—Ya, claro —expresó Michelle apartándose a un lado para dejarle pasar—, menos mal que cenamos en casa y no en un restaurante, pero te odiaré eternamente si el pescado que está en el horno se pasa.

Ridley tragó saliva al descubrir el menú. Aún no había sido capaz de confesarle que odiaba el pescado. Ahora sabía que había sido un error mentirle al respecto, y no contento con eso, proclamar que le encantaba. Ahora pagaba la penitencia porque Michelle, cada vez que se tomaba la molestia de meterse en la cocina, le deleitaba con dicho manjar.

Sintiéndose estúpido, dejó el ramillete sobre la mesa de la entrada y siguió a la mujer hasta el comedor, donde descubrió una mesa decorada con esmero, incluso había unas velas encendidas.

—Por favor, no discutamos, mañana me voy de viaje.

—Bien —expresó Michelle con una leve sonrisa—, anda, siéntate y sirve el vino —le indicó antes de internarse en la cocina.

Ridley se acercó a la mesa y sirvió el vino blanco en las copas. Bebió el líquido, agradecido por su frescor y se sentó. Segundos después reapareció Michelle cargada con una bandeja. Cenaron tranquilamente, conversando sobre su día a día. Ridley no pudo evitar sentirse como un viejo matrimonio, mientras hacía verdaderos esfuerzos por engullir la lubina.

—Ayer me encontré con tu abuela en el supermercado —comentó Michelle de la forma más casual.

—No me ha dicho nada —replicó Ridley, aunque no era de extrañar. Había notado que su abuela no sentía demasiada empatía con su novia.

—Le acompañaba una chica preciosa, me dijo que vive en el rancho —soltó Michelle finalmente, sin poder contenerse.

Ridley casi se atragantó con el último bocado que se había llevado a la boca. Elevó su mirada y descubrió que Michelle estaba intentando controlar su genio, aunque verdaderamente no entendía a que se debía. Sí, era verdad que no le había comentado nada sobre Cloe, pero tampoco creía que tuviera demasiada importancia.

—Sería Cloe, su protegida —dijo con cierto retintín, que no pasó desapercibido para Michelle, cosa que le agradó—. Es la hija de una vieja amiga de mi abuela que falleció recientemente. —No pensaba contarle la verdadera razón por la que la joven se hospedaba en su casa—. Solo pasará aquí el verano.

—Me alegra saberlo, pero a ver si un día me la presentas, parecía que tu abuela le tiene mucho aprecio.

—Claro, cualquier día de estos —replicó evasivamente.

—Por cierto, ¿sabes qué les pasa a Hayden y Daniela? —preguntó Michelle de improviso, antes de llevar el tenedor a sus labios.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ridley sin comprender.

—El otro día, cuando tu hermana fue a la revisión, los encontré discutiendo en el aparcamiento. Yo iba a por un café y me pareció extraño.

Ridley se quedó pensativo tras oír sus palabras. Era la primera vez que escuchaba que su mejor amigo y su hermana discutían, al menos desde hacía unos años. Una sonrisa se dibujó en sus labios al recordar la ocasión en que Daniela llegó llorando a casa tras su primera cita con un chico. Al parecer el muchacho se había pasado parte de la cena que habían compartido en la hamburguesería mirando a otra chica. Al día siguiente Hayden tuvo una «charla» con el susodicho y nunca más se le volvió a ver por el rancho. Daniela se puso furiosa con Hayden, pero desde entonces no les conocía ningún enfado. Hayden siempre se había preocupado por Daniela en exceso.

—Habrà sido por alguna tontería —concluyó, quitándole importancia. Estaba más interesado en degustar su postre.

—Pues a mí no me pareció así —insistió Michelle, mientras dejaba los cubiertos sobre el plato y se limpiaba los labios con la servilleta—. Incluso

me pareció ver lágrimas en los ojos de Daniela.

Ridley no quería hablar más sobre aquel asunto, lo único que deseaba era tener a Michelle desnuda sobre una cama. Se levantó lentamente, complacido por la mirada que le dedicó Michelle al descubrir sus intenciones, y se acercó a ella para situarse a su espalda. Ella no se movió de la silla, y suspiró levemente cuando una de las manos masculinas se posó sobre su hombro, mientras la otra apartaba su cabello para dejar al descubierto su cuello. Poco después sus labios se posaron sobre su piel, logrando que Michelle jadeara.

—Quiero el postre —susurró Ridley junto a su oído.

—La tarta de queso está en la nevera —balbuceó Michelle, extasiada por las caricias que él le prodigaba.

—Me parece bien —expresó Ridley mientras la ayudaba a levantarse y la pegaba a su cuerpo—, después tendré hambre —añadió, mientras cogía su cintura y la guiaba hasta el dormitorio.

\*\*\*

Ridley protestó audiblemente al escuchar el insistente sonido del despertador. De un manotazo se deshizo del ruido enloquecedor y se levantó, manteniéndose sentado sobre la cama unos minutos, mientras se frotaba el rostro con ambas manos. Apenas había dormido, y no porque hubiera llegado excesivamente tarde la noche anterior, tras salir precipitadamente de la casa de Michelle.

Había sido una velada fantástica, que habían culminado con una deseada sesión de sexo, pero sucedió algo que destruyó todo y que amenazaba con enloquecerle desde entonces. Cuando habían terminado en la cama desnudos todo iba bien, pero en un momento dado, mientras Michelle acariciaba su cuerpo y estaba a punto de llegar al orgasmo, un rostro añorado se cruzó en su mente mientras permanecía con los ojos cerrados. Quiso apartarlo, desterrarlo, pero le fue completamente imposible y acabó corriéndose dentro de Michelle pensando en otra. Después de eso se sintió frustrado y Michelle pareció percatarse porque al ver su extraña actitud se enfurruñó y acabaron discutiendo.

—¡¿Qué coño me pasa?! —expresó en voz alta mientras se levantaba y se dirigía al baño, con la intención de darse una ducha para intentar despejarse.

En unas horas cogería un avión para asistir a un congreso de ganaderos, uno de los más importantes del año y no podía faltar. Estaría fuera de Town Hope una semana. Pero irse después de haber discutido con Michelle le dejaba mal sabor de boca.

Tras revisar su bolsa de viaje bajó las escaleras para dirigirse a la cocina, donde se encontró a su abuela. Chascó la lengua, molesto, porque hubiera preferido no cruzarse con ella. Aún estaba enfadado con ella por obligarle a soportar la presencia de Cloe, la hermana del bastardo de su padre. Y pensar en ella le recordó nuevamente lo que había sucedido mientras hacía el amor con Michelle.

—Buenos días —le saludó la anciana.

—Buenos días, abuela —replicó Ridley con el ceño fruncido, sumido en sus pensamientos.

—¿Café solo? —preguntó Ruth, mientras ya le servía una taza a su nieto.

—Sí, gracias —dijo Ridley mientras se masajeaba la nuca, intentando relajar su ánimo, avergonzado de su tono anterior.

—¿Ya lo tienes todo preparado? —inquirió Ruth, mientras comenzaba a pelar una manzana. Le encantaba desayunar fruta. Le recordaba a su infancia.

—Sí —contestó Ridley escuetamente.

—¿Sigues enfadado?

—No estoy enfadado.

—No mientas, por favor, que te he cambiado los pañales. ¿Qué puede molestarte tanto de Cloe? No lo entiendo. Es una chica dulce, trabajadora y se preocupa por los demás. ¿Qué te pasa con ella?

Ridley no quería ni plantearse lo que le sucedía con aquella joven, y más tras lo que había sucedido la noche anterior. Desde el primer momento en que sus ojos se habían posado sobre su persona sentía una entraña sensación de tira y afloja en su interior. Por un lado la quería lejos porque cada vez que la tenía frente a él le recordaba de dónde provenía y con quién compartía sangre. A su vez, su cuerpo traidor se sentía irremediabilmente atraído por ella, colándose en su mente a cada instante y en los momentos menos apropiados.

—¿Me has escuchado? —le reprendió la anciana, logrando que su ceño volviera a fruncirse.

—Alto y claro. Mira, abuela, es demasiado temprano para discutir. Tengo que irme al aeropuerto. No quiero hablar más del asunto.

—Apenas es una niña... —insistió Ruth.

—Me tengo que ir, abuela —insistió Ridley, mientras se acercaba a Ruth y besaba su mejilla.

Ruth hubiera deseado seguir con el interrogatorio, pero conocía demasiado bien a su nieto como para no saber que sería contraproducente. Tarde o temprano descubriría el motivo que llevaba a Ridley a rechazar a Cloe, porque sospechaba que no solo se debía a que era la hermana de Blake.

—Claro, cielo, y llama cuando llegues —le solicitó, antes de verle salir por la puerta trasera de la casa.

## Capítulo 14

Cloe llevaba cerca de dos semanas en aquel lugar y cada día se sentía más cómoda con el entorno que la rodeaba. La única nota discordante en la convivencia con la familia Harper era el dueño y señor del rancho; Ridley. Había tenido algún que otro desencuentro con él respecto a los arreglos del apartamento, por no hablar del día que el grifo se rompió. Recordaba nítidamente su cuerpo cubierto por una camiseta blanca que se adhería a los músculos de su pecho, su pelo oscuro mojado y revuelto. Y qué decir de su mirada gris llena de ira, que asemejaba a un cielo tormentoso. «No pienses más en eso», se recriminaba cada vez que la escena se colaba en su cabeza.

Daba gracias a los cielos porque Ridley se hubiera marchado el día anterior, así sus caminos no tendrían que cruzarse. El apartamento estaba casi listo y en un par de días podría mudarse. Cuando él regresara ya no tendría que soportar su mirada reprobatoria constantemente clavada en su persona, ni su corazón cabalgaría sobre su pecho embravecido por su proximidad.

Con quien sí congeniaba era con Daniela. Mantenían largas conversaciones sobre la vida en la universidad, la etapa que una acababa y la otra estaba a punto de experimentar. También le gustaba la compañía de Ruth, que le contaba fantásticas historias de su juventud, pero necesitaba algo más. Los últimos años de su vida habían sido ajetreados, y tanto tiempo libre estaba acabando con su paciencia.

Aquella mañana decidió buscar empleo, que era lo que solía hacer cada verano. No era ambiciosa, sabía que en un pueblo pequeño no habría muchos trabajos, pero no por eso iba a dejar de intentarlo. Bajó a una hora temprana y agradeció encontrar el periódico del día anterior sobre una de las encimeras. Cargó la cafetera, le dio al botón de encendido y se sentó frente a la mesa. Abrió el diario por la página de empleos y se sintió descorazonada al descubrir tan pocas ofertas. Estaba tan concentrada, leyendo los anuncios con el bolígrafo entre sus dedos, que cuando una voz a su espalda rompió el silencio no pudo evitar sobresaltarse.

—Buenos días, preciosa —saludó Ruth, mientras apagaba la cafetera y servía un par de jarras, al ver que la joven no lo había desayunado aún.

—Buenos días, Ruth —retribuyó Cloe el saludo, cerrando el periódico y doblándolo a la mitad.

Cuando la anciana dejó una taza frente a ella le sonrió.

—Gracias —expresó, mientras se servía la leche y el azúcar que poco antes había colocado sobre la mesa.

—¿Qué haces? —preguntó la mujer curiosa, notando el nerviosismo de la joven.

—Verás —comenzó algo cohibida, como si supiera que sus intenciones pudieran molestar a su anfitriona—, no estoy acostumbrada a tener tanto tiempo libre, y pensé que sería buena idea buscar un empleo para el verano —confesó.

Ruth le dio el primer trago a la taza, disfrutando del aroma del café. Achicó los ojos y observó a la joven. Parecía temerosa de su respuesta y no tenía por qué. Le gustaba su ímpetu, y comprendía que su vida no había sido fácil y estaba acostumbrada a tomar las riendas. Ella no era nadie para impedirle nada y menos si la joven quería trabajar.

—Me parece una idea fantástica —dijo, sonriendo levemente al notar que el cuerpo de la joven se relajaba—. ¿Y tienes alguna idea en concreto?

—Ninguna, sé que no puedo ponerme exquisita. Cualquier empleo me servirá. No me vendría mal ahorrar —confesó con franqueza.

—Pues no busques más, tengo el empleo perfecto para ti.

Cloe casi se atragantó con el líquido que acaba de ingerir.

—¿Qué? —preguntó confusa.

—Tengo un viejo amigo al que no le vendría mal tu ayuda. —Aunque Markus era bastante gruñón, pensó para sí—. Haré una llamada y luego, si quieres, Hayden te acercará al pueblo. Anda, despierta a Daniela, estoy segura de que estará encantada de acompañaros. Creo que está tan harta como tú de estar encerrada entre estas cuatro paredes.

—Muchas gracias, Ruth —le agradeció.

La aludida quitó importancia al asunto con un gesto de mano.

—No es nada, niña, el que me lo agradecerá será Markus.

—¿Está segura de que sabré desempeñar el empleo? —preguntó insegura.

—Completamente, y no me preguntes en qué consiste, estoy segura de que te va a encantar. —Ruth acompañó sus palabras de una enigmática sonrisa.

Era media mañana cuando llegaron. El pequeño pueblo estaba en plena ebullición. Sus gentes caminaban por sus aceras y eventualmente se detenían

para conversar entre ellos. Cloe lo observaba todo con sumo interés desde el asiento trasero del todoterreno de Hayden.

Daniela, por su parte, parecía muy contenta con aquella salida y no paraba de tararear una canción que salía de la radio e inundaba la cabina del vehículo. Cloe tuvo que admitir que a pesar de su rechazo inicial al lugar, Town Hope era un pueblo precioso. Estaba deseando saber a dónde se dirigían. Se sorprendió cuando Hayden se detuvo frente a una casa, en la calle principal, que parecía fuera de lugar entre los edificios de tres plantas de ladrillos rojos que la flanqueaban, y cuyos bajos estaban cerrados con el cartel de «se alquila». Era una vivienda pequeña y estrecha de color blanco y estilo victoriano.

—Es aquí —dijo el joven, girándose sobre su asiento para dirigirse a Cloe.

—¿Aquí? —preguntó la joven confusa, observando a su alrededor. «¿El puesto en cuestión tendrá que ver con cuidar a alguien?», se cuestionó.

—Sí, mucha suerte, ese viejo es un gruñón —amplió Hayden la información.

Cloe suspiró audiblemente, y aún así se cuadró de hombros antes de abrir la puerta del vehículo.

—Allá vamos —dijo, colocando un pie en el suelo.

—¡Suerte! —le deseó Daniela—. Cuando acabes mándame un whatsapp. Vamos a dar una vuelta para hacer tiempo —añadió, clavando su mirada en Hayden, quien sonrió. Dicho intercambio de miradas no pasó desapercibidas para Cloe, aunque estaba demasiado nerviosa como para pensar en ello.

Una vez que la camioneta de Hayden desapareció de su vista, Cloe clavó su mirada en la casa, que le pareció una obra de arte con sus ventanas en guillotina configurando un mirador y su porche delantero formado por una reducida zona bajo techo y un par de escaleras laterales aderezadas con unas balaustradas blancas. Finalmente, se dirigió hasta la puerta con paso firme y accionó el timbre de cobre, que parecía el original. Tuvo que esperar varios minutos antes de que la puerta se abriera. Frente a sí apareció un hombre mayor de aspecto refinado que la observó con recelo.

—¿Qué desea? —preguntó el hombre con voz contrariada.

Cloe estaba algo descolocada con la situación, y aún así respondió a su pregunta con alegría y ánimo.

—Buenos días, señor Wilson. Mi nombre es Cloe Campbell, vengo de

parte de la señora Harper.

El hombre la observó largamente, mientras se acariciaba el minúsculo bigote. Cloe pensó que aquel hombre parecía venido de otro tiempo, con su traje de cuadros de color marrón, cuyo chaleco iba a juego con su chaqueta, y el perfecto nudo de su corbata. Parecía un caballero inglés en toda regla.

—Bien, pase jovencita —dijo el hombre, apartándose para dejarla pasar.

El interior de la vivienda no defraudó a Cloe, con sus refinadas molduras y los altos techos cuyas vigas eran de madera. Siguió al hombre por un estrecho pasillo hasta llegar a una amplia sala repleta de antigüedades que la dejaron sin habla. Descubrió, en una esquina, un amplio mostrador donde reposaba una antigua caja registradora de hierro del siglo pasado. ¿Qué era aquel lugar? ¿Por qué tenía la sensación de haber viajado en el tiempo?

—¿Le gusta? —preguntó el señor Wilson, mientras la observaba pacientemente con sus manos enlazadas a su espalda.

—Es un lugar espectacular —dijo Cloe con sinceridad, deseando poder curiosear cada una de las vitrinas y estanterías que abarrotaban la sala.

—Me alegro que le agrade, señorita Campbell. Me dijo Ruth que ha estudiado arte, y por lo que veo sabe apreciar el valor de los objetos de mi tienda.

—¿Su tienda? —preguntó Cloe clavando su mirada en el rostro del hombre.

—Soy anticuario desde hace más de treinta años.

—¡Oh, vaya! —exclamó Cloe sorprendida, volviendo a revisar la estancia con ojos ávidos.

Ni en sus mejores sueños hubiera imaginado algo parecido. Cuando Ruth le había hablado del empleo nunca pensó que tendría que ver con su pasión. Sí, verdaderamente había sido una sorpresa que aún le costaba asimilar. Algo más recuperada se giró y centró su atención nuevamente en el señor Wilson.

—Tengo aquí mi currículum —dijo, tendiéndole el papel al hombre, que lo cogió y lo dejó sobre una mesa cercana.

—No lo necesito. Con ver tu reacción ante mis tesoros me sobra. Por no hablar de la recomendación de Ruth. Verás, soy consciente de que me estoy haciendo mayor y que mi negocio últimamente no funciona como debería. Algunos compañeros de profesión me han recomendado modernizarme, «entrar en la era de la tecnología», pero me veo incapaz de entender ese

cacharro —dijo señalando un viejo ordenador de sobremesa que apabulló a Cloe—. Según ellos tengo que abrir una página web para ofertar mis objetos.... ¿Podrás ayudar a este viejo cascarrabias? —dijo suplicante.

Cloe no pudo evitar sonreír ante su parrafada. Estaba claro que el señor Wilson se sentía perdido y ella era perfectamente capaz de ayudarlo. Miles de ideas surgieron en su cabeza, deseando ponerse en marcha.

—Sería un autentico placer, señor Wilson —dijo con alegría.

—Entonces, señorita Campbell, está contratada —replicó tendiéndole la mano para cerrar el trato que acaba de aceptar.

\*\*\*

Daniela estaba deseosa de descubrir qué harían con el tiempo que Cloe les había regalado para estar juntos. Sabía que no sería mucho, pero era suficiente para hacerla feliz. Desde que Hayden le había confesado que la amaba se sentía como en una nube, aunque su marcha a la universidad le producía ansiedad. Ahora que había conseguido al hombre al que había entregado su corazón, no podía soportar la idea de separarse de él.

—Daniela, ¿estás bien? —preguntó Hayden, antes de aparcar junto a la confitería del pueblo.

—Claro —replicó Daniela, dedicándole una sonrisa—. ¿Qué vamos a hacer? —preguntó curiosa, al percatarse de que había detenido el vehículo.

Hayden sonrió enigmáticamente antes de responder.

—Espérame aquí y pronto lo averiguarás —indicó, antes de abandonar el asiento del conductor y encaminar sus pasos al comercio más dulce del pueblo.

Daniela no pudo evitar repasar con su mirada su cuerpo. Era alto y delgado, pero sus *jeans* se ajustaban a sus piernas como una segunda piel. Su forma de caminar era despreocupada, pero de lo más sensual, y su trasero... Sin ser consciente de ello se mordió el labio inferior. Había visto babear por él a muchas compañeras de instituto, ella misma lo había hecho, pero nunca pensó que Hayden fuera a fijarse en ella y eso la encantaba, aunque sabía que el ego no era una buena virtud.

Minutos después, Hayden regresaba con una caja de cartón color celeste y una flamante sonrisa. Abrió la puerta y le tendió el preciado paquete a Daniela.

—¿Qué has comprado? —pregunto la joven, aunque el olor que llegaba

a sus fosas nasales era exquisito.

—Esas magdalenas de colores que tanto te gustan —replicó, mientras giraba la llave del contacto.

—Se llaman *cake quei* —le rectificó, aunque sintió una emoción especial al descubrir que Hayden se había fijado en sus gustos—. Me voy a poner como una de las vacas de mi hermano —protestó.

—Oh, vamos, no exageres. Tienes un cuerpo que quita el aliento.

—No seas mentiroso —le rebatió, a la vez que sus mejillas se coloreaban.

—Preciosa, no olvides que soy yo el que está con los hombres cada día. Y he escuchado sus comentarios hacia tu persona. En más de una ocasión me he quedado con las ganas de darle un puñetazo a cada uno de ellos.

—¿Y a dónde vamos? —preguntó Daniela, deseando cambiar de tema.

—Al parque Morgan —respondió, refiriéndose al lugar más histórico del pueblo. No tardaron en llegar, y para su alegría, a aquella hora del día estaba desierto. Bajaron del coche y se internaron entre los altos pinos hasta dar con uno de los bancos de madera con mesa incluida. Se sentaron uno frente al otro, y Hayden dejó la preciada caja frente a Daniela antes de abrirla. En su interior había seis unidades de variados colores, y la joven no pudo evitar salivar.

—Cómo los voy a echar de menos —dijo con sinceridad—. Nadie hace *cake quei* como Lisa —añadió, mientras cogía uno de la caja y le daba un pequeño bocado, notando la explosión de sabor en su paladar.

Hayden la observaba, pero la sonrisa que había adornado sus labios toda la mañana se quedó petrificada. De nuevo las dudas le asolaron, más al recordar que en pocas semanas Daniela se marcharía del rancho.

—Está buenísimo —dijo Daniela, ajena a los pensamientos de su acompañante.

Hayden movió ligeramente la cabeza, con la única intención de apartar las dudas de su mente, y se percató de los restos de dulce que quedaron en la comisura de los labios de la joven. Sin dudar, se acercó hasta su rostro y lamió sus labios.

—Sí, está delicioso, pero tus labios lo son aún más.

Daniela sintió que su corazón se aceleraba, más cuando Hayden tomó su boca con deseo mal disimulado. Elevó sus manos y enlazó sus dedos tras su nuca y lo pegó más contra ella, pero el sonido de su móvil la sacó de la marea de excitación que había despertado el gesto descarado de Hayden. Con

reticencia se apartó y leyó el mensaje.

—Tenemos que irnos —dijo desilusionada.

—Pero esta noche te espero en el granero. ¿Podrás llegar hasta allí? —  
le preguntó, preocupado por su pie.

—Oh, por supuesto, aunque tenga que ir arrastrándome —añadió  
guiñándole un ojo traviesamente.

## Capítulo 15

Daniela estaba inquieta, hacía un día que no veía a Hayden y sus encuentros furtivos se habían convertido en una necesidad a la que no podía renunciar. Aquella noche cenaban solas, su abuela y ella, ya que Cloe había decidido comer algo rápido en su apartamento, alegando que tenía mucho trabajo. Tenía que transcribir al ordenador el inventario que había hecho de los objetos del señor Wilson.

—¡Niña! Deja de moverte tanto, parece que tienes pulgas en la silla — le recriminó su abuela, sorprendiéndola.

—Lo siento —dijo, quedándose inmóvil como una estatua.

—¿Se puede saber qué diantres te pasa? —preguntó Ruth.

No comprendía la extraña actitud de su nieta. Últimamente parecía más distraída que de costumbre, y desaparecía durante horas de la casa. Comprendía su necesidad de libertad tras pasar semanas encerrada a causa de su lesión, y a pesar de que estaba completamente recuperada y liberada de la escayola, no quería que forzara el pie.

—Nada, abuela —respondió Daniela, mientras dejaba los cubiertos sobre el plato—. He pensado en ir a ver cómo está Cloe, ¿te importa? —preguntó, mostrando su expresión más inocente.

—¿Y el postre? —preguntó Ruth, más confusa aún.

—Tienes razón, le llevaré un trozo —contestó, mientras abandonaba su silla con un plato con dos porciones—. Buenas noches, abuela —dijo, dando un sonoro beso a su mejilla, antes de salir del comedor.

—¡Esta juventud! —exclamó la anciana para sí, mientras daba el primer bocado a su tarta.

Daniela la escuchó, y sonrió mientras abría la puerta principal. Con paso alegre se acercó al garaje, y comprobó que nadie la observaba antes de entrar. Como esperaba, allí se encontraba Hayden, trabajando en el motor de su vieja furgoneta. No la escuchó entrar y aprovechó la ocasión para sorprenderle. Dejó el plato sobre una mesa de trabajo y se acercó silenciosamente hasta él. Hayden estaba inclinado sobre el motor. Sin que él se percatara, alargó sus brazos y rodeó su cuerpo, antes de apoyar su cabeza en su espalda.

—¡Sorpresa! —dijo alegremente.

—¡Ahhh! —exclamó Hayden, que se había llevado un buen susto. Al incorporarse se había golpeado la cabeza con el capó.

—Lo siento —dijo Daniela preocupada, separándose de su cercanía, arrepentida.

Hayden, que ya se había girado, la observó mientras se masajeaba la parte de su cabeza agraviada. Estaba tan bonita como siempre, con aquel vestido veraniego color azul que realzaba sus curvas. Las noches aún eran frescas y una fina rebeca blanca cubría sus brazos. Su rostro preocupado le enterneció. Sin poder contenerse se acercó a ella y enlazó su brazo en su cintura para pegarla a su cuerpo antes besarla con pasión. Pasaron unos minutos antes de poder apartarse.

—Te he echado de menos —dijo Hayden contra sus labios—. Te has vuelto como una droga para mí.

—Y tú para mí, no dejo de pensar en ti —replicó Daniela, colgándose de su cuello—. Mi abuela me ha notado extraña.

—¿Y eso? —preguntó Hayden, mientras sus dedos formaban dibujos arabescos en su espalda.

—Dice que parezco en otro mundo, y realmente es así. Desde que sé que me amas estoy flotando. Estaba a punto de someterme a uno de sus interrogatorios, pero he conseguido huir —indicó con humor.

—¿Y cómo lo has logrado?

—Le dije —comenzó, mientras se apartaba de él y se dirigía a la mesa donde reposaba el plato cubierto con una servilleta— que me apetecía ver cómo estaba Cloe y compartir el postre —añadió descubriendo el plato frente a Hayden—. Pero creo que tú me lo agradecerás más.

Hayden, al ver la tarta de manzana no pudo evitar salivar, ya que era su favorita. Su estómago protestó sonoramente, provocando que sus mejillas se colorearan. No había comido nada desde el mediodía.

—Primero come —dijo Daniela tendiéndole un tenedor—, y luego quiero mi recompensa.

Hayden atrapó el tenedor entre sus dedos y cortó un generoso bocado que se llevó a la boca. Solo cuando hubo degustado la jugosa masa, habló.

—¿Qué recompensa? —preguntó curioso.

—Una ración doble de tus besos —replicó Daniela con simplicidad, mientras se sentaba en una vieja caja de herramientas dejando a la vista sus largas y torneadas piernas.

Hayden se quedó con el tenedor, nuevamente cargado, a medio camino

de su boca, observando con deleite a la mujer que le robaba el sentido. Cada día la deseaba más, y le era sumamente complicado tener que controlar sus instintos. Deseaba besar cada centímetro de su piel, degustar su boca y perderse en su interior, pero era incapaz de hacerlo por los remordimientos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Daniela, mientras cambiaba de postura, dejando más al descubierto sus muslos.

—Que me vas a volver loco —concluyó Hayden, dejando el plato a medias sobre el motor, acercándose a la joven—. Lo sabes, ¿verdad?

—No —dijo con fingida inocencia—. ¡Ahh! ¿Qué haces? —preguntó sorprendida cuando él la cogió entre sus brazos y la elevó.

La intención de Hayden era tumbarla en los asientos traseros de la vieja furgoneta, pero su movimiento se vio interrumpido cuando escuchó un sonido en el exterior.

—Shhhh —susurró, colocando a la joven en el suelo, que se sintió desnuda sin su calor—. Hay alguien fuera, voy a ver.

Con suma cautela se acercó a la puerta entreabierta para descubrir a Ridley al pie de las escaleras del apartamento situado en la parte superior del garaje.

—¡Mierda! —refunfuñó Hayden.

—¿Qué pasa? —preguntó Daniela a su espalda.

—Es tu hermano —informó antes de girarse para clavar su mirada en su rostro—. Esperaba su llegada mañana. Será mejor que salga y le entretenga. No pases hasta que nos vayamos.

Toda la luz que iluminaba el rostro de Daniela se evaporó, y Hayden se sintió desgarrado. Él también hubiera querido prolongar aquel momento, pero no podían arriesgarse. Con todo el sentimiento que oprimía su corazón cogió el rostro femenino entre sus manos y besó sus labios con pasión.

—Te compensaré, mi amor —prometió, antes de salir al exterior.

\*\*\*

Ridley se sintió aliviado cuando el megáfono del aeropuerto de Fort Worth, en Dallas, anunció la salida de su vuelo. Estaba de un humor de perros ya que se había retrasado y llevaba más de tres horas de espera. Estar enjaulado en esa sala estaba acabando con sus nervios. Llevaba siete días fuera de casa y estaba desesperado por regresar a su hogar, donde imaginaba que le necesitaban. Estaba deseando ver a su hermana y a su abuela.

También le preocupaba Michelle, con la que apenas había podido hablar. Conociéndola, sabía que estaría hecha un basilisco. El destino se confabulaba en su contra. Cuando él sacaba un rato para llamarla, ella estaba ocupadísima en el consultorio médico o viceversa. Y en sus escasas conversaciones la había notado distante, cosa que le indicaba que aún seguía enfadada con él tras su comportamiento extraño la última noche que pasaron juntos. Y eso le llevaba a otra cuestión: Cloe, a la que había intentado bloquear para que no irrumpiera en su cabeza a cada momento.

La voz metálica proveniente del altavoz le sacó de sus oscuros pensamientos y le hizo reaccionar. Se levantó de la silla y cogió su maleta antes de dirigirse a la puerta de embarque, deseando ocupar su asiento.

Ya había anochecido cuando aparcó su coche frente al porche. Al entrar en la casa descubrió que todo estaba demasiado silencioso. Imaginaba que todo el mundo estaba durmiendo. Su estómago gruñó sonoramente y decidió ir hasta la cocina en busca de algo que comer. Abrió la nevera y rebuscó hasta dar con algo que llevarse a la boca, y agradeció que Emily, previsoramente, hubiera dejado una fuente de rosbif. Tras servirse y calentar la ración, se sentó ante la mesa, dispuesto a disfrutar de una buena comida, la primera que hacía en condiciones en varios días. Cuando dejó el tenedor sobre su plato vacío se sintió mucho mejor, y antes de acostarse decidió salir un rato al porche para que le diera el aire y poder disfrutar del cielo estrellado que tanto había extrañado en la ciudad, donde apenas se podía encontrar alguna estrella dispersa en el amplio firmamento.

De forma automática, sacó una cajetilla de tabaco y cogió un cigarrillo antes de encenderlo. Dio una calada y soltó una amplia bocanada de humo. Sabía que había sido un error volver a fumar, pero últimamente estaba demasiado nervioso y en la convención, volvió a caer en el vicio del pasado. Si su abuela le descubría, le agarraría de una oreja antes de darle un sermón que duraría horas, y ese pensamiento le hizo sonreír como hacía tiempo que no hacía. Pero sus labios se tensaron cuando su mirada se fijó en el garaje frente a la casa, donde una luz iluminaba el apartamento superior.

«¿Pero qué coño...?», se preguntó, agudizando su visión para corroborar que sus ojos no se equivocaban. «Cloe». De nuevo aquel nombre regresaba a su cabeza para torturarlo. Había olvidado por completo que la joven pensaba mudarse allí, y al parecer ya lo había hecho, pero sin su consentimiento. La última vez que habían hablado, más bien discutido por la idea de la joven de pintar los azulejos con una pintura especial, le había dejado muy claro que no

quería que se mudara hasta que él mismo en persona comprobara que todo estaba correcto. Pero estaba claro que no le había hecho caso.

Con irritación abandonó el banco donde había estado sentado y se dirigió a las escaleras del porche. Tiró el pitillo al suelo de tierra y lo pisoteó antes de dirigirse con paso resuelto hasta el garaje y subir las escaleras que daban acceso al apartamento.

Antes de llamar a la puerta, que fue su primera intención, decidió otear por la pequeña ventana. Lo que descubrió le dejó sin aliento. Ante sus ojos estaba Cloe, sentada frente a la mesa de la cocina. Tenía un pequeño ordenador portátil frente a sí, y varias libretas dispersas sobre la superficie. Su cabello rubio estaba recogido en su nuca, sujeto por un bolígrafo transparente. Pero lo que de verdad le dejó sin aliento fue su postura despreocupada. Su trasero estaba aposentado sobre la silla, con una de sus largas piernas colgando, y la otra flexionada. Su pie, descalzo, estaba apoyado sobre la tabla del asiento. Tenía un brazo apoyado sobre su rodilla, y a su vez, su mejilla sobre la palma de su mano. Gran porción de su piel estaba a la vista gracias a la exigua camiseta que la cubría. Se imaginó recorriendo cada curva con sus manos, y una parte de su anatomía se encendió por combustión espontánea. Sus dedos habían llegado a sus labios, mentalmente, y estaba a punto de girar el rostro femenino para atrapar su boca cuando se dio cuenta de que su cabeza divagaba libremente.

Sorprendido y molesto, se apartó de la ventana y bajó las escaleras a grandes zancadas. «¿Qué coño me pasa?», se preguntó.

—Ridley, ¿Qué haces ahí? —le sobresaltó una voz a su espalda. Al girarse descubrió a su amigo Hayden.

Sintió que sus mejillas se coloreaban al verse descubierto cerca del apartamento de Cloe, y agradeció la oscuridad de la noche, que le sirvió para ocultar su estado acelerado.

—He llegado hace un rato —explicó—, el vuelo se ha retrasado. Y al ver luz en el apartamento he ido a averiguar qué sucedía.

—Cloe ya se mudó —explicó Hayden.

—¿Qué le pasa a esa chica? Le dije que esperara a mi regreso, que quería comprobar que todo estaba bien.

—Ya lo hice yo, a petición de tu abuela, y todo está perfectamente. Además, hay algo más que deberías saber y que te va a hacer feliz —añadió, sabiendo que su amigo no aguantaba a la joven, aunque no acertaba a comprender el por qué.

—¿Qué? —preguntó Ridley confuso.

—Cloe tiene un trabajo, lo que quiere decir que apenas para en el rancho. Así no tendrás que soportarla.

—¿Un trabajo? —repitió sorprendido.

—Tu abuela es increíble. Ha logrado que el viejo Wilson la acepte como ayudante en su tienda.

Ridley formó un puño con sus dedos al escuchar la noticia. No le gustaba que Cloe se encontrara tan cómoda en su propiedad y en su pueblo. Parecía que quería asentarse allí, y eso no le gustaba.

—¿Estás bien? —dijo Hayden, al ver el cambio que se produjo en su rostro.

—Claro, por supuesto —mintió—. ¿Y cómo ha ido todo por aquí? ¿Y Daniela? —indagó Ridley, intentando cambiar de tema.

—Bien. Todo está funcionando según lo previsto, no tienes que preocuparte por nada. —respondió Hayden, evitando hablar expresamente de Daniela—. ¿Y qué tal fue el congreso?

—Bien, incluso he conseguido un par de contratos muy jugosos para el rancho —dijo Ridley contento.

—¿Por qué no me invitas a una copa en el despacho y me cuentas todo con pelos y señales? —dijo Hayden, que estaba deseando apartar a Ridley de aquel lugar.

—Por supuesto, amigo, no me vendría mal. He tenido una día horrible —dijo Ridley, mientras ambos se encaminaban al edificio.

Una hora después, Hayden abandonaba la casa para ir a la que compartía con su madre a pocos metros de distancia. Ridley decidió llenar nuevamente su copa, e irremediamente, Cloe volvió a su pensamiento, haciendo que se odiara a sí mismo por no poder sacarla de su cabeza.

## Capítulo 16

Ruth entró en el granero, y como esperaba, encontró a su nieto allí. Se acercó hasta él, y le observó un rato. Parecía relajado, concentrado en cepillar a su caballo.

—Buenos días, Ridley —le saludó finalmente.

El aludido, al escuchar la voz de la anciana, elevó su rostro y con un dedo apartó el sombrero para mostrar su rostro y dedicarle una sonrisa.

—Buenos días, abuela.

—¿Cuándo regresaste? Ha sido Emily quien me ha dicho que ya estabas en casa.

—Anoche, a última hora, mi vuelo se retrasó —explicó, mientras dejaba el cepillo sobre una caja y se lavaba las manos en un cubo cercano.

—Lo importante es que ya estás aquí —replicó la anciana mientras le prestaba su mejilla para que él la besara.

Ridley observó la expresión del rostro de su abuela, y al instante supo que pretendía algo. La conocía demasiado bien.

—¿Qué quieres? Suéltalo de una vez.

—Verás... —comenzó Ruth insegura—. Hayden se ha ido esta mañana temprano, tenía que ir a ver a Sullivan por el tema del pienso.

—¿Y? —preguntó Ridley elevando una de sus cejas en señal interrogante.

—Todos los días saca un rato para llevar a Cloe a su trabajo.

—¿Su trabajo? —preguntó, aunque sabía de sobra de qué hablaba su abuela.

—La muchacha quería un empleo, y mi amigo Wilson necesitaba ayuda en la tienda de antigüedades.

—Y todo esto, ¿qué tiene que ver conmigo?

—Pues que quiero que la lleves tú.

—¿Qué? —exclamó furibundo.

—Lo que has escuchado —dijo Ruth con rotundidad.

—Alto y claro —replicó—. Mira, abuela, es demasiado temprano para discutir. Llevaré a la muchacha. No quiero hablar más del asunto.

—¿Qué te ha hecho esa joven para que le tengas esa inquina? —preguntó Ruth, sin comprender el extraño comportamiento de su nieto—. Es un cielo.

—La pregunta no es qué me ha hecho a mí. La cuestión es por qué has dejado que se instale en el rancho sin tan siquiera permitirme dar mi opinión sobre el asunto.

—¿Qué no has dado tu opinión? Lo has hecho, cientos de veces y con mucha claridad —replicó Ruth, molesta—. Ya hemos hablado de eso, no le des más vueltas al asunto.

—Tengo derecho....

—Sí, lo tienes, pero te recuerdo que tu hermano también tiene los suyos. Podría haber reclamado su parte del rancho, pero renunció a él. Es el primer favor que me pide y ni he pensado en negarme. Cloe entra a trabajar a las nueve —concluyó, antes de girarse y salir del granero con paso enérgico.

Cloe estaba dando el último trago a su café, cuando unos fuertes golpes sobre la puerta la sobresaltaron. Se sorprendió, porque Hayden solía ser más delicado. Dejó la taza en el fregadero y cogió su bolso para dirigirse a la entrada, pero cual no fue su sorpresa al abrir la puerta y encontrar frente a sí a Ridley, que tenía el gesto torcido. «¿Estará siempre de mal humor?», se preguntó, mientras colgaba su bolso sobre su hombro.

—¿Ya estás? —preguntó Ridley con malos modos.

—Buenos días, señor Harper —dijo Cloe, forzando una sonrisa que no sentía. No se inmutó con la mirada gélida que él le dirigió—. ¿Qué hace aquí? —preguntó confusa.

—Hayden no puede llevarte, y mi abuela me ha pedido amablemente que te lleve a trabajar —refunfuñó.

Parecía que la idea le parecía tan desagradable como a ella.

—Bien, qué remedió —dijo, intentado salir por la puerta, pero el enorme cuerpo de aquel hombre se lo impedía—. ¿Me deja pasar? —preguntó, clavando su mirada en el rostro masculino.

Ridley sintió cómo el rubor surcaba sus mejillas. Se sentía como un estúpido, y con torpeza se apartó para dejar pasar a la joven, que bajó las escaleras a paso ligero. Clavó su mirada en su cuerpo sin ser consciente de ello. Era delgada y no demasiado alta, o eso le pareció a él, que medía cerca de un metro ochenta. La primera vez que la había visto le había parecido apenas una niña, pero se había equivocado. Su rostro dulce nada tenía que ver con cómo se había comportado con él, como si quisiera que desapareciera de la faz de la tierra. Quizás era culpa suya, pensó mientras la seguía. No había sido demasiado amable con ella y no la culpaba por estar en guardia cada vez

que se encontraban. Cuando llegó junto al vehículo accionó el botón de la llave y el sonido del coche al desbloquearse fue lo único que se escuchó.

—Pasa —dijo Ridley, mientras se instalaba el asiento del conductor y esperaba a que ella entrara.

Cloe asintió, y tras dejar su bolso en el asiento trasero ocupó el del acompañante. Agradeció cuando el aire acondicionado comenzó a funcionar, y manipuló la rejilla para que el aire fresco llegara a su rostro. De soslayo observó al hombre que movía el volante con soltura. Parecía concentrado en la carretera y lo agradeció, para nada quería mantener una conversación con aquel ogro, y aún así no pudo evitar estudiar su perfil. Era un hombre atractivo, era algo que no podía negar, a pesar de sus facciones duras. Sus ojos eran enormes, bordeados por unas largas pestañas negras y de un color gris oscuro de lo más peculiar. Los labios, a pesar de estar tensos en una línea que denotaba su malestar, eran gruesos y jugosos y se imaginó como sería besarlos, cosa que hizo que su corazón galopara en su pecho. «¿Pero qué demonios estoy pensando?», se recriminó. Desde la última vez que su cabeza había tenido tal pensamiento, había intentado reprimir esa atracción.

—¿De dónde eres? —la sobresaltó la voz masculina.

La pregunta, y su tono le molestaron y no dudó en contestar de igual manera.

—¿Acaso importa?

Ridley giró levemente su rostro y observó a la joven, que tenía el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre su pecho. Tenía la mirada clavada en la carretera, estaba claro que se encontraba decidida a ignorarle. ¿Y qué podía esperar?, no había sido demasiado diplomático desde su llegada, y si quería saber algo más de ella debía que cambiar de actitud.

—Lo siento, me he estado comportando como un estúpido. ¿Empezamos de cero? —ofreció, suavizando su gesto.

Cloe le observó de soslayo, achicando sus ojos mientras estudiaba su expresión con sospecha. ¿Se estaba disculpando?, se preguntó confusa. A pesar de su ofrecimiento no se fiaba de él.

—Vamos, nena, firmemos una tregua por mi abuela —insistió Ridley.

—Está bien, pero por favor, no me llame *nena* —aceptó Cloe a regañadientes—. Soy de Austin —contestó escuetamente.

Ridley apretó los dientes al darse cuenta que no sería fácil sacarle información a Cloe, pero no por ello pensaba rendirse.

—¿Y qué estudiaste para acabar trabajando con Wilson? —indagó.

Cloe se sentía incómoda con sus preguntas, pero no quería ser descortés. No era su forma de ser.

—Me diplomé este año en bellas artes.

—¡Vaya! —exclamó Ridley sorprendido.

—¿Qué pensaba? —exclamó Cloe molesta—. Aunque a mi madre no le sobraba el dinero, logró ayudarme para que lograra alcanzar mi sueño.

—¿Y tu hermano? —preguntó, mordiéndose la lengua al instante. Durante los años que sabía de su existencia se había negado a saber nada de su vida, a pesar de la insistencia de su abuela.

—¿Es un interrogatorio?

—No, claro, lo siento —reculó, sabiendo que se estaba metiendo en arenas movedizas—. Tú también puedes preguntarme lo que quieras.

—Mmm, la verdad es que no tengo ninguna curiosidad sobre usted. —Era una gran mentira, y lo sabía—. Hábleme de Daniela.

Ridley escuchaba sus palabras atentamente y, no pudo evitar sonreír. Muy a su pesar le gustaba el carácter de Cloe, aunque no quería pensar a donde le llevaría eso. Finalmente decidió contestar a su pregunta.

—Es una buena chica, la verdad es que hemos tenido suerte. Apenas ha hecho alguna travesura cuando era una niña. Quiere ser veterinaria, y no me extraña. Desde que tiene uso de razón ha vivido con animales. Cuando apenas levantaba un palmo del suelo siempre iba acompañada con un maletín de plástico repleto de vendas y gasas, dispuesta a curar a todo bicho viviente que se cruzaba en su camino.

Cloe sonrió al escuchar su relato, y no pudo evitar imaginar a una niña corriendo tras perros y gatos con una venda en su mano. La joven que conocía no distaba demasiado de la niña que el señor Harper describía.

—Si, la verdad es que es adorable, me gusta mucho pasar tiempo con ella.

—Y estoy seguro de que ella está encantada —replicó Ridley mientras aparcaba frente a la casa del señor Wilson—. Aunque te aviso de que también tiene muy mal genio cuando se la contradice.

—¿De veras, señor Harper? —dijo Cloe con humor, mientras elevaba una de sus cejas.

Ridley, que en aquel momento sacaba la llave del contacto, se giró y clavó su mirada en su rostro, que mostraba una expresión pícara que le quitó el aliento. Definitivamente, aquella joven era demasiado hermosa y le hacía desear cosas, como sus labios, que no se podía permitir. «¿Qué demonios me

está pasando?»), se preguntó confuso.

—Con Ridley bastará, creo que ya es hora de que me tutees —dijo, mientras abría la puerta del coche y bajaba—. Vamos, tengo algo de prisa —comentó, mientras abría la puerta del acompañante, dispuesto a ayudar a la joven a bajar.

Le tendió su mano, en un gesto de lo más casual, pero cuando sus pieles se rozaron sintió que un escalofrío recorría su cuerpo. Molesto, se apartó de ella y la instó a caminar hasta las escaleras.

—No hace falta que me acompañes, no creo que me pase nada malo —dijo Cloe con humor, aunque notaba su corazón palpitar tras el contacto que habían compartido.

—No hay problema, así saludo al señor Wilson. Hace mucho tiempo que no conversamos.

Cuando llegaron a la puerta, no hizo falta que llamaran, pues la puerta se abrió de golpe y bajo el dintel apareció el anciano, ataviado con uno de sus trajes de *tweed*. Se sorprendió al descubrir a Ridley, y así se lo hizo saber.

—¡Vaya! Cuánto tiempo sin verte, jovencito.

—Buenos días, señor Wilson —saludó Ridley educadamente mientras le tendía su mano—. Discúlpeme, he tenido mucho trabajo en el rancho.

—Y también has estado demasiado ocupado con la doctora, ¿verdad? —preguntó el anciano pícaramente, pero sin ninguna mala intención.

Ridley apretó la mandíbula, molesto por las palabras del señor Wilson. De soslayo observó a Cloe, cuyo rostro no mostraba ninguna expresión.

«Tiene novia», se dijo Cloe, sintiéndose incomprensiblemente desilusionada. «¿Y a mí qué me importa?», se preguntó, enfadada consigo misma. Había oído algún rumor al respecto, pero ni Ruth ni Daniela le habían comentado nada sobre aquella mujer, y eso solo logró incrementar su curiosidad. Quizás no le gustaba a ninguna, o quizás... «Déjalo ya», se amonestó mentalmente.

—Bueno, mi tiempo es escaso, se hace lo que se puede —replicó escuetamente Ridley al señor Wilson—. Me tengo que marchar —dijo mientras observaba la esfera de su reloj—. Un placer volver a verle, señor Wilson. Cloe —dijo sin poder clavar su mirada en su rostro—, nos vemos en el rancho —concluyó antes de bajar el tramo de escaleras para caminar hasta su coche con paso firme.

—Vamos, Cloe —la alentó el señor Wilson, al ver que no se movía—, estoy deseando que me muestres cómo funciona ese aparato del infierno —

dijo, refiriéndose al ordenador.

—Claro, señor Wilson —replicó la joven, cerrando la puerta a su espalda—. Verá que no es tan difícil.

—¿Y cómo es que hoy te ha traído Ridley hasta aquí? —preguntó Wilson, mientras observaba con estupor el teclado del portátil que Cloe había encendido unos minutos antes.

—Al parecer, Hayden no podía.

Wilson se acarició la barbilla, pensativo.

—Tenemos que solucionar este problema, no puedes depender de los demás para venir a trabajar. Tengo un viejo cacharro en el garaje de atrás. Le diré al mecánico que le eche un ojo y así lo puedes utilizar.

Cloe apartó la mirada de la pantalla y la clavó en el rostro del anciano, sorprendida por sus palabras.

—Señor Wilson, no puedo aceptar...

El aludido cortó sus palabras con un gesto de la mano.

—Puedes y lo harás. Y ahora, centrémonos en el trabajo.

## Capítulo 17

Cloe comprobó la lista que tenía entre sus dedos mientras colocaba los números a los objetos de una de las vitrinas. Estaba tan concentrada que no escuchó entrar al señor Wilson, que se acercó hasta ella antes de hablar.

—Ya es hora de que vuelvas a casa, ha pasado media hora desde que cerramos —le comunicó el hombre con voz paternal.

Cloe se sobresaltó al escuchar su voz, y sus palabras lograron que una sonrisa se dibujara en sus labios antes de girarse.

—No se preocupe, señor Wilson, tengo que esperar a que Hayden venga recogerme, y eso será cuando acabe con sus tareas de la tarde en el rancho.

—Quizás no —dijo el anciano enigmáticamente.

—¿A qué se refiere? —preguntó Cloe, dejando la carpeta sobre la mesa, mientras apoyaba su cadera sobre la misma y cruzaba los brazos sobre su pecho.

—Coge tu bolso y te lo muestro —dijo Wilson, excitado como un chiquillo.

Cloe no entendía nada, pero llevaba por la efusividad de su jefe, hizo lo que le pedía y le siguió hasta el exterior.

—¿Lo ves? —preguntó Wilson resplandeciente.

Cloe miró a un lado y al otro de la calle, pero no vio nada fuera de lo normal.

—¿Ver el qué? —preguntó, comenzando a impacientarse.

—Mi viejo Austin *Mini* de 1960. —Al ver que la joven no lo veía, señaló al coche color rojo aparcado junto a la acera.

Cloe no salía de su asombro, mientras se acercaba al vehículo y comprobaba su precioso color cereza. Parecía recién salido de fábrica, y al observar su interior se quedó maravillada por su tapicería blanca. No era estúpida, sabía del valor de aquel coche, no por nada se había criado con su hermano, que se pasaba la mayor parte del tiempo hablando de coches.

—¡Señor Wilson, es precioso! —exclamó, mientras acariciaba el metal con veneración—. Es una verdadera joya.

—Y es todo tuyo mientras estés en Town Hope.

Cloe no daba crédito a sus palabras, observando alternativamente al señor Wilson y al coche. Por mucho que la tentara su ofrecimiento, no podía

aceptar. Era un coche demasiado especial y temía acabar estrellada contra un árbol. Aunque tenía permiso de conducir, no tenía demasiada práctica.

—No puedo aceptarlo.

—Oh, claro que puedes y lo vas a hacer —insistió Wilson seguro.

—No, es un coche único...

Wilson rebuscó en el bolsillo de su pantalón y sacó las llaves del vehículo antes de atrapar la mano de la joven y dejar entre sus dedos el preciado premio.

—Por favor, acéptalo, el pobre necesita funcionamiento. Mi vista ya no es lo que era, y si no lo usas tú, morirá en el garaje. Además, solo es un préstamo.

Minutos después, Cloe acariciaba el volante con deleite, mientras su mirada observaba los espejos retrovisores, esperando encontrarse con algún vehículo, cosa poco usual en la carretera que conducía al rancho. El motor ronroneaba, sorprendiendo a la joven, que hubiera esperado que sonara como una locomotora. Había sido todo un logro encontrar una cadena de radio en el dial, pero ahora sonaba una suave melodía en el interior. Poco a poco se fue relajando, disfrutando del paseo. Tanto fue así que sin darse cuenta de ello, pisó el acelerador.

Todo sucedió demasiado deprisa. La carretera era demasiado estrecha, y de golpe apareció en el carril contrario un todoterreno negro, demasiado ancho. Cloe se asustó y tuvo que dar un volantazo, acabando en la cuneta. Durante unos segundos cerró los ojos mientras su corazón latía aceleradamente. Cuando volvió a abrirlos dio gracias a los cielos porque no le había pasado nada al coche del señor Wilson.

—¿Estás loca?! —exclamó una voz masculina, demasiado conocida, junto a la ventanilla—. ¡Tenía que ser tú! —añadió Ridley furibundo.

Cloe maldijo su mala suerte antes de girar su rostro para fijar su mirada en el rostro frío del Ridley. Le había visto muchas veces enfadado, pero nunca tanto.

—Gracias, no me ha pasado nada, estoy bien —dijo con sarcasmo. No estaba de humor para discutir con el dueño y señor del rancho Harper.

—Sal del coche —ordenó Ridley.

—No —se negó Cloe.

—Te he dicho que salgas, ¡ya! —insistió él, mientras abría la puerta bruscamente.

«Eres un dictador», pensó Cloe, mientras salía del vehículo a regañadientes.

—¿Qué quieres? —le enfrentó, elevando su cabeza para clavar su mirada en su rostro encolerizado.

Ridley estaba perdiendo la poca paciencia con la que contaba. Se había llevado un buen susto cuando divisó un pequeño vehículo que iba en dirección contraria a demasiada velocidad y casi por el medio de la carretera. Tuvo que frenar en seco para no tener un accidente. Cuando salió estaba deseando decirle cuatro cosas al conductor, que era un insensato, pero cuando descubrió que se trataba de Cloe sintió que su corazón se saltaba un latido. «Mocosa imprudente», pensó, deseando tener su cuello entre sus dedos.

Sin demasiada delicadeza, cogió su brazo y la arrastró fuera de la carretera, a un claro de la vegetación que flanqueaba la carretera. La joven se deshizo de su agarre tras un forcejeo.

—¡Eres un salvaje! —le acusó ella con el ceño fruncido.

—¡Y tú estás loca! Hemos estado a punto de tener un accidente. ¿No has visto la señal de velocidad?

Cloe sabía que tenía razón, pero por nada del mundo se la daría.

—Y tú ocupabas casi toda la carretera —respondió.

—¿De dónde has sacado ese coche? ¿Lo has robado? —interrogó Ridley, sin medir sus palabras.

Sus palabras lograron transportarla a otro lugar, a otro tiempo. Su madre sufriendo por el comportamiento de su hermano. La policía llamando al apartamento donde vivían, con su hermano derrotado tras haber robado un coche. La ira creció en su interior, de una informa incontrolable e irracional. Y sin ser consciente de lo que hacía elevó su mano y plantó un sonoro bofetón en el rostro de Ridley, que no daba crédito.

—¡Te has vuelto loca! —exclamó mientras acariciaba su mejilla.

Cloe observó su rostro y despertó del estado de enajenación en el que se encontraba. En su vida había sido violenta, y no se sentía orgullosa de su estallido. Toda la culpa la tenía aquel hombre, que tenía la capacidad de sacarla de sus casillas... y aún así no pudo evitar disculparse.

—Lo siento —dijo escuetamente, antes de regresar al coche y arrancar para salir huyendo en dirección al rancho. Solo deseaba encerrarse en casa y llorar.

Ridley observó cómo el coche se alejaba, estupefacto ante lo que había sucedido. Nunca hubiera esperado aquella reacción por parte de Cloe. Algo

se le escapaba. No sabía en qué momento la discusión que mantenían se había salido de los límites, pero había sucedido, y la curiosidad se despertó en su mente. Estaba seguro que la joven ocultaba algo y no cejaría en su empeño de descubrirlo.

\*\*\*

Era la noche del viernes, y tras una larga semana, Ridley decidió ir a jugar una partida de póker con los chicos. Michelle se había enfadado con él por no ir a cenar aquella noche a su casa, pero necesitaba despejarse de todo y todos, y no conocía mejor forma que charlar con sus amigos mientras les desplumaba.

Después de darse una buena ducha y ponerse ropa limpia, se dirigió hasta la casa de Sullivan, el dueño de la tienda de artículos agrícolas de Town Hope. Tras un corto trayecto, aparcó frente a la casa y mientras esperaba a que alguien le abriera la puerta, comprobó su reloj y se percató de que llegaba tarde. Todo por culpa de la discusión que había mantenido por teléfono con Michelle, recordó, mientras suspiraba pesadamente.

Fue Sullivan quien le abrió la puerta, y tras dirigirle una mirada reprobatoria, le dejó entrar. Como suponía, un coro de voces le recriminó su tardanza, pero la sangre no llegó al río, y tras quitarse la chaqueta y dejarla en el perchero, se acercó a la mesa donde ya estaban dispuestos el tapiz y las cartas.

—¿Y Rudy, dónde se ha metido? Últimamente siempre se escaquea —preguntó Sullivan, suponiendo que llegaría con Ridley.

—Me dijo que hoy no podía venir, que tenía planes —replicó Ridley, sin darle la mayor importancia.

—Pues menos mal que Klein ha conseguido que Suzanne le deje venir, porque si no la partida se habría ido al cuerno.

—Sullivan, eres un gilipollas —replicó Klein—. Al menos cuando llego a casa tengo una mujer esperándome —contraatacó el farmacéutico.

—¡Eh, chicos, tiempo muerto! —exclamó Ridley, antes de que la cosa llegara a más. Había ido hasta allí para relajarse, no para tener que lidiar con las disputas que siempre protagonizaban Sullivan y Klein—. Hemos venido a divertirnos. Klein, ¿porqué no ayudas a Sullivan a preparar algo de picar? —pidió conciliador. Aunque aquellos dos parecían llevarse a matar, en el fondo eran grandes amigos.

Ridley se dejó caer en el sillón, y se sorprendió al ver llegar a Hayden

con dos cervezas en la mano. Se sentó junto a él y le tendió una, que Ridley aceptó gustoso, ya que tenía la garganta seca.

—Cuánto me alegro que hayas llegado —dijo Hayden, mientras abría la botella—. Si llego a pasar un minuto más con estos dos, acabo mal de la cabeza —comentó con humor.

—Yo también me alegro de haber venido, necesitaba algo de oxígeno —confesó.

—¿Qué sucede? —indagó Hayden. No le había pasado desapercibido que en los últimos tiempos, Ridley parecía más huraño que de costumbre.

—Nada, todo va bien —mintió, mientras abría la botella y daba un largo trago.

—¡Oh, vamos, viejo amigo, se te da fatal mentir! —dijo Hayden clavando su mirada en su rostro.

Ridley dudó, no sabía si estaba preparado para verbalizar lo que le atormentaba. Y más cuando podía afectar a la vida del rancho y de todos, pero también era verdad que necesitaba desahogarse, e incluso algún consejo, y no conocía a nadie mejor que Hayden para esa labor.

—Está, bien, pero no quiero que lo que te voy a contar salga de estas cuatro paredes.

Hayden se sorprendió ante su petición. Incluso se sintió algo molesto ante la desconfianza, pero comprendía que debía ser algo que afectaba demasiado a Ridley.

—Por supuesto, mis labios están sellados.

Ridley asintió, pero no comenzó a hablar inmediatamente. Jugeteaba con la botella entre sus manos, mientras mantenía la vista baja.

—¿Es por Michelle? —preguntó Hayden, viendo que no arrancaba.

—Sí. Aunque Michelle es una mujer maravillosa, organizada, divertida, fogosa...

Hayden le escuchaba, pero no comprendía nada, y así se lo hizo saber.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —preguntó confuso.

—El problema es otra mujer que se me ha metido en la cabeza... y bajo la piel —confesó Ridley a regañadientes.

Hayden tuvo que cerrar la boca, que se le había quedado abierta al escuchar la confesión de su amigo.

—¿Quién, dónde, cómo? —preguntó atropelladamente, mientras se movía inquieto en el sillón que compartían.

Ridley sintió que la voz se agazapaba en su garganta, que no podía

contarle a su amigo la verdad. Pero a su vez era lo que más necesitaba en el mundo.

—Cloe —dijo a media voz.

—¿Cloe? —repitió Hayden sin dar crédito a sus palabras. Se hubiera esperado cualquier nombre, pero no aquel.

—Sí, Cloe, maldita sea —dijo Ridley mientras se rascaba la cabeza—. Y sabes tan bien como yo que es una locura.

Hayden procesó la información a toda velocidad. Ridley estaba bien jodido, y ahora comprendía el porqué. No debía ser fácil asumir que sentía algo por aquella joven. Sabía de la existencia del hermano de Ridley, un secreto que pocos conocían, incluso Daniela era ajena a eso, y mil veces se había sentido mal por ocultarle una verdad que también le afectaba a ella, ya que Blake también era medio hermano suyo. Pero descubrir que Ridley se sentía atraído por Cloe, la hermana de Blake, era demasiado.

—No me gustaría estar en tu pellejo —dijo.

—Ni a mí tampoco.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Hayden preocupado.

—Si te soy sincero, no lo sé.

—Lo entiendo, pero antes de tomar una determinación, ten una cosa muy clara; Cloe no tiene la culpa de nada, y además, no os une la sangre.

—Joder, Hayden, eso ya lo sé, pero tengo que pensar en mi hermana y mi abuela. En el hipotético caso de que empezara algo con Cloe, ¿qué crees que pasará cuando Blake regrese a por ella? —Por fin formuló en voz alta la pregunta que le atormentaba.

Hayden sabía que tenía razón, que podía formarse una muy gorda donde la familia Harper saldría muy mal parada. Eso le llevó a pensar en su propia situación. «Tengo que confesarle la verdad», se dijo, pero cuando reunió el valor suficiente ya era tarde, porque Klein y Sullivan entraron en el salón armando bulla.

## Capítulo 18

Cloe escuchó un trueno en el exterior, y al asomarse a la ventana descubrió que una tormenta de verano asolaba el firmamento. Los tonos grisáceos habían oscurecido el cielo, y a pesar de su brutalidad, se sintió fascinada por su belleza.

—¡*Sparky!* —llamó al cachorro de color canela que le había regalado Daniela.

Insistió, pero el animal no asomó el hocico por el salón, cosa que le preocupó. Nerviosa, comenzó a buscar por el pequeño apartamento, pero no encontró ni rastro del animal. «¿Y si está fuera?», se preguntó preocupada. Sabía que a *Sparky* le encantaba jugar en el granero, y en más de una ocasión había tenido que ir a buscarle allí.

Cloe echó un último vistazo antes de salir al exterior, dispuesta a encontrar al pequeño cachorro, que ya se había ganado su corazón. Dudó unos segundos en el pequeño porche que protegía la puerta y finalmente se animó a salir de su abrigo descartando la idea de volver al interior de la vivienda para coger un paraguas. Bajó las escaleras con celeridad y, de una larga carrera llegó al edificio de madera, donde entró atropelladamente para huir de las gotas de lluvia.

Cuál no fue su sorpresa al chocar con un amplio pecho masculino. Sus pulmones se quedaron sin aire durante unos segundos, y al elevar su mirada se encontró con el rostro huraño de Ridley.

Se apartó de él con celeridad y se apoyó contra la pared a su espalda. A su pesar, estaba asustada por aquel encuentro inesperado. Nada quedaba ya de la tregua que habían firmado unos días antes, cuando la había llevado al trabajo. Anticipaba una nueva reprimenda por su parte y no estaba de humor para eso, tenía demasiadas preocupaciones en la cabeza.

Ridley había pasado parte de la tarde del sábado reparando las tablas de los establos, aquellas en desuso desde hacía tiempo, y que pronto albergarían a las nuevas yeguas que había comprado en Dallas y que llegarían en unos días.

No estaba del mejor de los humores. La noche anterior había vuelto a discutir con Michelle durante la cena que compartían en su restaurante favorito. Se sentía furioso porque le había dejado plantado en el segundo plato. Nuevamente habían perdido los papeles por una tontería. Parecía que

en los últimos tiempos lo hacía todo mal y empezaba a cansarse de la situación. Estaba claro que Michelle esperaba dar un paso más en su relación, después de llevar casi un año saliendo, pero él no estaba preparado para ese compromiso. Eran demasiadas las dudas que planeaban sobre su relación y sabía que tenía que tomar una decisión al respecto.

Tras guardar las herramientas en su lugar decidió ir a casa, con la única intención de ver el partido de béisbol que daban por la televisión de pago, pero una cruenta tormenta se desató en el cielo y decidió esperar a que escampara antes de salir. Resignado, se apoyó contra una de las columnas de madera y se dedicó a observar la tormenta, hipnotizado por los truenos que tronaban en la lejanía. Cual no fue su sorpresa al ver entrar corriendo a una sombra que impactó duramente contra su pecho.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó molesto por la presencia de Cloe, a la que hacía días que no veía.

No la quería cerca, y más tras lo que había sucedido días antes, cuando estuvieron a punto de tener un accidente.

—Lo siento, solo vine a buscar a *Sparky* —se disculpó Cloe mortificada, maldiciendo su mala suerte por aquel encuentro.

—Ya te dije que no quería ver a ese chucho por aquí —le advirtió Ridley contrariado.

Cloe se sintió molesta por sus palabras, y elevó su rostro para clavar su mirada en su persona, sin dejarse amilanar por su altura.

—No queremos molestar —dijo, sorprendiendo a su interlocutor.

—Pues para no pretenderlo, se os da de maravilla —masculló Ridley, molesto por su expresión desafiante.

—Estoy cansada de que me ataques cada vez que tienes ocasión. ¿Qué te he hecho para que me trates así? —dijo Cloe, dando voz a sus pensamientos, para arrepentirse al instante.

«Ser la tentación más grande con la que me he cruzado», pensó Ridley, deseando huir de aquel lugar, a la vez que unos hilos transparentes le amarraban al suelo. Llevaba semanas intentando evitarla, alejándose por miedo a caer en su influjo, pero se sentía hipnotizado por sus bellos ojos azules, que en aquel momento parecían grises por la ira igual a la que presidía el cielo en el exterior.

Sin ser consciente de ello se acercó unos centímetros a ella, notando cómo el cuerpo femenino temblaba ante su proximidad. Incomprensiblemente, se sentía atraído hacia ella, a la vez que una necesidad

abrumadora devoraba sus entrañas cada vez que la tenía ante sí, como en aquel momento. Sin ser consciente de ello su mirada gris se clavó en su persona con intensidad y la estudió atentamente, sin coartarse, como siempre había deseado. Comenzó por sus piernas, enfundadas en unos *jeans* desgastados. Ascendió por su estrecha cintura, seguro de que sus grandes manos podrían abarcarla y siguió por su pecho pequeño pero apetecible, que estaba cubierto por una sencilla camisa de cuadros verdes y blancos de manga corta.

Su glorioso cabello rubio estaba ligeramente ondulado en las puntas gracias a la humedad de las gotas de lluvia. Su rostro aniñado le había encandilado desde la primera vez, y en él descubrió unas graciosas pecas que deseó acariciar con las yemas de sus dedos, descubrir la suavidad de su piel, pero sobre todo, por encima de aquello, igual que el fragor de la tormenta, estaba la enloquecedora necesidad de probar sus labios, donde algunas gotas se posaban. Quería un beso con sabor a lluvia para comprobar que Cloe era terrenal, no un ángel caído del cielo.

—¿De verdad quieres saber lo que me haces? —dijo con voz rasgada, mientras notaba cómo la sangre corría a toda velocidad por su venas.

—Sí —replicó ella con una voz que no reconoció como propia.

Podía percibir el olor masculino que llegaba hasta sus fosas nasales cuando él se le aproximó, y que hizo que su cuerpo temblara como una hoja en otoño. Ahora sabía que había sido un error enfrentarse a aquel hombre al que siempre había intentado evitar. De cerca parecía más grande y peligroso, pero a pesar del miedo, algo la inducía a desear su proximidad.

Ridley colocó las palmas de sus manos a ambos lados del rostro femenino, sobre la pared de madera donde ella se apoyaba. Disfrutó cuando sus preciosos ojos azules se agrandaron por la sorpresa, y las pupilas de la joven se dilataron cuando acertó la distancia que los separaba.

—¿Estás segura? —preguntó con voz ronca.

Cloe era incapaz de pronunciar una sola palabra, simplemente asintió con un gesto de cabeza. Estaba perdida en la observación del rostro masculino. Sus rasgos eran fuertes y marcados, pero no exentos de atractivo. Sus labios se curvaban formando una sonrisa perezosa y deseó acariciarlos con las yemas de sus dedos, para comprobar si eran suaves. Ese mismo pensamiento la asustó.

—¿Quieres sabes por qué te quiero lejos? —dijo Ridley, mientras avanzaba hacia ella unos centímetros más, saboreando el momento en que sus

cuerpos entraron en contacto.

Cloe dejó de respirar cuando notó el amplio pecho masculino pegado al propio, y su corazón comenzó a latir aceleradamente. Su mirada no se había apartado del rostro masculino, y se sorprendió al encontrar en sus ojos unas llamaradas zigzagueantes que los oscurecieron.

—¿Vas a responder? —susurró Ridley cerca de su oído.

—Sí —replicó Cloe sorprendida porque su garganta hubiera dejado escapar la sílaba.

—No quiero tenerte cerca porque despiertas mi cuerpo, pero no te quiero en mi vida. ¿Comprendes? —preguntó Ridley, girando su rostro, dejando que sus miradas se unieran a escasos milímetros.

Cloe quería entender lo que él le decía, pero apenas podía pensar cuando su aliento acariciaba sus mejillas, despertando sensaciones en su cuerpo hasta entonces desconocidas.

—No. Hazme comprender —dijo, sorprendiéndose a sí misma.

Ridley se quedó noqueado con su respuesta. Notaba su pulso acelerado. Sus sentidos le empujaban hacia ella, aunque su mente le decía que era un error. Parecía tan dulce e inexperta... y deseó ser él quien le descubriera lo que era la pasión. Sin mediar palabra acertó los milímetros que los separaban y atrapó sus labios en los propios, absorbiendo y saboreando las gotas de lluvia, que fueron como un elixir. Un pequeño gemido escapó de la garganta femenina, y con aquel ronco sonido, algo excitante y desconocido despertó en su interior.

Sin poder contenerse, Ridley apartó sus manos de la rugosa madera de la pared y atrapó el pequeño rostro de Cloe entre sus palmas, disfrutando de la suavidad de sus mejillas. Su dulce olor pobló sus fosas nasales y una imperiosa necesidad de ahogarse en su boca le invadió. Necesitaba más, necesitaba todo de ella, y sin importarle las ligaduras que le ataban a otra mujer y los obstáculos que los separaban, penetró en su boca para perderse en su sabor.

Cloe apenas podía respirar, perdida en la marea de la pasión. No era la primera vez que la besaban, pero su experiencia anterior nada tenía que ver con el intercambio que estaba compartiendo con aquel hombre, *hombre* con mayúsculas, que nada tenía que ver con los chicos con los que había salido en la universidad. Sus manos abrasaban cada porción de su piel y, cuando penetraron entre su camisa y sus costillas, se quedó sin aliento. Su tacto no era suave, las callosidades de sus dedos forjadas por el duro trabajo hicieron

erizar el vello de su cuerpo, pero no era desagradable, le resultaba de lo más excitante.

Ella también quería recorrer su piel y, dejando atrás su timidez sacó la camisa de cuadros masculina apresada por la cinturilla de su pantalón y reptó por su torso, que descubrió cálido y suave. Podía intuir cada músculo que recorría y solo detuvo su ascenso cuando llegó a su pecho, donde descubrió unos pezones duros y erguidos.

—¡Ohh! —exclamó Ridley, sin poder contener el gemido al notar las yemas de los dedos de la joven en su piel.

Aquel simple roce hizo que deseara más. Era como si algo que no podía controlar se hubiera apoderado de su cuerpo. Con verdadera necesidad comenzó a desabotonar la camisa de Cloe. Deseaba tirar de la tela y rasgarla si era necesario para llegar cuanto antes adonde quería. Cuando el último botón cayó al suelo, arrancado, no le importó, y sin demasiada delicadeza apartó los faldones de la prenda antes de separarse unos centímetros para disfrutar de la visión. Ante sí descubrió su pecho, cubierto por un sencillo sujetador blanco. Y sin pensarlo, su cabeza cayó en picado para acabar sumergida entre ambos pechos, lamiendo su unión, saboreando su piel. Una necesidad desconocida hasta entonces le empujaba a fundirse con el cuerpo femenino, como si aquello fuera posible. Su masculinidad luchaba contra el confinamiento de sus *jeans*, y deseó liberarla. Y lo hubiera hecho si no fuera por el sonido metálico de la melodía de su móvil, que le sacó del estado de enajenación en el que se encontraba.

Aturdido, se apartó, y rebuscó en su bolsillo hasta dar con el aparato, que seguía sonando con insistencia. Pudo leer en la pantalla en nombre de Hayden. Se había olvidado por completo de que había quedado con él para ir a echar una partida de póker con los chicos. Incluso se había olvidado de dónde se hallaban, cualquiera podía haber entrado y encontrarlos a punto de echar un polvo. Y toda la culpa la tenía Cloe, pensó malhumorado.

Levantó su rostro y clavó su mirada en ella. Sus espectaculares ojos azules se habían oscurecido por la llama de la pasión, sus labios estaban hinchados por sus besos y sus mejillas coloreadas.

Furibundo apartó la mirada, para evitar la tentación de volver a cogerla entre sus brazos y se giró con virulencia para salir del establo con la intención de contestar a la llamada. Aunque, realmente, lo que hacía era huir de lo que Cloe le había hecho sentir.

—Sí, dime —contestó tras accionar el botón verde, con una voz que no

reconocía como propia.

—¡Ridley! ¿Por qué has tardado tanto en responder? —le reprendió su amigo molesto—. Vamos a llegar tarde a la partida.

—Lo siento —replicó Ridley más recuperado—, estaba tranquilizando a los animales. Las tormentas les asustan —se excusó.

—¿Vas a venir o qué?—preguntó Hayden, que verdaderamente hubiera preferido pasar la tarde con Daniela, pero se había dejado convencer por Ridley para quedar con los chicos.

—Claro, tío, no me lo perdería por nada del mundo —mintió, ya que le hubiera gustado seguir saboreando a Cloe, pero no lo quería admitir.

—Pues mueve tu culo, te estoy esperando en el garaje —se despidió Hayden.

Ridley cortó la llamada, mientras la lluvia comenzaba a humedecer su ropa, y a pesar de eso, no pudo evitar echar un último vistazo a la puerta abierta del granero, donde aún permanecía Cloe. Se sacudió, como un perro mojado, y a largas zancadas se dirigió a la casa para cambiarse, queriendo olvidar lo sucedido.

## Capítulo 19

Ridley dejó olvidadas las facturas dispersas sobre la mesa de su escritorio y se pinzó el puente de la nariz con los dedos índice y pulgar antes de apoyarse en el respaldo de la silla que ocupaba. Estaba molido, llevaba varios días sin apenas pegar ojo, tenso como una cuerda por lo que había sucedido en el granero con Cloe. Su cabeza no dejaba de dar vueltas al asunto y no porque se arrepintiera de lo sucedido. Aquel beso con sabor a lluvia había sido el más espectacular que había protagonizado en toda su vida, pero tenía unas consecuencias que le costaba asumir.

Llevaba años odiando a su padre por haber sido infiel a su madre con otra mujer, y ahora él estaba repitiendo el mismo patrón con Michelle. Se enorgullecía de ser un hombre digno y moral, y lo que estaba sucediendo iba en contra de sus valores.

Para su bienestar mental, debía plantearse la ruptura con Michelle. No podía seguir manteniendo una mentira cuando sabía que lo que sentía por Cloe, y a su pesar, era más fuerte que su relación de un año con Michelle.

Con resolución se levantó de su asiento y cogió su teléfono, donde buscó el número de Michelle. Con paso lento se acercó a la ventana y dejó vagar su mirada por las tierras frente a sí. Tras unos segundos, que necesitó para coger fuerzas, dio al botón verde de la pantalla táctil y esperó la respuesta al otro lado de la línea.

—¿Ridley? —preguntó Michelle confusa, mientras dejaba el bolígrafo sobre el informe que estaba rellenando.

—Sí, soy yo.

—¿Sucede algo? —indagó la mujer, notando algo extraño en su voz.

—Tenemos que hablar.

—Estoy en el consultorio —intentó excusarse Michelle, intuyendo que sucedía algo que no le iba a gustar.

—Voy para allá. —No quería perder la valentía que necesitaba para hacer lo que tenía que hacer.

—Ridley, ahora no, estoy trabajando —adujo Michelle molesta.

—Esto no puede esperar —replicó Ridley, antes de colgar el teléfono.

Connor Payne observaba cómo Michelle paseaba de una esquina a la otra de su despacho mientras no dejaba de maldecir a Ridley. Él la observaba desde su posición tras el escritorio, mientras tamborileaba con el bolígrafo sobre la mesa.

—¡Estoy harta! —rezongaba Michelle, comenzando un nuevo paseo hasta la ventana—. Ridley no me respeta. Le he dicho más de cien veces que no me gusta que venga al consultorio si estoy trabajando —dijo con vehemencia.

—Michelle, por favor, siéntate. Me estoy mareando con tus idas y venidas —dijo Connor, señalando una butaca situada frente a sí—. Supongo que sí ha decidido venir hasta aquí es porque tiene algo importante que decirte —intentó razonar.

Michelle dudó, mientras se cruzaba de brazos, pero finalmente hizo caso a su compañero. Apoyó los codos sobre la mesa y colocó su rostro entre las palmas de sus manos antes de hablar.

—Lo sé, pero tengo miedo — declaró, mientras le temblaba el labio.

—¿Por qué? —indagó Connor, preocupado por ella al ver sus hombros hundidos y su mirada triste.

—Hace semanas que las cosas no van bien entre nosotros —confesó con la mirada baja—. Ya no es como antes. Me he esforzado por recuperar la relación, pero tengo la sensación de que a Ridley no le interesa luchar por nosotros.

Ridley y él habían ido juntos a la escuela y conocía bien su forma de ser. Criarse en un rancho no era fácil, lo sabía por propia experiencia. El tiempo libre no abundaba para sus habitantes. Recordó con tristeza las largas jornadas que su padre había dedicado al ganado. Michelle nunca comprendería eso, era una mujer de ciudad, y a pesar de que se había adaptado muy bien a Town Hope nunca entendería a sus gentes.

Desde el principio supo que la relación entre ambos no funcionaría, pero él no era nadie para meterse en asuntos que no le incumbían. Michelle y él siempre habían mantenido una relación cordial, ella nunca le había dado la oportunidad de acercarse demasiado, por lo que no entendía por qué había sido el elegido para ser su confesor.

Michelle se levantó de la silla nuevamente, incapaz de permanecer quieta, mientras se acariciaba la frente con los dedos.

—Lo siento, no sé por qué te cuento todo esto.

Connor sintió una opresión en el pecho al ver su sufrimiento y sin

dudarlo se levantó de su silla y se acercó hasta ella, que se vio sorprendida por su cercanía. Acercó la mano cautelosamente y con un dedo obligó al rostro femenino a elevarse, para poder clavar su mirada en su rostro.

—Supongo que es porque necesitas hablar con alguien y yo estoy aquí —añadió con una sonrisa que intentaba infundirle ánimos—. Eres una mujer muy fuerte, siempre he admirado eso en ti, y pase lo que pase podrás superarlo. No malgastes tu tiempo y empeño en algo que sabes que no tiene futuro. También eres una mujer inteligente.

Michelle deseó mandarle al cuerno por su sinceridad, pero por otro lado sabía que tenía razón. Y sin poder contenerse se tiró en sus brazos y rompió a llorar, dejando al descubierto su fragilidad.

Connor tardó unos segundos en reaccionar, sintiéndose torpe, pero no dudó en acogerla en su pecho y consolarla.

—Tranquila, cielo —dijo—. No puedes luchar contra el destino. Lo que tenga que ser será. Y yo estaré contigo cuando me necesites.

Michelle se sintió reconfortada con el calor de su pecho y dejó salir toda la angustia que la carcomía. Sabía que Connor tenía razón, pero costaba aceptar el fracaso de su relación. Quizás era mejor así, intentó convencerse, mientras se dejaba mecer por el hombre que le estaba prestando el consuelo que tanto necesitaba.

Ridley aparcó su camioneta frente al consultorio médico y clavó su mirada en la puerta. Necesitó varios minutos para recopilar el valor y las fuerzas para hacer lo que tenía que hacer. Finalmente abrió la puerta del vehículo y bajó de un salto, dispuesto a enfrentarse a una dura prueba.

Sally estaba sentada tras el mostrador, completamente ajena a su llegada, con la nariz metida en un libro.

—Sally —la llamó, logrando que la chica se sobresaltara mientras ocultaba el volumen en un cajón.

—Buenos días, señor Harper.

—¿Está la doctora Sanders en su despacho?

—Sí, hay poco movimiento hoy —dijo la joven con una sonrisa, ajena a la tensión del Ridley, que flexionaba sus dedos dentro de sus bolsillos.

—¿Puedo pasar? —preguntó, buscando su permiso.

—Por supuesto —respondió la joven.

Cuando llegó a la puerta sacó su mano derecha del bolsillo y llamó con los nudillos, esperando una señal para poder entrar. Para su sorpresa la puerta se abrió para dar paso a Payne, que le dedicó una mirada sombría.

—Te está esperando —indicó el hombre, antes de darle la espalda y caminar por el amplio pasillo.

No quiso pensar en la extraña actitud de Connor, tenía demasiadas cosas en la cabeza. Suspiró pesadamente y entró en el despacho dispuesto a enfrentarse a una de las situaciones más difíciles de su vida.

\*\*\*

Cloe sentía una inquietud que no podía controlar, y así lo demostraban sus movimientos bruscos mientras colocaba una vajilla en una de las vitrinas. El señor Wilson, que la observaba desde el mostrador, no pudo controlarse por más tiempo.

—Cloe, por favor, esos platos son únicos. Son del siglo XVIII, trátalos con más amor.

La aludida se paró en seco y observó la pieza de porcelana entre sus dedos, compungida. Era una escena campestre donde varias damas danzaban junto al río.

—Lo siento, señor Wilson —dijo con voz trémula.

Wilson dejó la libreta, donde había estado anotando el pedido que acababa de hacer y se acercó a la joven para estudiar su rostro.

—¿Qué te pasa?

—Nada —mintió—, solo es que he dormido mal.

—¿Seguro que solo es eso? —preguntó el anciano con tiento.

—Sí —confesó—, seguro, señor Wilson.

—¿Por qué no te tomas la mañana libre? —sugirió el hombre con amabilidad.

—¡No!—exclamó Cloe con vehemencia, necesitaba estar ocupada para poder mantener la cordura.

Wilson frunció el ceño. Sabía que la joven estaba mintiendo, pero no parecía dispuesta a confesar el verdadero motivo de su nerviosismo. No quería meterse en sus asuntos, pero tampoco estaba dispuesto a permitir que rompiera una de sus preciadas piezas.

—Cloe, te ordeno que vayas ahora mismo a tomarte una tila y cuando estés más tranquila, regresas.

Cloe hubiera querido negarse, pero sabía, por la expresión del rostro de su jefe que no estaba demasiado contento con su actitud. Finalmente asintió con la cabeza antes de rescatar su bolso de la balda

del mostrador y salir a la calle.

Agradeció la suave brisa que acarició su rostro y comenzó a caminar en dirección a la confitería de Lisa para tomarse la infusión que le había aconsejado el señor Wilson. Sí, era verdad, estaba demasiado nerviosa y no era para menos después de lo que había sucedido con Ridley. A cada instante rememoraba lo ocurrido en el granero, a pesar de que aquello no la llevaba a ningún sitio. No era la primera vez que la besaban, pero nunca se había sentido tan devastada y con necesidad de más. «Soy una estúpida», se recriminó torturándose nuevamente por los sentimientos contradictorios que la asolaban.

Estaba a punto de llegar a la confitería cuando su móvil comenzó a sonar insistente y con manos temblorosas lo sacó de su bolso. Suspiró agradecida al descubrir que se trataba de su amiga Celine. Llevaba varios días intentando contactar con ella para poder contarle lo sucedido y se había sentido frustrada al no conseguirlo.

—¡Celine! —exclamó, deseando desahogar sus penas—. Te he llamado un millón de veces.

—Lo siento, cielo —dijo su amiga pesarosa—. He tenido turno doble en el trabajo. ¿Qué te pasa? Pareces a punto de explotar.

—Y lo estoy —confesó Cloe, dejándose caer en un banco cercano.

—¿Has vuelto a discutir con el dueño y señor del rancho? —preguntó Celine con un deje de humor en su voz.

—Ojalá solo hubiera sido eso —dijo Cloe frustrada.

—Me estás asustando. Si no ha sido eso, ¿qué es lo que te tiene en este estado?

—Me ha besado —confesó, mientras se apartaba un mechón de pelo de la cara con gesto contrariado.

—¡¿Qué?! —exclamó Celine sorprendida por su confesión. Tardó unos segundos en recuperarse—. Dios santo, ¿y tú qué has hecho?

—Nada —confesó llanamente.

—¿Pero...? ¿Me he perdido algo? —cuestionó su amiga.

—No, de verdad, solo que...—no era capaz de confesarle a su mejor amiga que pese a todo, aquel hombre rudo y malhumorado le gustaba. Que desde que la había besado no podía dejar de pensar en él.

—¡Te gusta! —exclamó Celine triunfal, al percatarse de la verdadera situación.

—Yo no he dicho eso.

—Eres una mentirosa. Quiero ver una foto suya, seguro que es un hombre de esos que quitan el hipo —comenzó a hablar su amiga atropelladamente—. Un vaquero con sombrero ladeado....

—¡Celine! —la cortó Cloe, perdiendo la paciencia—. Basta ya, no me hace ninguna gracia. Además, él me odia.

—¿Y si es así? ¿Por qué demonios te besó? Amiga mía, a veces pareces tonta de remate.

—Y tú tienes una mente demasiado imaginativa. Se te olvida un punto muy importante en tu ecuación: tiene novia.

—Lo que decía, eres una ilusa. Si de verdad le importara esa mujer no andaría besando a otras así como así. Pero por favor, cuéntame cómo fue —preguntó con voz soñadora.

—De verdad, Celine, a veces me desesperas —expresó Cloe, antes de relatarle brevemente el encuentro—. Lo que importa es qué pasará la próxima vez que nos veamos. Es tan incómodo...

—Tú trátale como si nada hubiera sucedido. Deja que el destino actúe libremente —aconsejó Celine enigmáticamente.

## Capítulo 20

Ridley no estaba muy convencido de la idea de Daniela con respecto del regalo de su abuela, que el sábado cumpliría ochenta años. A su pesar, no había encontrado ninguna excusa para negarse a ir a la tienda de antigüedades aquella tarde. Y allí estaba en aquel momento, aparcando frente a la casa victoriana del señor Wilson.

Durante los días que habían pasado desde su encuentro con Cloe en el granero había logrado evitar a la joven. Y ahora que estaba a punto de enfrentarse a su persona, los nervios bullían en su estómago, haciéndole sentir como un verdadero estúpido.

—¿Vamos? —preguntó Daniela, confusa con el extraño comportamiento de su hermano, que parecía no querer bajar del vehículo.

—Claro, enana —respondió Ridley, despertando de su letargo.

—Últimamente estás muy raro —comentó Daniela, mientras subían las escaleras que daban acceso a la casa—. ¿Estás bien?

—Perfectamente —respondió, mientras limpiaba el sudor de sus manos en las perneras de sus *jeans* antes de accionar el timbre.

—¿Seguro? —preguntó Daniela, clavando su mirada en el rostro de su hermano. Por mucho que él aseguraba que todo estaba bien, algo en su gesto le decía lo contrario, y no cejaría en su empeño hasta descubrirlo—. ¿Todo bien con Michelle? —indagó, pensando que los tiros iban por ahí.

—Daniela, no seas pesada —replicó Ridley molesto con su interrogatorio—, por favor, no estoy de humor.

—Pero... —insistió Daniela, pero se vio interrumpida cuando la puerta se abrió.

El señor Wilson observó a ambos, y una sonrisa cariñosa surgió bajo su bigote antes de hablar.

—Qué sorpresa, los niños de Ruth han venido a verme —exclamó, provocando una sonrisa divertida en los labios de Daniela, mientras que Ridley fruncía el ceño—. Pasad, por favor —les rogó mientras se hacía a un lado—. ¿Y se puede saber a qué se debe vuestra visita?

—Verá, señor Wilson, el sábado queremos hacerle una fiesta sorpresa a la abuela, y queríamos regalarle algo especial —explicó Daniela, mientras seguían al hombre hasta la sala principal.

Ridley les seguía a varios pasos de distancia, intentando con ello

posponer el encuentro con Cloe. Al entrar en aquella pintoresca sala, repleta de objetos de lo más variopintos, lo único que llamó su atención fue la larga melena de Cloe, que permanecía de espaldas a él, mientras tecleaba en el ordenador concentrada en su tarea. Su esbelto cuerpo iba enfundado en un sencillo vestido de color rosado y unas sandalias de piel protegían sus pies. No se había percatado de su presencia.

—¡Niña! —reclamó Wilson su atención—. Tenemos unos clientes muy especiales —dijo, esperando a que la joven se girara.

El corazón de Ridley se saltó un latido a ver su rostro, adornado por una sonrisa que lo iluminaba todo, y que se apagó al verle a él. Lo comprendía, se había comportado como un estúpido y tras besarla se había ido sin darle una explicación. Tenía que hablar con ella del asunto, disculparse, normalizar su situación.

—¡Daniela, qué alegría! —exclamó Cloe más repuesta, mientras besaba las mejillas de su amiga—. ¿Cómo no me has dicho que venías?

—Ha sido una decisión de última hora —confesó la aludida, mientras su mirada se dirigía a varias vitrinas—. Señor Wilson —dijo, acercándose al anciano y dejando a Ridley frente a Cloe—, usted que conoce tan bien a mi abuela. ¿Qué podríamos regalarle?

El rostro del señor Wilson se iluminó ante la solicitud de la joven.

—Tengo algo muy interesante que reservo para clientes especiales —comentó, antes de desaparecer con la joven por una puerta lateral.

Ridley dudó, pero finalmente se acercó al mostrador donde Cloe se había parapetado. Parecía concentrada colocando unos papeles, pero sus movimientos nerviosos evidenciaban que solo era una forma de no enfrentarse a él. Estaba claro que tendría que ser el que diera el primer paso.

—Cloe —la llamó, pero la joven prefirió ignorarlo—. Por favor —rogó, logrando con ello que la joven elevara su mirada, sorprendida.

—Ridley, ¿qué quieres? —preguntó Cloe, mientras notaba su corazón acelerado en su pecho.

La visita de los hermanos había sido una sorpresa, pero que Ridley se dirigiera a ella, tras evitarla en reiteradas ocasiones, la dejó noqueada.

—Hablar sobre lo que sucedió el otro día —dijo llanamente.

—¿El otro día? —repitió Cloe, volviendo su atención a los papeles que poblaban el mostrador—. No sé a qué te refieres.

Ridley contó hasta diez antes de volver a hablar. Le fastidiaba que ella se hiciera la tonta. Le estaba costando un mundo llevar a cabo lo que tenía

pensado, que era disculparse, y Cloe no se lo estaba poniendo nada fácil.

—El día de la tormenta.

—¡Ah! Eso. Bueno, pensé que era mejor olvidarlo —replicó ella. No quería hablar de lo sucedido, no quería que su corazón se rompiera. No quería sufrir, que era lo que le sucedería si se acercaba a un hombre que pertenecía a otra mujer.

Ridley sintió que algo en su pecho se quebraba. Habría esperado poder hablar con ella sobre lo sucedido, lo que había sentido, pero estaba claro que para ella no había significado nada, y eso le dolía más de lo que habría podido imaginar en un principio.

—Tienes razón, no significó nada —mintió—. Entonces, empecemos de cero. Sé que no me he comportado demasiado bien contigo desde tu llegada, pero pienso enmendar mi error.

—¿Quieres que firmemos una nueva tregua? —preguntó Cloe confusa por su comportamiento conciliador.

—Eso mismo, por el bien de Daniela y mi abuela.

Cloe no tenía ningún motivo para negarse. En el poco tiempo que llevaba en el rancho se había encariñado con Ruth y Daniela. «El problema eres tú», se dijo, clavando su mirada en el hombre que le hacía sentir cosas que nunca hubiera imaginado y que estaba tan cerca y tan lejos a su vez. Y aun sabiendo que lo mejor era mantenerse lo más alejada posible de él, aceptó el pacto.

—Está bien, firmemos esa paz —dijo, y en un gesto inconsciente tendió su mano hacia él.

Ridley sonrió ampliamente antes de tomar su mano, pero se arrepintió al instante, al notar que un escalofrío atravesaba su cuerpo. Apartó la mano como si el tacto de Cloe quemara y se giró justo en el momento en el que Daniela y el señor Wilson regresaban. Su hermana tenía una expresión extraña en el rostro, mientras que entre sus manos llevaba una caja cuadrada de color azul.

—¿Ya tienes el regalo de la abuela? —preguntó esperanzado.

—Sí, el señor Wilson es asombroso —dijo Daniela, mientras dejaba la caja sobre el mostrador, junto a Cloe.

—No es para tanto —replicó el anciano con una sonrisa—. Esperaba vuestra visita tarde o temprano. Estaba preparado.

—¿Qué es? —preguntó Ridley curioso.

—¿Te acuerdas cuando tenía siete años y decidí subir a tomar el té con

Teddy a la cabaña del árbol? —preguntó Daniela, perdida en los recuerdos.

—Sí, ese gato era un demonio —recordó Ridley con humor, mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios—. Recuerdo que se te ocurrió la brillante idea de tomar el té con el juego de tazas que le regaló a la abuela su madre, y que había pasado de generación en generación. Teddy se puso nervioso entre tus brazos, mientras subías por las escaleras y te arañó los brazos. Tú soltaste la cesta donde iban las preciadas tazas de la abuela, que acabaron hechas añicos.

—Sí, recuerdo el rostro de la abuela cuando lo descubrió —comentó Daniela con el arrepentimiento reflejado en su rostro—. Tardó un mes en perdonarme. Pero creo que cuando vea esto —dijo abriendo la caja y sacando una fina pieza, adornada con flores pintadas a mano—, lo olvidará por completo.

Ridley tomó la frágil taza entre sus dedos y luego fijó su mirada en el señor Wilson. Tenía que reconocer que aquel hombre conocía muy bien a su abuela. Parecía que había obrado magia al encontrar aquel tesoro.

—Señor Wilson, no lo puedo creer. ¿Sabe lo feliz que va a hacer a mi abuela este regalo?

—Lo sé, y se lo merece. Es una mujer increíble.

\*\*\*

Ruth no estaba muy convencida de festejar su cumpleaños, eran ya demasiados años los que pesaban sobre su espalda y no veía que hubiera nada que celebrar. Intentó en varias ocasiones quitarles la idea de la cabeza a sus nietos, pero ellos insistían diciendo que no todos los días se cumplían ochenta años.

En aquel momento, su nieta estaba empeñada en colgar unas guirnaldas de las vigas del porche grande, que se extendía hacia la pradera. Estaba subida sobre una escalera, haciendo malabares sobre el peldaño.

—Te vas a caer —le advirtió su abuela, que se empezaba a poner nerviosa mientras la joven se cimbreaba.

—Tranquila, abuela, sé lo que hago.

—Tu abuela tiene razón —dijo Hayden, que subía en aquel momento los escalones del porche—. Te recuerdo que no hace tanto que te quitaron la escayola del pie —añadió ceñudo, mientras se aproximaba a la joven.

—Hayden, estoy perfectamente —rebató Daniela, mientras anudaba en

una viga una de las cuerdas.

—Baja, lo haré yo —insistió el hombre, agarrando la escalera con fuerza.

—No seas pesado —replicó la joven.

—Baja ahora mismo... —insistió con voz que no admitía discusión.

Ruth observaba la curiosa escena desde su butaca de mimbre. Le parecía de lo más cómica. Hayden estaba a punto de explotar y su nieta no cedía. Pero cuando el joven cogió a Daniela por la cintura para obligarla a bajar de la escalera y la retuvo durante unos instantes entre sus brazos, no le pasó desapercibida la mirada intensa que se dirigieron. «¿Qué está pasando aquí?», se preguntó, mientras agudizaba su mirada.

—¿Una limonada, Ruth? —preguntó Emily, que salía en aquel momento por la puerta cargada con una bandeja.

—Gracias, preciosa —dijo la anciana, perdida en sus propios pensamientos.

—¿Os falta mucho? —preguntó Emily a Daniela y Hayden.

—No mucho —respondió Daniela, mientras le entregaba a Hayden, subido en la escalera, una nueva guirnalda.

—Buenos días —saludó Cloe, que en aquel momento llegaba, con la intención de ayudar en lo que pudiera—. Felicidades, Ruth —dijo, mientras besaba su mejilla con cariño.

—Gracias, cielo —agradeció la mujer, acariciando su mejilla—. ¿Qué haces aquí tan pronto? —le preguntó curiosa.

—Quería ayudar.

—Una mano más siempre es bien recibida —indicó Emily—. Por aquí todo parece controlado —dijo, señalando a Hayden y Daniela—. Ve a ver si Ridley necesita algo, está en la parte de atrás, preparando la barbacoa. En la nevera está la carne.

Cloe sonrió forzosamente. Le hubiera gustado negarse, porque a pesar de que había firmado la paz con él, se sentía incómoda en su presencia.

—Claro, sin problema —dijo a su pesar.

Entró en la cocina y buscó lo que Emily le había indicado. Y cargada con una de las bandejas de carne, salió por la puerta trasera con esfuerzo. Encontró a Ridley junto a una gran barbacoa, colocando leña en su interior para encender el fuego. A su lado había una mesa donde Cloe dejó la pesada carga.

—Hola, traigo la carne —comentó la joven con voz alegre.

Ridley fijó unos segundos su mirada en ella. Estaba preciosa, y al ver el rumbo que tomaban sus pensamientos volvió a centrar su atención en la tarea que estaba realizando.

—Gracias —dijo escuetamente, mientras colocaba una pastilla acelerante y la prendía.

—¿Te puedo ayudar? —preguntó Cloe tímidamente.

Ridley dudó, no deseaba tenerla demasiado cerca, pero tampoco quería ser descortés.

—Podrías sazonar la carne —le indicó, señalando los tarros de especias situados en la mesa.

—¡Claro! —dijo Cloe, feliz de tener las manos ocupadas.

Durante varios minutos, ambos trabajaron en silencio. Hasta que Cloe se atrevió a entablar conversación.

—Tu abuela no parece muy ilusionada con la fiesta —dijo, a modo de comentario.

Ridley ladeó su rostro y observó a Cloe, que removía la carne que previamente había sazonado con sus manos. En un gesto casual, la joven se rascó la nariz con el antebrazo, antes de apartarse para estornudar, por efecto de la pimienta. Sin poder evitarlo, una sonrisa se dibujó en sus labios.

—No le gusta hacerse mayor. Pero sé que en el fondo le encanta que todos estemos pendientes de ella.

—Os envidio —dijo Cloe, para arrepentirse al instante. No quería mostrar sus sentimientos más íntimos ante él.

Sus palabras sorprendieron a Ridley, que quiso descubrir el porqué.

—¿Y eso?

«Eres una bocazas», se recriminó a sí misma molesta.

—No es nada —mintió.

—Por favor, cuéntamelo —le rogó Ridley, sorprendiéndola.

—Está bien. —Ella se rindió al escuchar su tono suave—. Envidio vuestra familia, lo que tenéis y cómo os queréis los unos a los otros.

—¿Tú no has tenido eso? —preguntó cautelosamente.

—No me quejo —confesó Cloe, sintiéndose culpable—. Mi madre siempre ha intentado darnos lo mejor, pero cuando mi padre se marchó, todo cambió. Blake, mi hermano, tampoco ayudó demasiado.

Ridley, al escuchar aquel nombre, torció el gesto, e intentó cambiar de tema.

—¿Va a venir el señor Wilson? —preguntó, descolocando a la joven,

que aún así respondió.

—Sí, he quedado en ir a buscarle en un rato.

—Ten cuidado con ese coche —dijo Ridley con cierta preocupación. Desde lo sucedido en el camino del rancho, no estaba muy convencido de que Cloe estuviera preparada para conducir en carreteras comarcales.

Cloe dejó de amasar la carne y frunció ligeramente el ceño.

—¡Oh, por favor! Solo fue un pequeño incidente. Ya me manejo mejor —se defendió, mientras limpiaba sus manos con un papel de cocina—. Iré a buscar el resto de la carne —concluyó, antes de caminar a grandes zancadas hacía la casa, demostrando así su malestar.

## Capítulo 21

Ruth, a pesar de lo que había protestado en los días anteriores, se sentía feliz con la reunión que le habían organizado. Era un grupo de veinte personas, una pequeña fiesta en comparación a las que se solían celebrar en el rancho antaño, pero Ruth no necesitaba a nadie más, estaba encantada de estar rodeada de la gente a la que amaba y necesitaba en su vida.

El señor Wilson conversaba animadamente con Emily, mientras Hayden intentaba convencer al dueño del hotel del pueblo para suministrarle la carne para su negocio. Por otra parte, Daniela y Cloe reían con alegría por algún comentario que había hecho el veterinario. Todos parecían felices, todos menos Ridley, que permanecía en una esquina, intentando pasar desapercibido. Le había extrañado que Michelle no estuviera allí, y dispuesta a averiguar lo que había sucedido, se acercó hasta él.

—¿Escondiéndote? —le preguntó, sobresaltando a su nieto.

—No, abuela —respondió Ridley.

—Pues lo parece. Por cierto, ¿dónde está Michelle? —investigó, comprobando cómo su nieto fruncía el ceño al oír sus palabras.

Ridley apretó la mandíbula inconscientemente, mientras se aferraba al vaso que sostenía entre sus dedos. Hacía varios días que había roto con Michelle, pero no había sido capaz de contarle a su familia lo sucedido. No podía ocultarlo eternamente, y ya que su abuela le estaba preguntando directamente, decidió decirle la verdad.

—Michelle y yo ya no estamos saliendo.

Ruth se quedó sorprendida ante la noticia. Había imaginado que la pareja quizás había discutido. No era la primera vez que sucedía, pero nunca hubiera pensado que la cosa era tan grave como para haber roto su relación. Preocupada, observó atentamente el rostro de su nieto, que permanecía con la vista fija en su vaso.

—Vaya, lo siento, cielo —dijo, mientras acariciaba su hombro.

—Abuela, los dos sabemos que Michelle nunca te gustó —replicó a la defensiva.

Ruth entendía que aún debía estar dolido por lo sucedido y no tuvo en cuenta sus palabras. Era verdad que nunca se había molestado en ocultar que la doctora no le gustaba demasiado, pero eso no quería decir que deseara que la relación entre ambos concluyera.

—No te voy a negar algo que es evidente, pero también sabes que nunca me he entrometido en tu vida personal, ni en la de tu hermana —añadió, recordando la complicidad que había descubierto entre Daniela y Hayden aquella misma mañana.

Ridley, tras escuchar las palabras de su abuela, se arrepintió al instante del modo en que le había hablado.

—Lo siento, abuela, tienes razón. Es solo que me siento frustrado, a pesar de que he sido yo el que he tomado la decisión.

—Ridley, no importa quién tomara esa decisión, si no que ambos podáis ser felices, aunque sea por separado.

—Sí, eso mismo pensaba yo. —No quería confesarle a su abuela que las dudas habían surgido a raíz de la llegada de su protegida.

—Bueno, debes pasar el luto emocional —dijo Ruth sabiamente—. Pero me gustaría que hoy lo aparques y disfrutes de la maravillosa fiesta que me habéis preparado. Diviértete, por favor —le rogó.

Ridley clavó su mirada en el rostro de su abuela y sonrió. La anciana tenía razón. No quería ser la nota discordante de la fiesta. Besó su mejilla y decidió que había llegado el momento de dar paso a la siguiente sorpresa que tenía preparada. Dirigió su mirada a Emily, que rápidamente se percató de su señal, y no tardó en acercarse a ellos.

—Ruth, por favor, ¿me ayudas en la cocina? —preguntó Emily amablemente, mientras guiñaba un ojo a Ridley.

—Claro, lo que necesites —repuso Ruth, mientras seguía a Emily, ajena a lo que se traían entre manos.

Ridley aprovechó la cobertura para ir hasta el granero, donde el grupo de música *country* esperaba. Hayden organizó a la gente para que los músicos pudieran colocarse en una esquina y cuando Ruth salió de la casa, comenzaron a tocar su canción preferida.

—¿Pero qué significa esto? —exclamó la anciana, mientras cubría sus mejillas con ambas manos e intentaba controlar las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos.

—¡Sorpresa! —exclamó Daniela, que en aquel momento rodeaba su cintura—. Pero hay más —añadió, mientras señalaba una mesa donde se apilaban los regalos.

—¿Queréis que me dé un soponcio con tanta emoción? —dijo Ruth, mientras se aproximaba a la mesa, aunque en el fondo estaba encantada.

—Abre primero este —solicitó Ridley, entregándole una caja de color

azul.

Ruth la aceptó, y dejándola nuevamente sobre la mesa, quitó la tapa para descubrir varios papeles de color blanco que apartó con cuidado para descubrir un juego de té que reconoció al instante.

—¡Dios santo! —exclamó, mientras cogía una de las tazas entre sus dedos, emocionada—. ¿Cómo lo habéis conseguido? —preguntó con voz estrangulada.

—El señor Wilson nos ayudó —respondió Daniela satisfecha.

—Me habéis hecho muy feliz.

Ruth abrazó a sus nietos con verdadera emoción, sin soltar la pequeña taza, que atesoraba entre sus dedos.

La fiesta se prolongó hasta la noche. El grupo de música amenizaba la fiesta y la gente bailaba a su son. Ridley no era muy amante del baile, pero observaba al grupo que lo hacía en perfecta sincronización. Sin poder evitarlo, su mirada se posó sobre Cloe, que estaba situada junto a su hermana. Su vestido amarillo estampado con mariposas multicolor se ajustaba perfectamente a sus curvas, pese a ser de un tejido ligero que llegaba hasta sus rodillas. Las botas de montar seguían los pasos del *country*, mientras reía desinhibida. Y su glorioso pelo rubio se movía sobre sus hombros.

Deseaba a esa mujer, ya no podía negarlo por más tiempo, pero estaba fuera de su alcance. Eran varios los muros que se erigían entre ambos, y el más alto de ellos era el hermano que compartían.

—Ridley, tengo que hablar contigo —le sorprendió la voz de Hayden, y al girar su rostro se encontró con las facciones tensas de su amigo.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupado.

Hayden apretó la mandíbula, mientras recababa las agallas necesarias para contarle a Ridley su relación con Daniela. Tras su última conversación se había dado cuenta de que no podía seguir engañándolo.

—Tengo que confesarte algo que no sé si te va a gustar, pero no puedo ocultarlo por más tiempo.

—Desembucha —replicó Ridley.

—Estoy enamorado de Daniela —dijo, y antes de que la valentía le abandonara concluyó lo que llevaba tiempo mortificándole—. Y hace unas semanas que estamos saliendo juntos. —Ya estaba dicho, pensó mientras expulsaba una bocanada de aire.

Ridley clavó su mirada intensamente en el rostro su amigo, incapaz de

pronunciar palabra. En otro momento, en otras circunstancias, habría explotado como una olla a presión. Pero en aquel momento, en el que empezaba a darse cuenta de lo que sentía por Cloe, no se veía capacitado para juzgar a Hayden. Si lo pensaba bien, hasta se alegraba, ya que de ese modo podía estar tranquilo respecto a Daniela, porque sabía que el corazón de su hermana estaba en buenas manos.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Hayden, mientras se masajeaba la nuca nerviosamente.

Ridley disfrutó de su estado, pero finalmente dejó que una radiante sonrisa se dibujara en sus labios antes de responder.

—Pues que me alegro mucho por vosotros. Pero te deseo suerte cuando mi abuela se entere, porque supongo que ella no sabe nada.

Hayden no salía de su asombro.

—¿Es en serio? —preguntó inseguro.

—Por supuesto. ¿Quién soy yo para juzgaros?

—Gracias, amigo —replicó Hayden con emoción, mientras se abrazaban efusivamente.

—Y ahora disfruta de la fiesta —le ordenó Ridley a su amigo, esperando que le dejara solo.

Hayden no se movió del sitio, y clavó su mirada en él. En los últimos tiempos estaba demasiado raro, y la confirmación la tenía con su aceptación de su relación con Daniela. Algo le pasaba a Ridley, y descubrir la mirada que le dedicó a Cloe, se lo confirmó.

—Te gusta mucho, ¿verdad?

Ridley se giró y observó a su compañero. Pensaba que ya se habría marchado, pero permanecía a su lado.

—¿De qué estás hablando? —fingió, aunque sabía que no serviría de mucho.

—No soy estúpido. Te gusta más de lo que eres capaz de asumir. ¿Es por eso por lo que no has invitado a Michelle? —le interrogó.

—Michelle y yo lo hemos dejado —dijo Ridley con naturalidad. Hayden era su mejor amigo, no tenía mucho sentido ocultarle algo que después de todo, terminaría sabiéndose.

—¿Qué? —boqueó Hayden incrédulo—. ¿Y cómo no me has dicho nada antes? —le reprochó.

—Hace apenas unos días, y no era algo que tuviera planeado —dijo Ridley con malestar.

Hayden achicó los ojos. Estaba claro que lo que Ridley sentía por Cloe era algo más que una atracción, pero conociéndole y sabiendo que le gustaba controlar hasta el último detalle, imaginó que se sentía confuso por sus propios impulsos hacia la joven.

—Bueno, date tiempo y deja la cosa fluir —le aconsejó.

## Capítulo 22

Ridley se había levantado temprano. Aquel sábado había una importante feria de ganado a las afueras de San Antonio y había decidido ir para ver si encontraba un buen semental para cubrir a las yeguas que había comprado en Dallas. Hacía tiempo que llevaba pensando en abrir una nueva línea de negocio con la venta de buenos caballos, a parte de la cría de ganado vacuno. Estaba acoplando el remolque a su furgoneta, por si conseguía un buen ejemplar, cuando una voz a su espalda le sobresaltó.

—Buenos días —saludó Cloe amigablemente.

Ridley se giró y observó a la joven, que iba cubierta con un sencillo vestido color verde, de estampado floreado, y unas botas de montar. Su cabello, normalmente recogido en una coleta alta, en aquel momento se movía libremente sobre sus hombros, ligeramente húmedo en las puntas. Una ligera brisa llevó hasta sus fosas nasales el olor a regaliz de su pelo, dejando claro que acababa de salir de la ducha. Molesto consigo mismo, giró su rostro y siguió con su tarea, hablando por encima de su hombro para evitar su olor.

—Buenos días —la saludó—. ¿Qué haces despierta tan pronto?

—Verás —comenzó la joven tímidamente, mientras enlazaba sus manos por detrás de su espalda—, ayer Daniela me comentó que pensabas ir a una feria de ganado en San Antonio, y me preguntaba si no te importaría que fuera contigo —preguntó con nerviosismo.

Ridley se sorprendió al oírla. Clavó nuevamente su mirada en Cloe, cuya postura tímida hizo que su corazón latiera un poco más deprisa.

—¿Y se puede saber qué se te ha perdido a ti en una feria de ganado?

Cloe se mordió el labio inferior antes de responder. Sabía que había sido un gran atrevimiento pedirle que la llevara, pero quería dar una sorpresa al señor Wilson. Y para ello tenía que conseguir que Ridley la llevara al lugar donde había quedado con el señor Jefferson, un viejo amigo de su jefe, para conseguir el objeto que el anciano necesitaba para completar su colección personal.

—En la feria nada, pero he quedado con alguien cerca del recinto.

Sin saber por qué, Ridley sintió que su cuerpo se tensaba. No quería ni podía admitir que eran celos. A su pesar, preguntó.

—¿Con quién?

—Con un amigo del señor Wilson, tiene una pieza que completa su

colección. Él es un buen hombre y se ha portado muy bien conmigo y me gustaría sorprenderle —confesó.

Ridley notó cómo su cuerpo se relajaba. Aunque sabía que no era una buena idea, no podía negarse. El señor Wilson, a pesar de ser algo raro, le caía bien. Tras echar un último vistazo al anclaje, se incorporó y abrió la puerta de la furgoneta.

—De acuerdo, sube —la invitó.

Cloe no se lo podía creer, Ridley había aceptado. Sabía que su relación era simplemente amigable desde el beso que compartieron en el granero, pero había aceptado hacerle un gran favor. Resuelta, rodeó el vehículo y ocupó el asiento del acompañante y cerró la puerta.

Durante largos minutos se mantuvieron en silencio, solo acompañados por el sonido de la radio, de donde salía una melodía suave. Ridley no apartaba la mirada de la carretera mientras manipulaba la palanca de cambios.

—Y bueno... —comenzó Cloe, intentando entablar una conversación, cansada del silencio que mantenían—, ¿qué vas a comprar en la feria, un toro? —preguntó interesada.

—No, quiero un buen caballo purasangre.

Cloe suspiró pesadamente, nostálgica.

—Recuerdo cuando mi padre me enseñó a montar.

—¿Tu padre era ranchero? —preguntó Ridley sorprendido.

—No, trabajaba eventualmente en ranchos, hasta que finalmente mi madre se sacó el título de enfermería y acabamos viviendo en la ciudad. No le gustaba demasiado estar encerrado en un piso —recordó con tristeza.

—¿Cuántos años hace que no montas? —preguntó Ridley curioso.

—Desde que tenía seis años.

—¿Y tu padre? —preguntó sin poderse contenerse, pero de inmediato se autocensuró. «Mierda, no tenía que haber dicho nada». Era un puto cotilla, y por la expresión que mostraba el rostro de la joven, que observó por el rabillo del ojo, había metido el dedo en una llaga que parecía aún abierta.

—Nos abandonó cuando yo tenía ocho años. Simplemente un día se fue a trabajar y no volvió, ni esa tarde ni nunca —respondió Cloe, girando su rostro y dirigiendo su mirada hacia el paisaje a través del cristal. No quería mostrarle a Ridley lo que el abandono de su padre había supuesto para ella.

De haber podido, Ridley se hubiera pateado el culo por haber sido tan inoportuno con su pregunta. Estaba claro que no debía ser fácil aceptar que

un padre había preferido largarse, sin importarle lo que dejaba atrás o el futuro de una pequeña que debió idolatrarle.

Después de eso el silencio se instauró entre ambos, y les acompañó hasta que llegaron a San Antonio, donde dejó a la joven en la dirección que le había indicado. Esperó pacientemente durante aproximadamente una hora, y cuando la vio salir cargada con una caja marrón respiró aliviado, ya que se le estaba haciendo tarde para ir a la feria. No quería que los mejores ejemplares desaparecieran antes de poder optar a uno de ellos.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó cuando ella entró en el vehículo, después de dejar la caja en la parte trasera.

—Sí, he conseguido la pieza, aunque ha sido difícil negociar el precio —se lamentó Cloe, que había gastado los pocos ahorros que le quedaban en conseguir una fina figura de porcelana.

—¿No te habrá estafado? —preguntó Ridley preocupado, mientras cogía la desviación hacia el norte.

Cloe giró su rostro y clavó su mirada en su perfil, sorprendida por su preocupación. Sin ser consciente de ello, sonrió.

—No, claro que no, es una pieza única del siglo pasado. No tiene precio.

—Yo no entiendo de eso —dijo Ridley con sinceridad.

—Ni yo de vacas —replicó Cloe con humor—. Quizás podamos intercambiar información —concluyó antes de reír.

Ridley sonrió al escuchar sus palabras, agradeciendo que la tensión vivida anteriormente se hubiera esfumado. Aunque no lo quisiera admitir, le gustaba Cloe, su compañía y su risa, que en aquel momento se propagaba por la cabina del vehículo. Era la primera vez que la veía reír y a su pesar era un sonido que quería escuchar a menudo.

Varias horas después regresaban al rancho. A pesar de que no había logrado comprar ningún ejemplar purasangre, Ridley no se sentía frustrado, como habría sido de esperar. Había pasado un día fantástico en compañía de Cloe, aunque no quisiera admitirlo. Se había divertido con sus ocurrencias e incluso se había reído en alguna que otra ocasión, cosa poco habitual en él.

Estaban a pocas millas de casa cuando la furgoneta dio un bandazo y Ridley tuvo que girar el volante con virulencia para poder apartarse a la cuneta. Cloe, que iba medio dormida tras un día intenso, se despertó con sobresalto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó preocupada.

—Si no me equivoco, creo que hemos pinchado —dijo Ridley mientras se quitaba el cinturón de seguridad para bajar a comprobar la situación.

Cloe bajó a su vez y le siguió hasta la parte trasera, donde descubrieron que las sospechas de Ridley eran correctas.

—¡Maldita sea, no llevó rueda de repuesto! —exclamó molesto mientras daba una patada al neumático.

—¿Y eso? —preguntó Cloe sorprendida, Ridley parecía un hombre muy organizado como para quedarse sin el recambio como marcaba la ley.

Ridley se frotó la nuca con los dedos, ofuscado por su error. Se le había pinchado esa misma rueda varios días antes y, cosa rara en él, se le había olvidado reponerla. Aunque no era de extrañar, últimamente no tenía la cabeza donde debía y esa era una de las consecuencias.

—Nada, que me estoy haciendo mayor y no me fijo en los detalles —respondió con humor. No quería confesarle la verdad, que desde que ella había llegado al rancho su mundo se había puesto patas arriba—. Bueno, no pasa nada, llamaré a la grúa.

Sacó el móvil del bolsillo trasero de sus *jeans* y marcó el número. En pocos segundos un operador le respondió y le prometió que en un par de horas estarían allí para cambiar la rueda. Al parecer, todas las grúas estaban atendiendo avisos en aquel momento. A los pocos segundos se cortó la llamada y Ridley volvió a guardar el teléfono en su bolsillo.

—Estarán aquí en un par de horas, están solventando otros avisos —informó a Cloe, que no pareció muy contenta con la noticia.

—¿Y mientras tanto? —preguntó la joven, mientras se abrazaba a sí misma y observaba a su alrededor. No le gustaba la oscuridad. La ponía muy nerviosa.

Ridley fue testigo de su cambio de actitud. Estaba claro que no estaba cómoda con la situación, por no hablar de que apenas habían comido unos canapés en la feria de ganado. Recordó entonces que habían pasado por un restaurante un poco antes de pinchar. Como mucho podía estar a medio kilómetro. Resuelto, cogió la mano de Cloe, que pareció sorprenderse y se dirigió al maletero, de donde cogió una linterna.

—¿A dónde vamos? —cuestionó Cloe cuando Ridley la guió al arcén.

—A comer algo, estoy hambriento.

—¿A dónde? —indagó, mientras su corazón latía aceleradamente al notar el calor de la mano masculina que aferraba la suya.

Ridley se detuvo y soltó los dedos de Cloe, las sensaciones que estaba causando su piel en su cuerpo eran demasiado inquietantes. Resuelto, enfocó con la linterna el lugar a donde se dirigían.

—¿Ves aquella luces al fondo? —Ella asintió—. Es un restaurante, hemos pasado por allí hace unos minutos. Venga, vamos, estamos a punto de llegar —la animó Ridley, empujando levemente la espalda femenina para colocarla delante de él.

Poco después llegaron al lugar iluminado por luces de neón. Ridley había esperado un restaurante más tranquilo, pero estaba claro que aquel lugar era algo más que un sitio donde comer. La música del interior llegaba hasta el parking.

Al entrar descubrieron que el local tenía una luz tenue y estaba dividido en dos zonas. Una donde se alineaban las mesas, junto a la barra y la otra donde había una pista de baile y algunos clientes bailaban al son de la música *country* que inundaba la sala.

—Bueno, pues esto es lo que hay —dijo Ridley, no demasiado convencido con el lugar. Había echado un vistazo a su alrededor y había descubierto a un grupo que jugaba al billar al fondo del lugar.

—Al menos la comida parece buena —replicó Cloe, mientras se sentaban en una de las mesas y ojeaba la carta, ajena a los pensamientos de Ridley —. Me recuerda a un sitio donde solía llevarme mi hermano cuando era pequeña —recordó con nostalgia.

—Pues tendremos que elegir, ¿qué me recomiendas?

Cloe se centró en el menú, y agudizó su mirada sobre las líneas mientras se mordía en labio inferior, concentrada en localizar algo especial para Ridley, que era incapaz de apartar la mirada de la mujer frente a sí.

«Es preciosa», pensó él, sin ser consciente de adónde le llevaban sus pensamientos. Para su desgracia, no podía evitar la atracción que sentía por Cloe y empezaba a preocuparse por la situación. «¿Pero qué demonios me pasa?», se preguntó molesto. Él no quería tener nada que ver con ella, pero parecía que Cloe se había metido muy dentro de su cabeza y era incapaz de expulsarla.

—Yo creo que las costillas a la barbacoa tienen buena pinta —dijo ella, elevando su mirada de la carta.

Cuando descubrió la intensa mirada de Ridley clavada en su rostro sintió que se quedaba sin respiración.

—Me... me parece buena opción —replicó Ridley, apartando la mirada

al verse descubierto por la joven, avergonzado por el escrutinio al que había sometido a Cloe—. ¿Y tú qué vas a pedir?

—Una hamburguesa con queso y patatas.

Ridley sonrió al escuchar su respuesta. No era una cena ligera, como solían pedir las mujeres con las que había salido. Era consistente y eso le hizo pensar que Cloe tenía un buen saque para estar tan delgada.

—¿Ya han decidido? —preguntó el camarero, con una libreta en su mano.

—Una ración de costillas, una hamburguesa con queso y patatas.

—¿Y de beber? —preguntó el hombre, mientras anotaba sin levantar la vista de la hoja donde garabateaba.

—Una Coronita y... —dijo Ridley, esperando que Cloe eligiera su bebida.

—Que sean dos —replicó la joven animada.

El pelirrojo clavó su mirada en el rostro de Cloe con sospecha, y la joven suspiró pesadamente antes de sacar la cartera del bolso.

—Soy mayor de edad —dijo fastidiada mientras plantaba su carnet delante del rostro del camarero.

Ridley no pudo evitar estallar en sonoras carcajadas ante lo sucedido, y ni siquiera cuando ella clavó su mirada en su rostro, ceñuda ante su reacción, fue capaz de dejar de reír.

—No tiene gracia —le rebatió Cloe molesta cuando el camarero se hubo alejado—. Estoy cansada de que la gente crea que soy una niña. Tengo veintitrés años —concluyó frustrada.

—¡Oh, claro, toda una mujer! —replicó Ridley con humor.

Cloe apretó los dientes, enfurruñada. Él se lo tomaba con humor, pero a ella no le hacía ni pizca de gracia. Impotente, solo se le ocurrió coger la servilleta que había dejado el camarero a su lado y lanzársela a la cara.

—¡Eres un estúpido! —exclamó, más enfadada aún cuando el atrapó la tela entre sus dedos y se tapo parcialmente el rostro para que ella no viera que seguía riéndose.

Ridley estaba disfrutando del rostro sulfurado de Cloe y de sus intensos ojos azules, avivados por las llamas de la ira. Pero no quería fastidiarle la cena y a regañadientes se disculpó.

—Firmemos la paz —dijo, dejando la servilleta sobre la mesa y elevando sus manos sobre su cabeza en señal de rendición—. Perdóname.

Cloe frunció el ceño, poco convencida de sus palabras, pero finalmente

las aceptó a regañadientes.

—Está bien.

Durante la cena compartieron una agradable conversación mientras saboreaban la comida que les habían servido. Ridley descubrió que Cloe era una caja de sorpresas y, en más de una ocasión se sorprendió riendo a mandíbula batiente con alguna de las anécdotas de la joven. Incluso se apenó cuando los platos acabaron vacíos y observó su reloj para comprobar que faltaba media hora para que la grúa llegara a lugar donde habían dejado el coche.

Cuando vio al camarero acercarse le pidió la cuenta y aprovechó que Cloe estaba observando la pista de baile para estudiar su perfil. Se sobresaltó cuando ella se giró y con el rostro resplandeciente le propuso algo impensable.

—¿Por qué no bailamos? —dijo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Ridley. Ella, en cambio, parecía estar disfrutando de la situación.

—¿Bailar? —repitió Ridley sintiendo estúpido.

—Mover el cuerpo y las extremidades con ritmo siguiendo el compás de la música —definió Cloe con humor, mientras abandonaba su asiento y cogía la mano masculina para intentar arrastrarle tras ella.

Ridley se dejó guiar a la pista, a pesar de que sabía que su cuerpo no sería capaz de realizar la proeza de seguir el ritmo de las notas musicales. En pocas ocasiones había intentado bailar, la última con Michelle, y había sido un completo desastre.

—Cloe, no creo que sea buena idea —protestó cuando llegaron bajo los focos que iluminaban el suelo de madera.

—Oh, vamos, no seas cobarde —le replicó Cloe, mientras seguía los pasos que realizaban el resto—. No es difícil, yo te enseñare.

Poco a poco, y con la ayuda de Cloe, Ridley empezó a seguir los pasos. Se sentía estremecer cada vez que ella rozaba su cuerpo con sus manos para guiarle. Y como si se hubiera producido un milagro comenzó a disfrutar del momento, dejándose llevar por la efusividad de la mujer que tenía a su lado y le sonreía mientras un mechón de su cabello rubio acariciaba su rostro por el movimiento.

## Capítulo 23

Ridley entró en el garaje, contento ante la perspectiva de cerrar el trato con el dueño del hotel. La verdad era que Hayden tenía mucha labia y había conseguido lo impensable: que Crawford estuviera dispuesto a firmar. Estaba a punto de llegar al vehículo cuando el sonido de agua cayendo a chorro llamó su atención. Buscó el lugar de donde provenía el ruido y no tardó en localizarlo al fondo de la nave. «Mierda», pensó al percatarse que era una fuga proveniente del apartamento situado en la parte superior. Resuelto, se dirigió a la llave de paso y cortó el agua.

Subió las escaleras de dos en dos y llamó a la puerta, pero al no recibir respuesta, sacó la llave que tenía en su llavero y abrió, pensando que Cloe no estaba en casa. Se dirigía a la cocina, de donde estaba seguro que provenía la fuga, cuando unos sollozos llamaron su atención.

Se acercó hasta el sofá y presenció una escena que le dejó helado. Cloe permanecía acurrucada en el sofá, con el rostro oculto en un cojín. Durante unos segundos, Ridley dudó sobre cómo proceder. Su llanto angustioso oprimió su pecho y al final, con cierta torpeza, se arrodilló a su lado y colocó su mano sobre su espalda.

—Cloe —la llamó a media voz, pero ella no se había percatado de su presencia—. Cloe —insistió, hasta que ella se giró y clavó su mirada en su rostro. Sus ojos estaban enrojecidos y su labio temblaba de forma evidente—. ¿Qué sucede? —preguntó preocupado.

—Nada —respondió ella hipando, mientras volvía a enterrar su rostro entre los cojines. No quería ver a nadie, y menos a Ridley.

—Estás mintiendo —le rebatió él, mientras la obligaba a girarse.

Cloe se sintió molesta por su insistencia.

—¿Y a ti qué te importa? —dijo con ira, la que sentía ante la vida.

Ridley no entendía su comportamiento. Algo muy grave tenía que suceder para que se mostrara tan agresiva contra él. Decidió que no se iría de allí hasta descubrir lo que le ocurría.

—Al contrario de lo que puedas pensar, me importa —respondió, sorprendiendo a Cloe que se giró nuevamente y clavó su mirada en su rostro.

—No puedo creerte —dijo ella con sinceridad.

Ridley se sentó junto al sofá, sobre el suelo, y acarició su mejilla con ternura.

—Por favor, confía en mí —le rogó, con sus ojos clavados en los de la

joven.

—¿Cómo puedes pedirme eso? —le rebatió, aunque no era inmune a la cercanía de aquel hombre.

—Porque ya eres parte del rancho, y yo soy el dueño y señor del mismo, como tú siempre dices —dijo con cierto humor—. Por favor —volvió a rogarle.

Cloe achicó sus ojos y los clavó en el rostro masculino. Podía ver sinceridad en su mirada gris. No estaba segura de querer contarle lo que realmente le sucedía, pero no podía negar que aquel día, grabado a fuego en el calendario, la estaba destrozando y necesitaba un hombro en el que apoyarse.

—Hoy se cumple un año de la muerte de mi madre —confesó, notando que un nuevo nudo se formaba en su garganta—. El cáncer se la llevó —añadió, volviendo a derrumbarse.

Ridley se sintió impactado por sus palabras. Sabía que la madre de Cloe había fallecido, pero nunca pensó que hiciera tan poco tiempo. «Cáncer», la palabra se repitió una y otra vez en su cabeza, transportándole a un pasado demasiado doloroso.

Conocía bien esa enfermedad, que volvía a su vida como un fantasma. Todo el dolor que vivió junto a su padre volvió a estrujar su corazón. Al girar su rostro y ver el sufrimiento que atenazaba a la joven no pudo evitar situarse a su lado y sentarla sobre sus rodillas antes envolverla entre sus brazos.

—Shhh, cielo, debes tranquilizarte —susurró junto a su oído, mientras acariciaba su espalda con su mano.

—¡No puedo! —dijo Cloe, con el rostro pegado a su camisa—. ¡Quiero que regrese, la necesito! —exclamó, mientras su llanto se incrementaba.

Ridley era incapaz de no empatizar ante aquella situación. Un hondo dolor atravesó su pecho y en un acto reflejo besó su cabello con dulzura, mientras la abrazaba fuertemente contra su pecho.

—Lo sé, pero sabes que eso es imposible. Te prometo que con el paso del tiempo dolerá menos —le aseguró.

La joven, al escuchar sus palabras, se separó de su pecho y clavó su mirada en su rostro con intensidad. Estaba furiosa y dolida con el mundo y necesitaba desahogo. Y sin importarle las consecuencias, arremetió contra él.

—No necesito tus frases hechas, ¿tú qué sabes cómo me siento?

En otro momento, en otras circunstancias, Ridley hubiera mandado al cuerno a Cloe, pero comprendía el dolor que la embargaba. Con delicadeza

cogió su rostro entre sus manos y limpió los restos de lágrimas con sus pulgares.

—Claro que lo sé, lo viví en carne propia con mi padre.

—¿Tu... padre? —preguntó confusa.

—Sí, yo tenía catorce años cuando le diagnosticaron cáncer.

Cloe no fue capaz de articular palabra tras su confesión, pero finalmente lo logró.

—Lo siento —dijo, y en verdad lo hacía, porque a pesar de que la enfermedad de su madre había sido dura, ella había sido lo suficientemente adulta para afrontar la situación. Imaginaba a Ridley, con apenas catorce años, asumiendo una situación tan difícil.

—Sé que estás enfadada, no con tu madre, sino con el mundo. Pero solo tienes una opción; ser fuerte y seguir adelante. ¿Me prometes que lo harás? —le solicitó, dibujando una triste sonrisa en sus labios, sin apartar su mirada de sus infinitos ojos azules.

—Sí, te lo prometo —susurro la joven, antes de perderse en sus iris grises.

No se resistió cuando él volvió a pegarla a su pecho y la acunó como si se tratara de una niña durante largos minutos, con la única intención de ofrecerle consuelo. Sabía que Ridley tenía razón, pero un peso extraño atenazaba su pecho. En aquel momento solo deseaba seguir llorando hasta que las lágrimas se agotasen, apoyada contra aquel ancho pecho, pero sabía que no se lo podía permitir.

Con esfuerzo se apartó unos centímetros del abrigo que le ofrecía aquel hombre, que era completamente opuesto al Ridley que siempre había conocido.

—¿Qué pasa? —preguntó él, que no deseaba apartarse de su calor.

—Te agradezco tu ayuda, pero creo que es mejor que te marches —dijo, intentando apartarse de su cuerpo, cosa que solo consiguió a medias.

—Lo siento, pero no puedo —confesó Ridley.

Cloe se sorprendió ante sus palabras. La intensa mirada de Ridley hizo que su corazón se acelerase y un misterioso calor comenzara a recorrer su piel.

—¿Qué? —preguntó confusa.

—Que no puedo apartarme de ti —confesó Ridley, mientras una sonrisa ladina surgía en sus labios.

«¿No puede apartarse de mí?», se repitió, confusa con sus palabras. Su

corazón incrementó aún más su ritmo al recordar el beso que habían compartido, el más espectacular de su vida.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó insegura.

—Que te quiero pegada a mi cuerpo, que quiero beber de tus labios y reír con tus ocurrencias porque me haces sentir vivo. No puedo mentirte.

Cloe quería creer en sus palabras, abandonarse a lo que le hacían sentir, pero recordar que tenía un compromiso con otra mujer la enfureció enormemente, y explotó con lo peor de su genio.

—¿Qué no quieres mentirme? —repitió, mientras sus ojos echaban chispas—. Pero sí mientes a tu novia, ¿verdad?, porque te recuerdo que tienes una.

Ridley sintió deseos de enviarla al infierno y besarla al mismo tiempo pero hizo un esfuerzo por controlarse. Entendía que se comportara así, después de todo, ella no sabía que su relación con Michelle había concluido una semana antes. A pesar del concepto que Cloe tenía de él, era un hombre honrado.

—Cielo —comenzó con voz melosa—, cuando comencé a salir con Michelle me sentí irremediamente atraído por ella. Pensé que era la mujer ideal para mí y que podríamos construir un futuro en común. Pero está claro que me equivoqué. Todo este tiempo me he estado engañando y, a ella también. He sido un completo imbécil. Nuestra relación acabó hace unos días —confesó, esperando la reacción de Cloe, que le miraba sorprendida.

Cloe estaba estupefacta ante sus palabras. El Ridley que tenía ante sí no era el mismo que había aporreado su puerta el día que le conoció. Le había confesado que la deseaba, y que había roto con su novia, pero aunque necesitaba con desesperación que volviera a besarla, no sabía adónde les llevaría aquello.

—¿Y por qué me cuentas a mí todo eso? —preguntó, ansiosa por obtener la respuesta deseada pero temiéndolo al mismo tiempo.

Ridley, que hasta el momento había permanecido perdido en sus propios pensamientos, giró su cabeza y clavó su mirada en el rostro femenino antes de contestar.

—Porque tú eres la responsable de todo.

—¿Qué? —boqueó Cloe incrédula.

Ridley sonrió al ver la expresión sorprendida de su rostro. Por primera vez en su vida se sentía en paz consigo mismo. Llevaba mucho tiempo mintiéndose a sí mismo respecto a muchas cosas, pero al fin se había

enfrentado a sus propios sentimientos. Había llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa.

—Desde que llegaste al rancho me negué a aceptarte, sobre todo porque me dabas miedo.

—¿Y por qué te iba a dar miedo yo? —cuestionó Cloe.

—Por lo que me haces sentir.

—¿Lo qué te hago sentir? —repitió tontamente.

—¿Quieres que sea más gráfico? —preguntó Ridley con una sonrisa genuina.

—Pues no estoy segura —dijo Cloe con sinceridad, antes de perderse en la profundidad de sus ojos grises.

No se resistió cuando él volvió a pegarla a su pecho y su rostro quedó a escasos centímetros del suyo. Sabía que iba a besarla, y a pesar de que su cabeza le gritaba que no era buena idea, que Ridley podía ser peligroso, estaba deseando que lo hiciera.

Ridley disfrutó de su boca, perdiéndose en su dulce sabor, mientras sus manos buscaban el calor de su piel. El primer beso que había compartido con Cloe había sido único, inolvidable, pero el que compartían ahora era pura pasión y estaba despertando su lado más salvaje. Su lengua buscó la de ella y la instó a elevar el ritmo de la danza en la que se sumergían, mientras la instaba a recostarse en el sillón. Sus dedos se posaron sobre sus muslos y con necesidad comenzó a ascender por su piel para obligarla a abrir sus piernas y así poder colocarse entre ellas. No le importó que ella percibiera la dureza de su verga, que reposaba sobre su monte de Venus.

—Espera, vas demasiado deprisa —dijo Cloe, mientras intentaba apartarse tras notar su erección.

Ridley se sintió frustrado, deseaba fundirse con su cuerpo, recorrer cada centímetro de su piel, pero obedeció. Entendía que Cloe no estuviera preparada. Por Dios, si ni siquiera hacía unos minutos que le había confesado lo que sentía por ella, y ya quería llevársela a la cama. Ordenó a su cuerpo serenarse, y pintó una sonrisa en sus labios antes de hablar.

—Por supuesto, deseo pasar tiempo contigo, conocerte —confesó Ridley con intensidad, cogiendo su mano para poder besarla—. Y te prometo que hasta que no estés preparada no llegaremos más allá de los besos.

Cloe se sintió reconfortada con sus palabras.

—Gracias —dijo con una sonrisa.

—¿Por qué no vienes a comer conmigo? —propuso Ridley—. Creo que

sería una buena forma de conocernos más, y que yo mantenga mis manos apartadas de ti —añadió con una sonrisa.

—¿Es una cita? —preguntó Cloe con humor, aún impresionada.

—Podría. Venga, ve a lavarte la cara y ponte guapa.

—Esta bien —aceptó, levantándose con nuevos bríos—. No tardaré mucho —prometió, mientras caminaba hasta el dormitorio—. ¡Dios santo! —exclamó al pasar junto a la pila de la cocina, que estaba desbordada. El grifo sobre el suelo encharcado, como si hubiera salido volando. Había estado tan sumida en el dolor, tirada sobre el sofá, que ni se había percatado del desastre que ahora contemplaba.

—Tranquila —dijo Ridley, que al oírla exclamar se había acercado hasta ella—, antes de subir corté el agua. Estaba lloviendo en el garaje. Está claro que la fontanería no es cosa para Hayden —añadió Ridley, intentando quitar hierro al asunto.

Cloe le observaba estupefacta. Se había armado una buena, y Ridley se estaba tomando la situación con humor. «¿Humor? ¿Él? Esto sí que es surrealista». Hubiera jurado que aquel hombre no sabía lo que era sonreír, y en aquel momento estaba bromeando. «Quizás le he juzgado mal... aunque él tampoco me ha dado la oportunidad de conocerle, solo me gritaba y me miraba como si tuviera la peste. Quizás ahora las cosas puedan ser distintas...»

—Anda, prepárate. Yo limpiaré esto —se ofreció Ridley, mientras buscaba la fregona con la mirada.

Cloe solo se movió cuando él empujó ligeramente su espalda, obligándola a dirigirse al dormitorio.

## Capítulo 24

Ruth dejó el álbum que había estado contemplando sobre una mesa. A veces le gustaba perderse en los recuerdos, en el pasado, sobre todo cuando se sentía melancólica, como en aquel momento, después de la celebración de su cumpleaños.

Sabía que era afortunada por su buena salud y la familia que tenía, pero había varios asuntos que quería zanjar antes de que el Todopoderoso la llevara a su lado. Entre ellos, la relación que parecía haber surgido entre su nieta y el capataz. No tenía nada en contra de Hayden, era un hombre trabajador y honrado, pero si de verdad quería formar parte de la vida de su nieta tenía que al menos pedirle su consentimiento. Sabía que lo que pretendía era arcaico en los tiempos que corrían, pero no lo podía evitar. Por ese mismo motivo había invitado a cenar a Emily y a su hijo aquella noche.

Se levantó del sillón junto a la ventana y se asomó a la misma. Le gustaba ver cómo el sol se ocultaba en el horizonte, pero su mirada se vio atraída por la furgoneta de Ridley, que llegaba en aquel momento. Cual no fue su sorpresa al ver cómo giraba alrededor del vehículo para abrir la puerta del acompañante, y del asiento descendía Cloe, ayudada por su nieto. No le pasó desapercibida la delicadeza con la que trataba a la joven, ni su mano sobre su cintura mientras la acompañaba hasta las escaleras del apartamento. Pero lo que despejó todas sus dudas fue ver cómo él esperaba al pie de la escalera a que ella entrara en la casa, y los segundos que permaneció allí, sin apartar la mirada de la luz que iluminaba una de las ventanas. Parecía que los asuntos por resolver se le acumulaban, pensó, mientras se dirigía a la puerta para bajar al comedor.

Daniela estaba nerviosa, y no sabía por qué. Se cambió de vestido por segunda vez, observó su reflejo en el espejo y por fin se sintió satisfecha con su aspecto. Quería estar guapa para la cena y a su vez no quería llamar la atención de su abuela si se arreglaba demasiado. Aún no llegaba a comprender el motivo que había impulsado a la anciana a invitar a cenar a Hayden y a su madre. No era la primera vez, muchas navidades habían compartido mesa, pero en aquella ocasión algo le decía que había un motivo oculto, y eso no la dejaba tranquila. Dio un rápido cepillado a su cabellera negra y salió por la puerta de su dormitorio en dirección al comedor, donde todos estaban ya sentados. Sin poder evitarlo, echó una rápida mirada a

Hayden, que parecía cohibido.

—Siento el retraso —se disculpó, mientras se sentaba en la silla que había quedado vacía.

—No te preocupes, Daniela —expresó Emily con una sonrisa—, acabo de servir.

—Gracias, Emily —replicó la joven, mientras colocaba la servilleta sobre sus rodillas—. ¿Y Cloe? —preguntó.

—La he invitado —respondió Ruth, sin apartar la mirada de su nieto, que permanecía con la cabeza gacha—, pero no ha querido venir. Según me ha dicho, tenía trabajo que pasar al ordenador. — Ruth sospechaba que había sido una excusa, llevaba unos días un tanto huidiza con ella y creía haber descubierto el motivo.

La cena transcurrió con normalidad, amenizada con una agradable charla entre los comensales, al fin y al cabo eran como una pequeña familia donde todos se conocían demasiado bien. En un momento dado, Hayden se enfrascó en una conversación con Ridley sobre el rancho, mientras las mujeres se miraban con aburrimiento.

Fue durante el postre, un delicioso pastel de limón, cuando Ruth se decidió a soltar la bomba que tenía preparada.

—Hayden, ¿cuándo pensabas contarnos que estás enamorado de Daniela? — preguntó a bocajarro. El joven elevó su vista del plato y la clavó en la anciana. Sintió que un nudo se formaba en su garganta, que le costó tragar al ver la intensa mirada que le dirigió su madre, sorprendida por la pregunta de la señora Harper.

El silencio lo envolvió todo, nadie parecía ser capaz de hablar.

—¿Y bien? —insistió Ruth, atenta a la reacción de los jóvenes.

Daniela sintió que el rubor ascendía por sus mejillas. Nunca hubiera esperado que su abuela hiciera eso, y temió que Hayden se enfadara por su actitud. No podía permanecer callada, y levantándose de la silla habló.

—¡Abuela! —exclamó exaltada—. ¿Qué estás haciendo?

Hayden leyó en el rostro de la anciana lo que buscaba, y cogiendo el brazo de Daniela, situada a su lado, la obligó a sentarse. Agradeció que su madre, que normalmente era muy parlanchina, se hubiera quedado sin palabras.

—Sí, señora Harper, estoy enamorado de su nieta, y quiero que sepa que tengo buenas intenciones.

—¿Y cuándo pensabais contármelo? —preguntó a su nieta.

—Lo siento, abuela, pero apenas hace unas semanas que hemos... definido nuestros sentimientos —confesó.

—Bien, me alegra saberlo.

—A mí no me vas a contentar tan fácilmente —dijo Emily, dirigiéndose a su hijo con el ceño fruncido.

Daniela comprendía el enfado de la mujer y abandonando su silla se dirigió hasta ella y la abrazó con amor.

—Emily, por favor, no te enfades —le rogó, mientras besaba sonoramente su mejilla—. Sabes que para mí eres como una madre. No era fácil decirlo a todos lo que sentimos. ¿No te alegras?

—Claro —replicó la mujer, y en verdad se alegraba, simplemente había sido una sorpresa que no esperaba—. Solo necesito un poco de tiempo para asumirlo —dijo más calmada—. Y ahora ayúdame a traer unas copas y el *champagne* para que podamos brindar por la buena nueva —añadió antes de levantarse y coger a la joven por la cintura—. Hayden, ven a ayudar, no llego a los armarios de arriba —indicó, antes de dirigirse a la cocina acompañada por la pareja.

Ridley aprovechó el momento a solas para hablar con su abuela.

—Abuela, ¿no crees que te has pasado? —le reprochó.

Ruth clavó su mirada en el rostro de su nieto y sonrió enigmáticamente antes de responder a su pregunta.

—Puede ser, pero... cuando las barbas de tu vecino veas cortar, pon las tuyas a remojar.

—¿Qué quieres decirme con eso? —preguntó Ridley confuso.

—Que estás tardando en contarme qué sucede entre Cloe y tú —expuso directa, disfrutando de la expresión del rostro de su nieto.

Ridley se había quedado noqueado al escuchar las palabras de su abuela. Parecía que tenía un sexto sentido respecto a los sentimientos.

—No lo voy a negar, algo hay —dijo, dispuesto a ser sincero, no tenía sentido mentir.

—Entonces, ¿estás enamorado de ella?

La pregunta que le hacía su abuela era difícil de responder. Había meditado largo y tendido sobre ello y al fin estaba seguro de lo que sentía.

—Sí, lo estoy —dijo con seguridad.

Ruth había temido que Ridley le diera esa respuesta, porque amar a aquella joven solo traería problemas.

—¿Qué pasará cuando se entere Blake? —preguntó Ruth inquieta.

Ridley entendía la preocupación de su abuela respecto al asunto. Asumir que amaba a Cloe suponía que tendría que enfrentarse a su relación con su hermano y su posible reacción cuando se enterase.

—No lo sé, abuela —dijo con sinceridad—, pero te aseguro que merece la pena correr el riesgo.

—¿Y cómo crees que reaccionará Cloe cuando se entere de todo? —preguntó Ruth con la angustia en la voz.

—Tampoco lo sé —respondió con abatimiento—, pero ya le he entregado mi corazón —confesó—. Afrontaré el problema cuando surja.

Ruth suspiró inquieta.

—Hijo mío, entiendo tu desazón, pero no puedes posponer más el momento de contarle la verdad. El verano se acaba, y en menos de lo que te piensas, Blake habrá regresado para llevársela.

Las palabras de su abuela, aunque bienintencionadas, lograron que su pecho se oprimiera hasta casi dejarle sin aliento. Sabía que tenía razón y a pesar de que había intentado no pensar en ello, el tiempo corría en su contra. Todavía estaba asumiendo que la amaba y ya sentía el temor de perderla.

—Lo sé, abuela, buscaré el momento. —Pero lo cierto era que deseaba no tener que mantener esa conversación con Cloe.

Ruth sintió que su corazón se encogía al ver el rostro severo y trágico de su nieto, pero la llegada de Emily y la pareja le impidió seguir con la conversación. Brindaron alegremente, pero aunque compartía su felicidad, Ruth no podía sentir pleno su corazón hasta saber lo que sucedería con Ridley y Cloe.

\*\*\*

Daniela salió al porche tras recoger la cocina. Le había costado un mundo convencer a Emily de que ella se encargaría de la tarea, que aquella noche era una invitada. Se había sentido apenada de no poder hablar con Hayden después de lo sucedido, y vio cómo él y su madre caminaban agarrados del brazo en dirección a su casa desde la ventana de la cocina.

Había sido una noche movidita, pero se sentía feliz por lo sucedido. No podía creer que su abuela hubiera aceptado tan bien su relación y no llegaba a comprender el comportamiento de su hermano. Hubiera esperado que se pusiera como un loco, e incluso había temido que se enzarzara en una pelea con Hayden, conociendo su genio, pero no había sido así.

Estaba sentada en el balancín, su lugar favorito, y con un pie lo movió para mecerse mientras observaba el cielo estrellado. Sabía que cuando fuera a la universidad no podría disfrutar de aquel espectáculo, ya que la luz de la ciudad universitaria apagaría el brillo de los astros. Eso le llevó a pensar en lo que la tenía en un sin vivir en los últimos días. Faltaban apenas unos días para su marcha y Hayden parecía reacio a hablar sobre el tema. Ella tampoco quería pensar en lo que pasaría con su relación entonces, pero tapar el sol con un dedo no servía de nada. Suspiró pesadamente y recostó su cabeza en el respaldo mientras cerraba sus ojos.

—¿Soñando conmigo? —preguntó la voz de Hayden, sobresaltando a la joven cuando se sentó junto a ella.

—Podría ser —replicó Daniela, mientras apoyaba la cabeza sobre su hombro.

—Tu abuela es una mujer llena de sorpresas —comentó, mientras estiraba sus piernas y las colocaba sobre la barandilla del porche para balancear a ambos.

—Siento mucho lo sucedido —dijo Daniela.

—¿Por qué? Es lo mejor que podía pasar. Tu abuela tenía razón, debimos hablar con ella mucho antes.

—Sí, en el fondo yo pienso lo mismo. Ahora soy feliz, tengo todo lo que podría desear —confesó, mientras colocaba la palma de su mano en el pecho masculino, justo sobre su corazón.

Hayden acarició su cabello. Le encantaba saber que ella era feliz, pero sabía que algo escondía. Cuando había llegado al porche la había encontrado pensativa. Y aunque para una noche habían sido demasiadas emociones, no pensaba dejar que la más mínima duda quedara pendiente entre ellos.

—Entonces, ¿qué es lo que atormenta tu cabecita? —preguntó.

Daniela se separó ligeramente de su cuerpo, de su calor, y clavó su mirada en su rostro. Hayden la conocía demasiado bien.

—No quiero irme —confesó.

—Pero debes hacerlo —dijo él, aunque le dolía pensar en aquella separación inevitable.

—¿Y si te enamoras de otra en mi ausencia? —verbalizó sus temores.

—Mi amor, no debes tener miedo. Te amo y nada ni nadie cambiará eso. Además, si no me he enamorado de otra estando tu aquí, ¿crees que en unos meses llegará una mujer que se te asemeje a Town Hope? —añadió con humor—. El que debe tener miedo soy yo. Tú te irás a la universidad y

cientos de chicos estarán revoloteando a tu alrededor —añadió con intensidad.

—Me da igual, les espantaré. Te quiero y no hay espacio para nadie más, Hayden. Te amo con todo mi corazón —aseguró, antes de colgarse de su cuello y besarle con ardor.

Hayden respondió a la caricia, ahondando en su boca, deseando más. Cuando su cuerpo comenzó a enardecerse no tuvo más remedio que separarse un poco de la tentación que ella suponía. Fuerzas renovadas le inundaron y no pudo evitar expresar lo que pensaba.

—Daniela, yo también te entregué el mío. No te preocupes, mi vida, cada fin de semana iré a verte, y tú vendrás en vacaciones. Podremos con ello, ¿vale? Nuestro amor será más fuerte que la distancia —dijo, antes de volver a besarla.

## Capítulo 25

Ridley acaba de terminar con sus tareas de la mañana y tras darse una ducha y ponerse ropa limpia, se dirigió al coche para recoger a Cloe en la tienda de antigüedades. Su intención era darle una sorpresa. Había decidido pasar parte de la tarde con ella y no pensaba renunciar a ese placer por nada.

Tras la conversación que había mantenido con su abuela el día anterior y una larga noche en vela, tenía al fin las cosas claras respecto a Cloe. Le había costado asumir que la amaba, que le había entregado su corazón el mismo día en el que su mirada se posó en su dulce rostro, pero ahora nada ni nadie le separaría de ella.

Era un paso sin retorno. Y aunque las dudas sobre sus sentimientos hacia la joven se habían disipado, aún quedaban cosas que debía afrontar, como el miedo a perderla. Sabía que la verdad que todos le ocultaban podía destruir aquella historia cuando apenas había comenzado. Pero antes de plantearse eso, debía descubrir los sentimientos de Cloe hacia su persona. Había llegado el momento de la verdad.

Aparcó frente a la tienda de antigüedades y con soltura subió las escaleras de dos en dos para entrar por la puerta, que permanecía abierta. Encontró a Cloe de espaldas, entretenida limpiando las piezas que reposaban sobre un escritorio de estilo Tudor. No quiso asustarla, por si algo valioso caía de sus dedos, y carraspeó sonoramente para llamar su atención.

Cloe se giró y le recibió con una sonrisa que iluminó su rostro.

—¡Ridley! —exclamó con voz cantarina—. ¿Qué haces aquí? —preguntó curiosa, mientras dejaba una fina figura de alabastro sobre la mesa para acercarse a él.

—Buenos días, princesa. Quería darte una sorpresa —dijo, mientras esperaba a que ella llegara a su altura para cogerla entre sus brazos y besarla.

Cloe se vio sorprendida por su efusividad, y a pesar de que no era el lugar más apropiado, se dejó llevar por la pasión y respondió a sus caricias con gusto. Sus lenguas se entrelazaron y comenzaron una danza que elevó la temperatura de sus cuerpos varios grados. Cuando las grandes manos masculinas atraparon su cintura y comenzaron a ascender, un pequeño jadeo escapó de sus labios. Temiendo que el señor Wilson los encontrara así, y con cierto esfuerzo, colocó sus manos sobre el pecho masculino y lo separó.

—¡Ridley, para! —susurró escandalizada—. Recuerda dónde estamos, y que el señor Wilson puede aparecer en cualquier momento.

Ridley sabía que tenía razón, y a regañadientes se apartó de su cuerpo, rompiendo el contacto del que tanto estaba disfrutando.

—Eres una aguafiestas —dijo, aunque una sonrisa adornaba sus labios—. ¿Has acabado? —preguntó, deseando salir de aquel lugar y tenerla para él solo.

Cloe elevó su mirada y la clavó en uno de los relojes colgados de la pared, justo a tiempo de ver posarse el minutero en el lugar adecuado.

—En este preciso instante —replicó con ilusión, mientras cogía su bolso y se acercaba a la sala adyacente—. Señor Wilson —llamó a su jefe, que parecía inmerso en un gran volumen que reposaba sobre el escritorio—, me voy a comer —le comentó—. ¿Cierro ya? —preguntó expectante.

El anciano levantó la vista hacia el rostro resplandeciente de la joven.

—Niña, cuánta prisa tienes hoy... —comentó curioso.

—Ridley ha venido a buscarme —dijo Cloe, notando cómo sus mejillas se teñían de rubor.

Wilson sonrió al escuchar sus palabras. Sabía por Ruth que aquellos dos estaban más que enamorados y se alegraba, sobre todo por Ridley, que desde que compartía tiempo con Cloe parecía más feliz.

—Tómame la tarde libre —le ofreció, disfrutando de la expresión sorprendida de la joven.

—Señor Wilson, no es necesario... —le rebatió Cloe.

—Claro que sí, te lo mereces, eres la mejor empleada que he tenido. Y ahora largo. —La echó con un gesto de mano, antes de volver a centrarse en su lectura.

Ridley, que había escuchado la conversación a cierta distancia, no dudó en coger la mano de Cloe y tirar de ella para ir a la puerta. El día mejoraba por momentos, pensó, ante la perspectiva de disfrutar de Cloe toda una tarde.

—¿Dónde vamos? —preguntó curiosa.

—He pensado en robar algo de la cocina de Emily —dijo, guiñándole un ojo—, y luego cogeremos unos caballos e iremos a un lugar que te va a encantar —concluyó, mientras la tomaba de la cintura y la instaba a bajar las escaleras.

A Cloe le pareció bien su plan, sobre lo único que tenía dudas era respecto a lo de montar a caballo. No lo hacía desde que era apenas una niña y no podía negar que sentía cierto temor.

—Todo me parece bien, pero... ¿podemos evitar lo del caballo? —preguntó mientras abría la puerta del coche.

Ridley, que ya se ponía el cinturón de seguridad, giró su rostro y clavó su mirada en Cloe, sorprendido por sus palabras.

—Pensé que sabías montar, ¿o es que te da miedo? —preguntó al percatarse de su rostro serio.

—Hace demasiado tiempo de aquello —dijo Cloe, mientras clavaba su mirada en la ventanilla para observar los árboles a su paso.

Ridley supo al instante que el asunto del caballo le había recordado a su infancia, a su padre, y hubiera pateado su propio trasero si hubiera podido. Pero ya no había marcha atrás. Solo quedaba una opción, salir adelante con la situación, crear un nuevo recuerdo que borrara otro doloroso. Estaba más que dispuesto a ser él quien hiciera que Cloe amara a los caballos tanto como él.

—Bueno, antes de eso tenemos que lograr saquear la despensa de Emily sin que se percate, y me vas a tener que ayudar —comentó, notando cómo la tensión del cuerpo femenino disminuía.

—Lo haré, pero antes me tendré que cambiar —protestó, mientras señalaba el vestido veraniego que llevaba puesto.

—Claro, cielo —dijo Ridley, intentando apartar su mirada de la tela que ella señalaba, sobre todo por cómo se ajustaba a su cuerpo.

Cloe tuvo que contener la risa, que pugnaba por salir de su garganta mientras conversaba con Emily. No estaba siendo fácil entretener a la cocinera, que cortaba verduras sobre la tabla de madera frente a sí, mientras Ridley entraba a hurtadillas en la despensa. Se sintió aliviada cuando poco después salió, cargado con una cesta de mimbre y le hizo un gesto para indicarle que la esperaba en el establo. Con cierta dificultad logró acabar la extraña conversación que había entablado con Emily, y salió de la cocina dejando a la mujer confusa.

Corrió a su apartamento y se cambió en tiempo récord antes de encontrarse con Ridley, que ajustaba la cincha trasera de la silla de montar que había colocado a una yegua mansa.

—Nunca vuelvas a pedirme que haga algo así —dijo Cloe, situándose a su espalda.

Ridley sonrió al escuchar sus palabras, pero al girarse para contestar su garganta se secó. Cloe llevaba el cabello revuelto, las mejillas sonrojadas, pero lo que de verdad le dejó sin aliento fue descubrir que llevaba aquella camisa de cuadros verdes y blancos que tanto le gustaba. Por no hablar de aquellos *jeans* azules que se ajustaban perfectamente a su piernas.

—¿Ridley? —le llamó Cloe confusa, al ver que no contestaba.

—¿Qué has dicho? —preguntó, sintiéndose un estúpido mientras masajeaba su nuca. Cloe tenía el poder de descolocarle con su simple presencia.

Cloe no pudo evitar reír ante su expresión cómica y tardó unos segundos en recuperar el habla.

—Da igual. Y bueno, ¿ahora qué? —preguntó, observando al cuadrúpedo con cierto recelo.

Ridley se acercó a ella, olvidando todo lo que tenía preparado y enlazó su cintura para acercarla a su cuerpo. Lo único que deseaba era besarla hasta dejarla sin sentido.

—Me encanta esa camisa —dijo, mientras recorría con un dedo el tejido —, es la que llevabas el primer día que te besé.

Cloe bajó su mirada y la clavó en los cuadros verdes de la tela. Su corazón comenzó a latir aceleradamente al elevar su rostro y clavar su mirada en sus ojos grises, unos pozos donde no le importaba ahogarse.

—No lo recordaba... —murmuró.

—Yo sí, y cada noche fantaseo con aquel beso con sabor a lluvia.

—¿Un beso con sabor a lluvia? —repitió Cloe a media voz.

—Sí, eso eres tú para mí. Llegaste a mi vida como una tormenta de verano, obligándome a despertar, enamorándome del sabor a lluvia de tus labios.

Cloe no daba crédito a sus palabras. «¿Ha utilizado la palabra amor?». No lo podía creer, aunque en el fondo de su ser deseara con toda su alma que Ridley sintiera algo por ella. Desde el minuto uno, Ridley no se coartó a la hora de demostrar que no la aceptaba, que la quería fuera de su rancho. Luego, y sin saber por qué, la besó, para después comportarse amablemente con ella, incluso llegando al punto de protegerla. Pero aquello eran palabras mayores y necesitaba asegurarse de que su mente imaginativa no la estaba engañando.

—Me ha parecido que hablabas de amor... —dijo cautelosa—. No juegues conmigo.

Ridley no pudo evitar sonreír al descubrir las dudas en su rostro.

—Sí, hablo de amor, porque eso es lo que siento por ti. No soy demasiado bueno con las palabras y para mí no ha sido fácil ponerle nombre a lo que me haces sentir. Mi corazón se acelera con solo oler tu aroma, una necesidad insaciable de estar contigo me consume y cada noche me duermo con tu rostro grabado en mi retina. No sé qué opinas tú, pero yo solo tengo

una definición para eso: amor.

Si Ridley no hubiera estado aferrando su cintura, lo más seguro es que Cloe hubiera acabado en el suelo, porque tras escuchar su confesión las piernas le fallaron y no le quedó más remedio que aferrarse a su cuello, enlazando sus dedos en su nuca. Ya no podía negarse a sí misma que ella sentía lo mismo por Ridley, y lo mínimo que podía hacer era ser tan sincera como él.

—Yo también te amo —confesó, sin poder añadir una sílaba más a su discurso porque él no tardó ni un segundo en atrapar sus labios en los propios, apoderándose de su boca con virulencia.

Ridley disfrutó de su sabor, de su calor, pero necesitaba más. Sus manos recorrían el cuerpo femenino con ansiedad y la respuesta de Cloe solo lograba avivar el fuego que ardía en su interior. Una parte de su cuerpo comenzó a engrosarse alarmantemente y tuvo que dejar escapar un gemido de dolor al notar la presión de sus apretados pantalones. Con dificultad, apartó a la joven de su cuerpo y rogó como nunca en su vida.

—Cloe, por favor, te necesito.

La aludida abrió los ojos, confusa, perdida en la marea de la pasión. Su ruego había llegado a lo más hondo de su ser. Comprendía lo que le pedía y el látigo de deseo que atravesó su espina dorsal la instó a dar el siguiente paso.

—Y yo a ti —replicó, disfrutando de la expresión del rostro masculino.

Ridley no perdió tiempo, la cogió entre sus brazos y alzó su cuerpo, dejando abandonado al caballo que se movía inquieto en medio del pasillo de establo. A grandes zancadas salió del edificio y subió al piso superior, sin importarle los posibles testigos.

Cerró la puerta de la entrada con una patada y entre los apasionados besos que compartían, ni siquiera supo cómo llegó hasta el dormitorio. Cuando estuvo allí tumbó a la joven sobre la cama y la estudió con detenimiento, dándole unos segundos a su corazón para que ralentizara sus latidos. Cloe permanecía en el medio del colchón, con la mirada fija en él, mientras en sus ojos danzaban las llamas de la pasión. Sus mejillas estaban sonrojadas y se podían adivinar sus pecas. Recordó entonces la ocasión en la que deseó contar cada una de ellas.

—¿Sabes que me vuelves loco? —preguntó Ridley con voz gutural, sentándose junto a ella.

—Y tú a mí —replicó Cloe con sinceridad, mientras se incorporaba

sobre la colcha para que sus rostros quedaran a la misma altura.

Ridley sonrió y sin añadir nada más comenzó a desabotonar la camisa de la joven, como tantas veces había hecho en sus sueños. Casi se quedó sin aliento al apartar la tela y descubrir un sencillo sujetador blanco.

—No sabes cuánto he deseado esto —dijo, antes de que su cabeza descendiera para poder besar la parte de su piel que ahora quedaba al descubierto, mientras sus manos tomaban su cintura para arrimarla más a sí y finalmente obligarla a recostarse—. Quiero más —dijo antes de dar un pequeño mordisco en su cuello.

—Eres un egoísta —dijo Cloe, mientras colocaba sus manos en su pecho para poder apartarlo—. Yo también tengo derecho, ¿cuándo te vas a desnudar? —preguntó, elevando una de sus perfectas cejas.

Una sonrisa ladina surgió en los labios masculinos al escuchar sus palabras. Se situó de rodillas sobre el colchón, aprisionando las caderas femeninas y comenzó a desabrochar su camisa con la mayor parsimonia, hasta dejar al descubierto su piel, tirando la prenda por los aires.

Cloe era incapaz de apartar sus ojos del pecho de Ridley, recorriendo cada músculo cincelado con su mirada. Sin poder contenerse elevó sus manos y recorrió la suavidad de su piel con sumo gusto, comprobando la firmeza de sus pectorales mientras Ridley cerraba los ojos para disfrutar de sus caricias.

Poco después, ambos acabaron desnudos, abrazados, mientras sus lenguas protagonizaban una lucha.

Ridley acarició cada centímetro de la piel de Cloe. Dejó de besar sus labios y descendió por su cuello hasta llegar a uno de sus pechos, donde jugueteó con su pezón hasta lograr endurecerlo, arrancando de la garganta femenina un prolongado gemido. Mientras, su otra mano descendió por el lateral de su cintura hasta llegar a la unión de sus piernas donde descubrió la humedad en sus pliegues. Su corazón comenzó a bombear fuertemente, mientras un pitido sordo atacó sus oídos, y a pesar de que se había prometido no precipitarse, y disfrutar sin prisas de Cloe, no pudo evitar situarse entre sus piernas y tantear con su masculinidad la entrada al cuerpo de la joven.

—Lo siento —susurró contra sus labios—, pero no puedo esperar más.

Cloe elevó su rostro y le dedicó una mirada que le dejó sin aliento.

—Yo tampoco puedo esperar más —dijo, mientras colocaba sus piernas alrededor de sus caderas, y le empujaba para que él la penetrara.

Después del momento inicial, la tormenta de la pasión les atrapó y ambos culminaron lo que sus cuerpos proclamaban a la vez, antes de acabar

abrazados y derrotados sobre la cama.

## Capítulo 26

Ridley abrió los ojos y descubrió que la luna se asomaba a la ventana. Suspiró suavemente, y el olor del cabello de Cloe inundó sus fosas nasales. Giró su rostro y clavó su mirada en el rostro femenino, completamente relajado. Sus largas pestañas oscuras, que acariciaban sus mejillas, ocultaban sus increíbles ojos azules. Su esplendoroso cabello rubio se expandía libremente sobre la almohada blanca y la luz de la luna hacía que su piel resplandeciera como nácar. Sin poder contenerse, alargó su mano y la rozó con las yemas de sus dedos, disfrutando de su tersura.

«Cloe Campbell, te amo con todo mi corazón», pensó, notando cómo la felicidad de sentirse completo le embargaba. Pero la sombra de la verdad que aún debía confesarle pesaba demasiado. No sabía cómo reaccionaría cuando conociera la verdad de su relación con Blake, y el temor de perderla oprimía su pecho.

Chascó la lengua, molesto, antes de cerrar los ojos con fuerza, con la intención de dormir y huir de las dudas que le asolaban.

Cloe se estiró sobre el colchón sintiéndose plena y sonrió ampliamente al recordar la noche vivida. Podía percibir su calor, y al girarse descubrió el magnífico cuerpo desnudo apenas cubierto por la sábana blanca de Ridley, que permanecía dormido. «Ridley», paladeó su nombre mientras recordaba cada caricia que le había prodigado él, haciendo su cuerpo vibrar. Apenas había dormido unas horas, pero sentía su cuerpo lleno de energía. Se giró y posó su mano sobre el pecho masculino, donde formó un corazón imaginario con su dedo.

—Buenos días, mi amor —pronunció la voz grave de él.

Cloe, al verse descubierta, intentó apartar la mano avergonzada, pero él se lo impidió aprisionando su muñeca y obligándola a colocar su palma sobre su corazón.

—¿Ves lo rápido que late? —preguntó, clavando su mirada en el rostro de la joven, cuyas mejillas habían enrojecido—. Es por ti —añadió, con una amplia sonrisa que adornaba sus labios.

—Ridley, no me digas esas cosas. —Temía creer en sus palabras. La noche que habían compartido había logrado que asumiera que amaba a ese hombre, y eso le daba más miedo que cualquier cosa en el mundo. Había sufrido muchos abandonos a lo largo de su vida y no podría soportar el dolor de perderle.

Ridley fue consciente de los cambios producidos en el rostro de Cloe y como si de un libro abierto se tratase, supo al instante que tenía miedo. Estaba a punto de volver a refugiarse tras el muro que tanto le había costado derribar y por nada del mundo se lo iba a permitir.

—Cloe Campbell, te digo eso y mucho más. Te amo y no permitiré que nada ni nadie nos separe, porque si te alejas de mí dejaré de tener corazón, y sin corazón no podré seguir viviendo.

Cloe notó cómo las lágrimas se acumulaban en sus ojos. Pestañeó varias veces intentando deshacerse de ellas, pero como el agua de un río, imparable en su recorrido, las gotas saladas descendieron por sus mejillas.

Ridley, enternecido, cogió su rostro entre sus manos y con los dedos pulgares secó sus lágrimas.

—No llores, mi amor.

—Yo también te quiero —confesó Cloe con voz cargada de emoción.

—Gracias por llegar a mi vida —dijo Ridley, tan emocionado como ella. Estaba a punto de volver a besarla cuando la alarma de su móvil comenzó a sonar. Con desgana, soltó a Cloe y la detuvo con malos modos. Al ver la hora maldijo su mala suerte.

—¡Mierda! —exclamó molesto—. Me tengo que ir —dijo, deseando mandar al cuerno sus obligaciones—. Hoy me toca a mí dar de comer al ganado.

Cloe sonrió al ver su rostro frustrado y se acercó a él y se aposentó sobre su cuerpo antes de besar levemente sus labios.

—No te preocupes, te estaré esperando —le prometió con una sonrisa pícaro, mientras perfilaba los labios masculinos con un dedo.

Ridley sonrió lobunamente al sentir su tacto.

—¿Me esperarás en esta misma cama? —preguntó esperanzado, deseando acabar con sus tareas para poder volver a disfrutar de la mujer que le había robado el corazón.

—Quizás —respondió enigmáticamente, mientras se apartaba de él—. Y ahora vete, no quiero ser responsable de que el rancho se hunda —añadió con humor.

Ridley rio alegremente al escuchar sus palabras y a regañadientes abandonó la cama y comenzó a vestirse. A pesar de estar de espaldas, era consciente de la mirada fija en su cuerpo. Giró su rostro y descubrió la lujuria en los ojos azules de la joven, que ocultaba parcialmente su cuerpo bajo la sábana.

—Eres mala, muy mala —dijo mientras se abrochaba el pantalón—. Deja de mirarme así, o no podré apartarme de ti.

—Eso espero, señor Harper —replicó Cloe, mientras cambiaba de postura, sentándose sobre la cama y apoyando la espalda sobre el cabecero mientras cubría su cuerpo con la tela blanca. Disfrutaba de cada movimiento del hombre que le había robado el sentido.

Ridley sonrió mientras se sentaba en una silla y se ponía las botas. Cuando estuvo vestido se acercó a la cama y volvió a apropiarse de los labios femeninos posesivamente.

—Te amo —repitió, antes de salir por la puerta del dormitorio.

Cuando escuchó cerrarse la puerta de la calle Cloe se dejó caer nuevamente sobre la cama. Abullonó la almohada y colocó su mejilla sobre la misma antes de aspirar el aroma de Ridley, que había quedado adherido a la tela. Suspiró, sintiéndose plena por primera vez en su vida y cerró los ojos, dispuesta a descansar algo más, pero unos fuertes golpes en la puerta se lo impidieron.

Cloe se levantó con cierta pereza y cogió una bata de lunares rosas que reposaba sobre la silla antes de encaminarse a la entrada. Imaginaba que se trataba de Ridley, que se había olvidado algo, pero la sorpresa fue mayúscula cuando se enfrentó a su hermano mayor, que le sonreía ampliamente.

—¿Qué pasa, hermanita, no te alegras de verme? —preguntó Blake con humor, disfrutando de su expresión.

Cloe se quedó quieta, como anclada al suelo. No podía apartar la mirada del rostro de Blake. Solo podía pensar que por pocos minutos su hermano no la había descubierto con Ridley en su cama. Y a pesar de que estaba más nerviosa que nunca en su vida, habló.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, a pesar de que parecía faltarle el aire.

Blake clavó su mirada en el rostro de la joven y achicó los ojos antes de estudiarla atentamente. Su hermana parecía nerviosa y no entendía el porqué. Quizás simplemente la había despertado y se encontraba desorientada, pero algo le decía que ese no era el motivo. Ya tendría tiempo de investigar sobre el asunto, pero de momento necesitaba una taza de café tras dormir apenas unas horas.

—Cloe, hubiera esperado un mejor recibimiento —dijo, mientras cruzaba los brazos sobre su pecho—. ¿Me vas a dejar en la puerta?

—No, claro pasa —contestó Cloe sintiéndose estúpida.

Se apartó para dejar entrar a su hermano y le siguió como una autómat

hasta el salón. Su cabeza era un remolino de pensamientos sin sentido y debía organizarla antes de que su hermano empezara a hacerse preguntas. Apenas se había acordado de Blake en el tiempo que llevaba viviendo en el rancho. Solo habían intercambiado algún que otro whatsapp, y de eso hacía semanas.

Pero lo que realmente la preocupaba era cómo se iba a tomar Blake la noticia de su romance con Ridley. Cada vez que había tenido una relación, por muy eventual que hubiera sido, su hermano se había comportado como un troglodita. Pero eso no la asustaba, estaba acostumbrada a lidiar con ese tipo de situaciones. El problema radicaba en que Ridley no era como los chicos con los que había salido. Era un hombre en toda regla y con un carácter difícil, demasiado parecido al de su hermano. Eso solo podía significar una cosa: el choque de dos trenes sin frenos.

—¡Vaya, qué sitio más agradable! —exclamó Blake, mientras inspeccionaba el lugar

—Gracias —dijo Cloe, mientras se ajustaba la bata, ya que no llevaba nada debajo y temía que su hermano se percatara y se preguntara el porqué.

—Me vendría genial un café —dijo Blake, girándose y clavando nuevamente su mirada en su hermana.

—Claro, sin problema —respondió Cloe dirigiéndose a la cocina, agradecida de tener algo que hacer—. ¿Cómo es que no me has llamado para avisarme de tu llegada?

—Quería darte una sorpresa —respondió Blake, mientras se sentaba en uno de los taburetes situados frente a la isla de la cocina.

—Pues lo has logrado —indicó Cloe, mientras cargaba de agua la cafetera—. ¿Y cómo has sabido que estaba aquí?

—Pregunté a un trabajador y me dijo que vivías en el apartamento del garaje. Creía que la señora Harper te había asignado un dormitorio en la casa —dijo Blake, clavando su mirada en el rostro de su hermana.

—Y así había sido, pero finalmente me habló de este apartamento y yo le pedí mudarme aquí —mintió, todavía no estaba preparada para hablarle de Ridley.

—¿Y eso por qué? —indagó Blake.

—Por intimidad —respondió Cloe escuetamente—. ¿Y qué tal tu curso? —preguntó, deseando cambiar de tema.

«El cazador, cazado», pensó Blake antes de responder.

—Todo ha ido genial, he aprendido mucho —mintió.

—¿Te importa vigilar la cafetera mientras me visto? —pidió Cloe,

deseando refugiarse por un momento en su dormitorio.

—Claro, sin problema —replicó Blake sin apartar la mirada de la espalda de su hermana mientras desaparecía por una puerta. Cloe estaba muy rara, y pensaba descubrir cuál era el motivo.

\*\*\*

Después de darse una larga ducha, Ridley bajó a desayunar. Apenas había dormido, pero se sentía con las pilas cargadas al cien por cien. Pensó, con humor, que el amor era el mejor reconstituyente. Tenía por delante un duro día de trabajo, pero nada sería capaz de quitarle la sonrisa de los labios.

Entró en la cocina y no le sorprendió ver a su abuela ya allí, desayunando tranquilamente. Se sirvió una taza de café y se sentó frente a ella antes de hablar.

—Buenos días, abuela —saludó animadamente, pero algo en el rostro de la anciana le anunció que algo no andaba bien.

—No tan buenos —dijo Ruth, que por primera vez no sabía cómo iba a afrontar la situación que se presentaba ante sus ojos—. Mira por la ventana —indicó, mientras movía la cuchara sobre su taza, formando ondas en el líquido que contenía.

Ridley hizo lo que su abuela le pedía y con la taza humeante aún en su mano se aproximó a la ventana para ver una Harley Davidson *Big Twin* aparcada junto al garaje. Se giró hacia su abuela, con una interrogación reflejada en su rostro y preguntó:

—¿De quién es esa moto?

—Es de Blake. Le he visto bajar de ella hace unos minutos —contestó a su pregunta Ruth preocupada.

—¡Joder! —exclamó Ridley sin poder contenerse—. ¿No se suponía que vendría en unas semanas? —preguntó frustrado.

—Sí, pero al parecer ha cambiado de planes.

Ridley se acercó a la mesa y dejó la taza sobre la misma con estruendo, antes de comenzar a pasear por la cocina. El día que había presagiado maravilloso se estaba convirtiendo en una pesadilla a pasos agigantados. «¿Qué coño voy a hacer ahora?», se preguntó frustrado, mientras pinzaba el puente de la nariz con el dedo índice y pulgar. Tenía claro que tarde o temprano tendría que contarle la verdad a Cloe, pero nunca hubiera pensado que tuviera que ser tan pronto. Los acontecimientos se habían precipitado, escapando a su control. Él era un hombre que estaba acostumbrado a

controlar la situación, pero está en concreto escapaba de sus manos. Miles de dudas se materializaron en su cabeza, amenazando su cordura.

—¿Y si habla con ella y le cuenta la verdad antes de que yo pueda explicarme? —verbalizó en voz alta.

—Ridley, siempre te he considerado un hombre cabal, debes tranquilizarte y actuar con cabeza —replicó su abuela, dando vueltas a cómo solucionar la situación que no se presagiaba demasiado halagüeña.

## Capítulo 27

Ruth esperaba que el reloj marcara la hora en punto. Permanecía sentada tras su escritorio y a pesar de aparentar calma, su interior era un remolino de sentimientos. Definitivamente estaba a punto de protagonizar el momento más complicado de su vida. No sería fácil lidiar con el encuentro entre sus nietos, que ni se conocían ni parecían querer hacerlo. Había decidido dejar al margen a Daniela, otra pieza del complicado puzle familiar, y que desconocía toda la situación. Cuando todo se hubiera calmado mínimamente le explicaría todo, pero prefería enfrentar los problemas de uno en uno.

El clic de las manillas al unirse le hizo elevar su mirada hacia la esfera para comprobar la hora que marcaba, e inmediatamente después la puerta se abrió para dar paso a Ridley, que mostraba un rostro serio.

—Abuela —dijo antes de sentarte ante ella—. ¿Qué quieres? —pregunto, ajeno a la reunión que la anciana había convocado.

—Aún no, Ridley, falta una persona —dijo.

Ridley apretó la mandíbula, consciente de la encerrona que le había preparado su abuela. No quería conocer a su hermano, y mucho menos reunirse con él, aunque sabía que era el único medio de aclarar la situación con Blake antes de hablar con Cloe.

—Lo entiendo —fue su escueta respuesta mientras se sentaba en una de las sillas situadas frente al escritorio.

Ambos permanecieron en silencio mientras los minutos pasaban inexorablemente. Ridley, que no cesaba de mover su pierna denotando su nerviosismo, estaba a punto de explotar cuando unos golpes en la puerta anunciaron la llegada de alguien, y al girarse descubrió a un hombre tan alto como él y cuyas facciones le recordaron a su padre.

Blake decidió dar una vuelta por los alrededores cuando su hermana se fue a trabajar. Había intentado convencerla para que aprovechara la ocasión para dimitir de su puesto. Quería largarse cuanto antes de allí, pero Cloe se había negado tajantemente.

Finalmente decidió darle unos días para que arreglara sus asuntos, aunque no le hacía especial ilusión la idea de quedarse en el rancho y mucho menos la posibilidad de encontrarse con su hermano. Necesitaba desesperadamente alejarse de Austin para empezar una nueva vida, lejos de

aquello que le atormentaba y tenía nombre de mujer: Sara. Solo pensar en ella lograba que su corazón volviera a resquebrajarse, si aquello era posible. Molesto por el rumbo que estaban tomando sus pensamientos, sacudió la cabeza y prosiguió con su paseo.

Estaba apoyado contra una de las vallas de madera, contemplando los vastos pastos y al rebaño pacer a placer, cuando una voz a su espalda le sobresaltó.

—¿Es usted el señor Campbell?

Blake se giró y descubrió a un joven que llevaba el sombrero calado sobre su cabeza.

—Sí, soy yo —dijo con seguridad.

—A la señora Harper le gustaría que se reuniera con ella en su despacho.

Blake chascó la lengua, molesto. Había contado con que la mujer quisiera verle, hablar con él, pero no esperaba que hubiera sido tan pronto. No le apetecía, pero de nada serviría negarse ya que tarde o temprano tendría que enfrentarse a ella. Era lo mínimo, teniendo en cuenta que se había encargado de su hermana todo el verano.

—Dígale que ahora mismo voy —respondió.

El joven asintió con la cabeza antes de girarse y caminar hasta el granero.

Blake volvió a colocar sus brazos sobre la valla y se tomó unos minutos para prepararse para el encuentro con su abuela. Cuando llegó frente a la casa descubrió que estaba abierta y como conocía el camino no dudó en ir directamente al despacho.

Llamó educadamente a la puerta y entró sin esperar consentimiento, pero se quedó pegado a la madera del suelo al descubrir a un hombre sentado frente a la mesa que presidía la señora Harper. Dudó unos instantes barajando la opción de largarse, pero finalmente decidió ser valiente y entró, dispuesto a enfrentarse a la señora Harper y a aquel tipo que, si no se equivocaba, era su hermano. Con paso decidido se acercó hasta el escritorio, y con actitud desafiante, le reclamó a la anciana.

—¿Qué significa esto, señora Harper? ¿Es una encerrona?

Ruth ni se inmutó al escucharle, y al ver que Ridley estaba a punto de saltar, le hizo un leve gesto con la mirada para que se contuviera.

—No precisamente, pero hay un asunto del que debemos hablar.

—¿Y tiene que estar él? —preguntó Blake sin querer fijar la mirada en

Ridley, mientras ocupaba la silla libre.

—Si, tu hermano debe estar presente.

—¡Él no es mi hermano! —exclamaron ambos al unísono.

—¡Basta! —exclamó Ruth perdiendo la paciencia, mientras daba un golpe sobre la mesa—. Os guste o no, sois hermanos y cuanto antes lo asumáis mejor para todos. Os recuerdo a ambos que no solo se trata de vosotros, hay más personas implicadas que tienen sentimientos. Blake, Daniela es hermana de ambos, cosa de la que parece no percartarte. Ridley, recuerda a Cloe —dijo esto último enigmáticamente.

Blake tensó los puños, que permanecían sobre sus rodillas, mientras apretaba la mandíbula fuertemente. Sabía que se estaba comportando como un maldito cabezota, que aquella situación no podía prolongarse eternamente. Su abuela, aún le costaba asumir que aquella mujer lo era, tenía razón respecto a Daniela. Esa joven, que tan siquiera conocía, no tenía culpa de los pecados de su padre. En las últimas semanas habían pasado demasiadas cosas, muchas de ellas malas, la mayor parte de ellas por su culpa. ¿Quién era él para juzgar tan duramente a los demás? ¿Qué le impedía conocer a esa parte de su familia?

—Está bien —aceptó—, creo que ha llegado el momento de dejar atrás los odios que no nos conducirán a ningún lugar. Pero quiero dejar claro que no quiero nada de la herencia, solo conocer a mi... familia —añadió, no quería que su hermano se sintiera amenazado en ese sentido.

Ruth se sintió agradecida por sus palabras. Era un comienzo.

Ridley escuchó atentamente cuanto dijo. Y aunque en un principio no quería conocerle, y no es que en aquel momento le hiciera extrema ilusión, parecía un hombre coherente y estaba tendiendo un puente a la situación.

—Lo siento —dijo, aunque le había costado un mundo que las palabras salieran de su garganta—, yo tampoco he colaborado demasiado en normalizar todo esto, pero me comprometo a hacerlo.

—Bien —intervino Ruth—, y ahora que ambos estáis dispuestos a escuchar, creo que ha llegado el momento de que conozcáis toda la verdad sobre la historia de vuestro pasado, no solo una versión. Luego podréis sacar vuestras propias conclusiones, ya que el lobo siempre será el lobo mientras solo escuchemos a Caperucita.

Ruth se recostó sobre la silla y fijó su mirada en el techo antes de comenzar a relatar toda la historia, sin dejarse nada fuera. Fue un duro y largo discurso, sobre todo porque lo que narraba dejaba en muy mal lugar a su

difunto marido, pero no por ello iba a dejar de desentramar todo lo sucedido. Sus nietos escuchaban sus palabras atentamente. En algunos momentos sus rostros mostraban pena, en otros momentos ira, pero no se perdían ni una sílaba de las que salían de los labios de su abuela.

—...Y eso es todo —concluyó por fin Ruth, agotada mentalmente.

El silencio se instauró en el despacho durante minutos. Ninguno de los allí presentes parecían capaces de hablar, sumidos en sus propios pensamientos, intentando asimilar toda la verdad.

Ridley sintió una opresión en el pecho al descubrir que su padre realmente no había sido infiel a su madre, que había sido vilmente engañado por su abuelo y que la madre de Cloe había sido una víctima más. Ahora comprendía el rechazo que Blake sentía hacia su familia y no era para menos. Se puso recto sobre la silla y giró su rostro para estudiar el de su hermano, ahora que había asumido que lo era.

—Lo siento mucho, de verdad —dijo con sinceridad, ante la mirada estupefacta de Blake—. Si estuviera en mi mano cambiaría el pasado, pero no es posible. Me gustaría que nos conociéramos, comenzar una relación que nos fue negada y que aceptaras tu parte del rancho, que te pertenece por derecho propio.

Blake observaba a Ridley, impresionado por sus palabras. Había pensado que era un hombre prepotente y clasista pero sus palabras y su mirada sincera le decían lo contrario. Ahora entendía el rechazo que había sentido Ridley hacía su madre y su persona. En el fondo no eran tan diferentes: cabezotas, orgullosos y mandones, pensó con humor. Esos serían los calificativos que usaría su hermana pequeña para definirlos.

—Tienes razón, enterremos el pasado donde debe estar e intentemos construir un presente —dijo con la emoción plasmada en su voz—. Aunque respecto al rancho... te lo agradezco, pero lo mío no son las vacas —concluyó con humor.

Ruth era testigo de la conversación entre ambos, mientras las lágrimas surcaban sus mejillas. Al fin las cosas se estaban solucionando, pero había un fleco suelto: Cloe.

—Blake, hay algo más —dijo, notando cómo las miradas de ambos se fijaban en su persona.

—¿Más? —preguntó el aludido sin poder creerlo.

—¡Abuela! —exclamó Ridley, que aún no estaba preparado para confesarle a su recién encontrado hermano lo que sentía por Cloe.

—Ridley, toda la verdad, sin más mentiras —dijo Ruth con rotundidad. Blake se puso en alerta y clavó su mirada en Ridley.

—¿Qué pasa? —le preguntó directo—. No creo que sea tan malo como lo que nos acaba de contar... la abuela.

—Bien —dijo Ridley, enfrentando la mirada de su hermano, antes de tragar saliva—, hay algo más. Durante el tiempo que Cloe ha pasado en el rancho...

Blake sintió que su cuerpo se tensaba al escuchar el nombre de su hermana. Estaba dispuesto a aceptar el pasado y crear un nuevo futuro, pero nadie tocaría lo más sagrado de su vida: su hermana.

—¿Qué pasa con Cloe? —preguntó con voz peligrosa.

—Me he enamorado de ella —dijo Ridley llanamente.

Blake notó que su corazón se detenía al escuchar la confesión de Ridley. Podía haber esperado cualquier cosa, todo menos eso. Y una actitud protectora hacia su hermana, arraigada tras años espantando moscones de su lado, hizo que explotara con toda su furia. Como un resorte se levantó de su silla y prácticamente se abalanzó sobre Ridley, avasallador, preparado para una pelea.

—¡Serás hijo de puta! —gritó fuera de sí—. ¿Te has atrevido a seducir a mi hermana pequeña?

Ridley entendía su comportamiento, que no distaba mucho del suyo en el pasado respecto a Daniela. La diferencia era que en aquel momento él estaba al otro lado. Con movimientos lentos, para que Blake no pensara que estaba dispuesto a pelear, se levantó de su silla y con manos en alto intentó explicarse.

—Te juro que no fue algo que yo buscara. Intenté apartarla de mi camino, de mi cabeza, pero no sirvió de nada. La amo, y ella a mí, y te aseguro que mis intenciones son honestas.

—¿Me hablas de honestidad? —le rebatió Blake molesto, mientras apretaba los puños a los costados, deseando estrellar uno de ellos en el rostro de Ridley—. Por el amor de Dios, si al menos le llevas siete años. Eres perro viejo y ella es apenas una cría. La has engañado.

—Te juro que no es así —le rebatió Ridley con vehemencia—. Simplemente me enamoré de ella, fue mi corazón el que decidió. ¿Tú nunca te has enamorado? ¿Pudiste hacer algo para evadir ese sentimiento? —preguntó Ridley apasionadamente, con los sentimientos a flor de piel.

Blake apartó la mirada al escuchar sus palabras. Claro que se había

enamorado, de la persona menos oportuna y sin poder evitarlo. Había sido un sentimiento arrollador, regalándole los mejores meses de su vida, pero había pagado un alto precio: su corazón. Eso había sido muchos años atrás, y el pasado se había vuelto presente para atormentarlo no hacía mucho tiempo. Muy a su pesar, comprendía a Ridley. ¿Quién era él para juzgarlo?

—Solo dame un tiempo para digerirlo —dijo comprensivo—. Acabo de aceptar que somos hermanos.

—¿Hermanos? —sonó una voz a su espalda, y al girarse Blake descubrió a su hermana, que permanecía en el quicio de la puerta. Su rostro había perdido parte del color, y sus ojos parecían fuera de sus órbitas.

Ridley, al descubrir la presencia Cloe maldijo su mala suerte y en dos zancadas llegó junto a ella, que parecía a punto de derrumbarse.

—Cloe, déjame que te explique —le rogó, pero la mirada dolida de la joven le estaba rompiendo por dentro.

—No quiero explicaciones, solo quiero saber por qué Blake ha dicho que sois hermanos. ¿Es verdad? —Ridley era incapaz de hablar—. ¡Responde! —gritó la joven fuera de sí.

—Sí, lo somos. Es una historia muy larga...

—¿Todos lo sabíais? —preguntó clavando la mirada en Ruth y Blake, ignorando conscientemente a Ridley.

Ruth se acercó, con la intención de calmar la situación, pero la expresión herida de la joven le rompió el corazón.

—Blake, contesta —le exigió a su hermano.

—Sí —repuso el aludido escuetamente.

No se sorprendió cuando Cloe salió corriendo y, cuando intuyó que Ridley pretendía seguirla, le retuvo cogiendo su brazo.

—Déjala —le aconsejó—, necesita su espacio.

—Pero.... —intentó Ridley rebatirlo. Necesitaba alcanzarla, cogerla entre sus brazos y pedirle perdón de rodillas. No quería perderla, no podía perderla.

—Escúchame bien —insistió Blake—. Conozco mejor que tú a mi hermana y te digo que es mejor que dejes que se serene.

—Está bien —aceptó Ridley, mientras salía del despacho con los hombros hundidos.

Ruth sintió que sus piernas flaqueaban.

—Blake —rogó, y el aludido al ver que la anciana se tambaleaba no dudó en ir hasta ella y cogerla entre sus brazos para dejarla sobre el sofá.

—Tranquilízate, abuela —le rogó—. Todo se va a arreglar —le juró, mientras llenaba un vaso de agua que cogió del mueble bar y se lo acercó a los labios—. Yo te ayudaré —le prometió.

Ruth se sintió emocionada al escuchar que la llamaba abuela y la seguridad que notó en su voz. Bebió un trago y se sintió mejor, pero el puño que oprimía su pecho por la preocupación tardaría en disminuir.

—Gracias, Blake —dijo, mientras él cogía su mano y apretaba sus dedos para infundirle fuerzas—. ¿Qué vamos a hacer ahora? —se preguntó en voz alta.

—Hablaré con Cloe —respondió Blake, como si la pregunta hubiera sido expresada para que le respondiera— e intentaré que entre en razón. ¿Tienes alguna idea de dónde puede haber ido?

Ruth dudó unos instantes, mientras su cabeza buscaba la respuesta, y finalmente indicó a Blake el único lugar donde podía estar la joven.

—Quizás haya ido a casa de Markus, un viejo amigo mío para el que trabaja. Es la tienda de antigüedades del pueblo.

## Capítulo 28

Cloe salió de la casa en estado de aturdimiento. Ni siquiera supo cómo llegó hasta el coche y abrió la puerta con manos temblorosas. Con esfuerzo logró arrancar el motor mientras su corazón bombeaba fuertemente contra su pecho.

«No puede ser», se repetía mentalmente una y otra vez mientras las lágrimas enturbiaban su visión. Recorrió varias millas, pero al ser consciente de que estaba zigzagueando sobre la carretera decidió detener el motor en un estrecho camino de tierra, en medio de ninguna parte. Estuvo allí durante horas, mientras su mente divagaba entre el pasado y el presente. Ni siquiera fue consciente de la llegada de la moto de su hermano, que aparcó junto al vehículo. Y solo se percató de su presencia cuando Blake golpeó el cristal del pequeño Mini.

—Cloe, sal del coche, tenemos que hablar —dijo Blake, preocupado al comprobar que los ojos de su hermana estaban hinchados y su piel había perdido parte de su color.

Cloe no quería salir, no quería hablar con Blake, solo quería desaparecer.

—Por favor —rogó Blake al ver que Cloe no se movía, y esperó pacientemente hasta que ella finalmente abrió la puerta y descendió del vehículo para apoyarse sobre el mismo, como si las fuerzas la hubieran abandonado.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado, mientras extendía su mano y obligaba a su hermana a elevar su cabeza para poder clavar su mirada en su rostro.

—No —respondió Cloe con sinceridad, mientras las lágrimas volvían a plagar sus ojos—, estoy hecha una mierda, ¿cómo quieres que esté?

Blake podía ver la ira que desprendían sus palabras, y podía entender la rabia que Cloe sentía en su interior. Era la misma que él había sentido durante años, pero no pensaba permitir que su hermana se dejara dominar por algo tan doloroso. Pensaba contarle la verdad que él mismo había descubierto aquella mañana para que pudiera comprender la situación en la que ahora se encontraban.

—Lo comprendo, pero llegados a este punto, creo que es necesario que conozcas toda la historia antes de juzgarla.

—Ilumíname —dijo Cloe hoscamente.

Blake suspiró pesadamente antes de comenzar a relatar la historia que le había contado su abuela. Podía ver cómo el rostro de Cloe cambiaba de la incredulidad a la ira y finalmente a una honda pena al empatizar con su madre, una joven a la que la vida había maltratado.

—... y eso es todo. Solo te pido que no juzgues a Ruth ni a Ridley por ocultarte la verdad...

Cloe achicó los ojos y los clavó en el rostro de su hermano, que parecía haber olvidado un pequeño detalle en su discurso.

—Quizás debería estar más enfadada contigo que con nadie. Por si no lo recuerdas, has sido tú el que me ha arrastrado a este lugar con mentiras, obligándome a convivir con «tu familia». Y eso me lleva a preguntarme cuál fue el motivo para ello.

Blake, que permanecía frente a Cloe con los brazos cruzados sobre su pecho no pudo evitar tragar saliva al escuchar sus palabras. Tenía merecido su reproche y, aunque su primer instinto fue evadir su pregunta recordó la promesa que se hizo antes de salir de Austin. Decidió optar por la sinceridad para ser el hombre honesto que se había propuesto ser.

—Sé que todo lo acontecido es culpa mía. Como en el pasado, he vuelto a mentir y no me siento orgulloso de ello. Te traje aquí con mentiras, es verdad, no voy a negarlo, pero tenía un motivo.

—¿Cuál? —preguntó Cloe con el ceño fruncido.

—Mientras estabas en la universidad me enredé con una mujer que con sus tejemanejes logró que me gastara hasta el último centavo. —Pudo ver la desilusión escrita en el rostro de su hermana y sintió una opresión en el pecho, pero no podía parar. Ahora que había comenzado a confesar toda la verdad, no podía parar—. Tuve que cerrar el taller y perdí todo por lo que tanto había luchado.

Cloe fue plenamente consciente del peso que cargaba su hermano sobre los hombros. Debía ser duro admitir la estupidez que le había llevado a arruinarse, pero era el precio que debía pagar. Estaba claro que estaba más que arrepentido de lo sucedido, pero sospechaba que ahí no acababa la historia.

—¿Y qué sucedió después?

Blake, que se había silenciado, se frotó la frente con los dedos, intentando así despejar sus ideas antes de seguir con el relato de lo sucedido en las últimas semanas.

—Sin un centavo en el bolsillo, con las deudas acuciándome, tomé la

decisión incorrecta: llamar a Parker.

—¡Parker! —exclamó Cloe, incapaz de salir de su asombro—. ¿Cómo pudiste? —le recriminó.

—Ya te lo he dicho, me sentía acorralado y la desesperación no es una buena consejera. Volví a bajar a los infiernos, pero las reglas habían cambiado y Parker era más peligroso que antes. Por eso no me quedó más opción que alejarte de Austin, del peligro que me acechaba. No sabía qué hacer contigo y entonces se me ocurrió pedir un favor a mi abuela, con la que nunca había hablado. No creas que fue algo fácil para mí, pero era primordial ponerte a salvo, eres lo único que tengo en la vida —dijo con emoción.

Cloe permaneció varios minutos en silencio, digiriendo todo lo que su hermano le había contado. Lo que en un principio había sido una gran decepción, se había transformado en entendimiento. Blake había procedido mal, empujado por la desesperación, pero parecía que fuera lo que fuera lo sucedido —algo que intentaría descubrir con pelos y señales— le había hecho recapacitar y volver a ser el hombre al que siempre había admirado por su capacidad de superar los avatares de la vida.

Parker. Aquel nombre solo le traía malos recuerdos, sobre todo las noches en las que su madre había llorado al ver a su hijo entre las manos de aquel tipo. A su vez, otro nombre surgió en su memoria y antes de poder pensar sus labios pronunciaron una pregunta que hubiera preferido silenciar.

—¿Y Sara?

Blake apretó la mandíbula antes de contestar.

—Por favor, no quiero hablar de eso.

—Lo siento —dijo Cloe, acercándose a su hermano para abrazarle.

Blake agradeció el gesto de su hermana y la estrechó entre sus brazos, notando cómo su cuerpo se relajaba. Pasaron largos minutos así, prodigándose el consuelo que necesitaban, pero aún quedaba una cuestión de la que debían hablar. Estaba seguro de que su hermana no iba a colaborar. Con cierta reticencia, la apartó y clavó su mirada en su rostro antes de hablar.

—Cloe, ¿por qué saliste huyendo? —indagó.

Cloe no sabía que responder, era un cúmulo de sentimientos, entre ellos la sensación de traición, que la había llevado a salir corriendo de la casa de los Harper.

—Comprende que ha sido un duro golpe para mí descubrir la verdad —y no mentía con su respuesta, aunque lo que realmente la había destrozado había sido que el hombre al que había entregado el corazón le hubiera

ocultado su parentesco con Blake.

—Cloe, por favor, comprende que Ridley estaba en una tesitura muy difícil, estoy seguro que pensaba contarte todo, pero no le dio tiempo —dijo Blake, como si hubiera leído sus pensamientos.

Cloe odiaba que su hermano la conociera tan bien. Sus palabras la habían dejado estupefacta. Comprobar que Blake era capaz de empatizar con Ridley más que con ella, dolía. Le molestaba y así se lo hizo saber.

—¿Estás defendiéndole? —preguntó elevando una ceja.

Blake chascó la lengua, molesto, al escuchar sus palabras.

—Por favor, Cloe, no te comportes como una niña. ¿Acaso no le amas?

—¿Te ha contado... lo nuestro? —preguntó Cloe sorprendida, mientras notaba que sus mejillas se cubrían de rubor y bajaba la vista para no enfrentarse a la de su hermano.

Los labios de Blake se curvaron ligeramente al ver su reacción, y con ternura volvió a obligar a su hermana a elevar su rostro y enfrentar su mirada.

—Sí, lo ha hecho, a riesgo de que le partiera la cara —dijo con humor—. Aún estoy digiriendo la noticia, pero creo que ese hombre te ama. ¿Le amas tú a él? —insistió.

Cloe se apartó de Blake y comenzó a caminar hasta uno de los árboles que flanqueaban el camino de tierra donde se encontraban. Claro que amaba a Ridley, con todo su corazón, pero la traición todavía carcomía sus entrañas. ¿Por qué no le había contado la verdad?, volvió a preguntarse, torturándose. Quería perdonarle, pero aún no se encontraba preparada. Demasiadas verdades, demasiadas emociones para un solo día.

—Necesito tiempo —dijo, respondiendo a su hermano.

Blake lo comprendía, pero no quería que Cloe perdiera la oportunidad de disfrutar del amor de su vida. No quería que su hermana perdiera a la persona a la que había entregado su corazón y cometiera su mismo error.

—Tómame unos días, pero no dejes que la distancia enfríe lo que ambos sentís. No cometas la misma estupidez que yo —le aconsejó.

—No te prometo nada —fue la escueta respuesta de Cloe.

Blake asintió, aceptando que necesitaba tiempo.

—Bueno, ahora que estás más calmada, ¿nos vamos?

—No pienso volver al rancho —replicó Cloe con terquedad.

Blake chascó la lengua y elevó su mirada al cielo antes de volver a fijarla en su hermana.

—¿Y a dónde piensas ir?

—A la casa del señor Wilson, estará encantado de tener compañía — dijo con una leve sonrisa—. Y no intentes convencerme, necesito pensar, alejada de Ridley. Tienes que entenderme. Estaré bien —le aseguró.

Blake hubiera querido rebatir sus palabras, pero en el fondo la entendía y a pesar de que quería arrastrarla junto a él, aceptó su situación. Cuando su hermana abrió la puerta del pequeño coche rojo, la curiosidad se adueñó de su cuerpo.

—¿De quién es esta joya? —preguntó admirado por el vehículo.

—Es del señor Wilson. Me lo prestó para que pudiera moverme mientras permaneciera en Town Hope.

Una sonrisa curvó los labios de Blake.

—Un lugar llamado esperanza —dijo con humor, antes de acercarse a Cloe y cogerla entre sus brazos para achucharla contra su cuerpo antes de besar su coronilla—. Bueno, descansa, mañana será otro día.

—Sí —replicó Cloe sintiéndose más serena—, siempre hay un nuevo amanecer.

Blake esperó hasta que el coche donde iba su hermana desapareció de su vista y finalmente se montó en su moto para regresar al rancho Harper. Había sido un día demasiado largo y lleno de emociones y necesitaba descansar. Se puso el casco y arrancó el motor antes de girar el manillar para incorporarse a la estrecha carretera.

En pocos minutos llegó a su destino y aparcó frente al garaje. Cuando se quitó el casco se sobresaltó al descubrir la presencia de una joven frente a él, junto a la escalera que daba acceso al apartamento.

No era muy alta, al menos desde su perspectiva. Era delgada y parecía frágil e insegura por su postura. Se abrazaba el cuerpo con ambas manos. Su larga cabellera era oscura y sus ojos eran azules como el mar. No sabía quién era, pero por la mirada que ella le prodigaba estaba claro que ella sí sabía su identidad. Tras unos segundos de desconcierto desmontó de su moto y dejó el casco sobre el asiento antes de acercarse hasta la joven.

—Buenas tardes —le saludó una voz dulce, donde se podía apreciar el nerviosismo—. Mi abuela me lo ha contado todo... —le informó—. Mi nombre es Daniela.

Blake supo al instante que se trataba de su hermana y no pudo evitar sentir ciertos remordimientos de no haber pensado en ella en todo el día. Se enterneció al descubrir una dulce sonrisa en sus labios, mientras se retorció las manos, nerviosa.

—Encantado, Daniela —replicó Blake, tomándose unos segundos para pensar sobre cómo proceder. Se sentía torpe como nunca, pero finalmente decidió acercarse a la joven y estrecharla entre sus brazos como había hecho poco antes con Cloe—. Siento no haber venido antes, me he perdido muchas cosas. Es mucho el tiempo que tenemos que recuperar.

Daniela tuvo la impresión de que todos los nervios que había sentido hasta el momento ante la perspectiva de conocer a su hermano se diluían como sal en un vaso de agua. Se sintió arropada con su abrazo y deseó hacerle un millón de preguntas, pero sabía que debía dar tiempo al tiempo y se conformaba con que Blake no la hubiera rechazado.

—Sí, es mucho tiempo —dijo, en alusión a sus últimas palabras—. Mi abuela quiere que cenes con nosotros para conocernos mejor.

—Claro —dijo Blake mientras se apartaba y se frotaba la nuca. Estaba agotado y solo quería irse a la cama, pero por otro lado estaba hambriento y no podía negarse—, será un placer.

## Capítulo 29

Ridley, con medio cuerpo metido en el motor del tractor, intentó ajustar uno de los manguitos, que salió volando. Frustrado, se incorporó y se golpeó la cabeza con el capó antes de tirar con fuerza la llave inglesa contra el suelo.

—¡Maldita sea! —gritó frustrado, mientras se frotaba la zona dolorida. Estaba a punto de patear una de las ruedas, cuando una voz a su espalda le sobresaltó.

—¿Quieres que te eche una mano? —preguntó Blake, mientras observaba el rostro de Ridley, cuyo gesto estaba torcido.

El aludido se giró y clavó su mirada en Blake. Hubiera querido negarse, pero sabía que aquel hombre era un experto mecánico y solucionaría su problema en pocos minutos. En la semana que llevaba en el rancho le había puesto a punto casi toda la maquinaria, haciendo que se ahorrara una importante cantidad de dinero. Tampoco se había echado atrás en las tareas del rancho, colaborando con él y Hayden, pero estaba claro que no era lo suyo. En los días que llevaba allí habían pasado mucho tiempo juntos y habían protagonizado largas charlas, conociéndose mutuamente.

Blake, al ver que no respondía, se acercó al motor y se asomó para ver lo que le sucedía a aquel viejo cacharro. Una vez descubierto el problema cogió varias herramientas de la caja situada a su lado y tras manipular varias cosas, dejó los utensilios nuevamente en su lugar antes de hablar.

—Mira a ver si arranca —le ordenó.

Ridley hizo lo que le indicaba, y al girar la llave el motor rugió, aunque parecía toser como un perro viejo.

—A este cacharro no le queda mucho —dijo Blake con humor—, pero ya está.

Ridley apagó el motor y deseó poder arreglar su vida de forma tan fácil. Sin ser consciente de ello lo dijo en alto.

—Ojalá fuera igual de sencillo reparar el resto de cosas.

Blake, que se limpiaba las manos con un trapo, se aproximó a su hermano y se apoyó sobre la gran rueda antes de clavar su mirada en su rostro ceñudo.

—¿Aún no has sabido nada de Cloe? —preguntó con cautela.

—No, la he llamado cien veces, pero nada. ¿Tú has hablado con ella? ¿Sabes algo? —preguntó Ridley esperanzado.

Blake sintió pena por Ridley, pero su hermana podía llegar a ser tan

terca como él mismo. Solo necesitaba que alguien o algo la hicieran reaccionar.

—Sí, pero tu nombre es una palabra tabú en nuestras conversaciones — confesó con sinceridad.

—¡Mierda! —exclamó Ridley frustrado, mientras se frotaba la nuca—. ¿Cuándo demonios me va a perdonar?

Blake vio reflejada en su rostro la desesperación. Podía comprender su frustración y cómo se podía sentir, pero eso le llevaba a pensar a su propia situación, que llevaba semanas bloqueando en lo más hondo de su ser. Lo suyo ya no tenía solución, pero Cloe y Ridley se estaban comportando estúpidamente y no lo permitiría.

—¿Y a qué estás esperando? —exclamó, sorprendiendo a su hermano, que le miró con intensidad.

—Se supone que estoy dándole tiempo, dejándole su espacio. No me queda otra que esperar como un idiota, mientras por dentro me carcomo — confesó Ridley, mientras se frotaba el rostro con ambas manos—. Quizás lo nuestro no tenga futuro, solo fue una ilusión....

—Anda, por favor, no digas gilipolleces —le espetó Blake—. Deja de lamentarte como un niño y coge el toro por los cuernos. ¿No es lo que hacéis los rancheros? —preguntó, intentando darle humor a la situación.

Ridley apretó la mandíbula y deseó mandar a la mierda a Blake, pero sabía que en el fondo tenía razón. No podía soportar más la presión y las noches en vela. Si Cloe no estaba dispuesta a dar un paso adelante, lo haría él.

—Tienes razón —dijo con energías renovadas.

—Entonces, ¿a qué estás esperando? —le retó Blake.

—A nada —replicó Ridley antes de salir de la nave a grandes zancadas, pero la voz de su hermano le retuvo cuando estaba a punto de cruzar la puerta.

—Mucha suerte —le deseó Blake antes de verle desaparecer, mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro.

\*\*\*

Ridley aparcó frente a la tienda de antigüedades y se quedó en el coche, observando la puerta mientras intentaba reunir el coraje que necesitaba para traspasarla. Hacía una semana que Cloe se había mudado allí y durante ese tiempo había intentado dejarle su espacio. Agradecía el empujón que le había

dado Blake para llegar hasta allí, pero ahora que debía enfrentarse a Cloe notaba los nervios bullir en su interior.

—No seas un cobarde —dijo en voz alta, antes de salir del coche y caminar hasta la casa.

La puerta estaba abierta y no dudó en llegar hasta la sala que era el corazón de la peculiar tienda de antigüedades. Hubiera esperado encontrar allí a Cloe, pero descubrió al señor Wilson frente al portátil, intentando teclear con un dedo.

—Buenos días —saludó Ridley con educación, logrando llamar la atención del anciano, que levantó la vista de la pantalla.

—Hombre, Ridley qué sorpresa —respondió el señor Wilson, mientras se acercaba a él y le tendía la mano a modo de saludo—. Te esperaba hace días —añadió, clavando su sabia mirada en el rostro del joven.

Ridley sintió cómo sus mejillas se coloreaban y tardó unos segundos en reaccionar a sus palabras.

—He estado muy ocupado —mintió, intentando evadir la conversación.

—Hijo mío, para cuestiones del corazón nunca se está suficientemente ocupado. Tienes a mi pobre niña como alma en pena.

Ridley se sorprendió ante sus palabras y sin poder evitarlo ante sus ojos se materializó la imagen de una Cloe alicaída.

—Señor Wilson, ha sido Cloe la que me ha alejado de su lado... —intentó defenderse, pero sus palabras se vieron interrumpidas por la mano del anciano.

—Muchacho, no seas estúpido, nunca me lo has parecido. No pierdas el tiempo en nimiedades. En cuestiones de amor no importa quién tiene la razón, solo salvar los obstáculos que nos presenta la vida y disfrutar del tiempo, porque es efímero.

—Tiene razón, señor Wilson, gracias. ¿Dónde está Cloe? —preguntó, deseando verla y aclarar su situación.

—En su dormitorio, haciendo la maleta.

—¿Qué? —boqueo incrédulo, mientras un sudor frío recorría su cuerpo.

—Vamos, chico, sube a ver si la convences para que se quede. En la segunda planta —le indicó—, tercera puerta a la derecha.

Ridley subió las escaleras de dos en dos sin importarle quedarse sin aliento y cuando llegó frente a la puerta, se tomó unos segundos para enfrentarse a la joven. Finalmente, llamó la puerta y esperó pacientemente.

Cloe abrió el último cajón de la cómoda y colocó sus camisetas sobre la maleta antes de cerrarla. En los últimos meses, hacer el equipaje se había convertido en un hábito y empezaba a cansarse. Volvió a revisar el armario y finalmente cerró la cremallera antes de dejar el bulto en el suelo. Estaba a punto de entrar en el cuarto de baño, para preparar su neceser, cuando unos golpes en la puerta le anunciaron la llegada de alguien.

—Pase, señor Wilson, ya estoy acabando —dijo, esperando ver al anciano cuando la puerta se abrió, pero su sorpresa fue mayúscula cuando descubrió a Ridley plantado en el quicio.

«No puede ser», se dijo, mientras daba un paso atrás, intentando alejarse de la proximidad de Ridley, que había entrado en el dormitorio haciendo que pareciera más pequeño con su presencia.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con el corazón acelerado.

—Tenemos que hablar —dijo Ridley, sin poder apartar la mirada del rostro de Cloe, que parecía demacrado.

—No, estás muy equivocado. Tuviste tiempo de sobra para contarme la verdad antes de comenzar una relación conmigo, pero preferiste callar. No tenemos nada de lo que hablar.

—¿Y por eso te vas? —le reprochó, señalando la maleta.

—Creo que no pinto nada en este lugar y lo mejor es que me marche. Desde que llegué aquí todo el mundo se ha dedicado a mentirme.

—Cloe, estas siendo injusta —replicó Ridley, deseando cogerla entre sus brazos.

Cloe sintió que la ira crecía en su interior y deseó abofetearlo. A su vez anhelaba tirarse en sus brazos y apoyar su mejilla en su pecho para sentirse segura. Y aún así, replicó a sus palabras con voz acerada.

—¿Acaso es mentira? —rebatía, mientras elevaba dignamente su rostro y clavaba su mirada en el de él.

—Piensa en mi abuela. ¿No te ha cuidado como a una hija? ¿Acaso crees que ha sido fácil para ella ocultarte la verdad? Y Daniela, ¿qué culpa tiene ella de todo esto?

Cloe se giró para darle la espalda, no podía soportar su mirada gris clavada en su persona. Meditó sobre sus palabras y dejó caer sus hombros, Ridley tenía razón. Sin pretenderlo, Ruth y Daniela se habían convertido en dos personas muy importantes en su vida y a pesar de sentirse traicionada, no podía sentir rencor hacía ellas.

—No, tienes razón, y me rompe el corazón pensar en no volver a verlas.

—¿Y por qué tiene que suceder eso? ¿Por qué te tienes que marchar?

—¡Necesito irme! —gritó, girándose para enfrentarle.

—No lo hagas, por favor, perdóname —le rogó—. Todos tenemos derecho a una segunda oportunidad.

—No creo en las segundas oportunidades —dijo tozuda, aunque no lo pensaba realmente.

—¿Acaso no has perdonado a Blake?—preguntó Ridley derrotado—. Sin ti ya nunca estaré completo —confesó desnudando su alma.

Cloe clavó su mirada en su rostro y sintió que su corazón se quebraba al ver su expresión triste. Llevaba semanas muerta en vida, simplemente arrastrándose en su día a día. Cuando Celine la llamó y la aconsejó pasar unos días con ella le pareció la mejor de las ideas. Pensó erróneamente que si se alejaba de Town Hope podría ver las cosas con perspectiva, pero ahora sabía que de nada serviría. Le había entregado su corazón al hombre que tenía frente a sí y nunca podría recuperarlo. Ahora sabía que no merecía la pena seguir ofuscada por una verdad no contada y que ni siquiera era referente a su pasado si no al de su hermano. ¿Qué ganaba con ello?, se preguntó, para contestarse a sí misma con una palabra: Nada.

Ridley esperaba su reacción con la respiración contenida. Era la primera vez que le decía a una mujer que su vida no tenía sentido sin ella y temía su respuesta. Solo dejó entrar el aire en sus pulmones cuando Cloe se acercó hasta él y con una expresión indefinible en el rostro, habló.

—Yo tampoco me sentiré completa sin ti —confesó Cloe, mientras elevaba su brazo y acariciaba la mejilla de Ridley con delicadeza—. Tu corazón y mi corazón ya son uno solo y nada ni nadie podrá volver a dividirlos.

Cloe se sorprendió al notar humedad en las yemas de sus dedos, cuando fue consciente de las lágrimas que empapaban el rostro masculino. Un sentimiento indescriptible embargó su pecho y sin dudar se puso de puntillas para llegar a los labios de Ridley. A pocos milímetros de ellos pronunció lo que su corazón proclamaba a gritos.

—Te amo, Ridley Harper —susurró antes de besar sus labios.

Eran pocas las ocasiones en las que Ridley se había permitido dejar escapar lágrimas de sus ojos, pero la confesión de Cloe había logrado que una emoción única, que amenazaba con hacer explotar su pecho, le embargara. Lejos de sentirse avergonzado, que era lo que siempre había sentido cuando había dejado mostrar sus emociones a través del llanto, se sentía pleno y feliz.

—Yo también te amo, Cloe Campbell y no dejaré de hacerlo ni cuando el Señor me lleve a su lado. Has entrado en mi vida como una tormenta de verano que lo arrasa todo y hasta que no probé tus besos no supe lo que era estar vivo.

Cloe, ante su confesión, no dudó en besar aquellos labios que tanto había extrañado, disfrutando de su sabor, dejándose llevar por la pasión que se había encendido en su cuerpo por combustión espontánea.

Ridley respondió al beso con la misma necesidad, mientras cogía la cintura de la joven y la elevaba para tener mejor acceso a su boca. Minutos después, ambos respiraban agitadamente, mientras sus cuerpos proclamaban la liberación de la necesidad que llevaba días consumiendo a ambos. Con esfuerzo, Ridley apartó a Cloe de su cuerpo.

—No podemos seguir con esto —dijo mientras apoyaba su frente sobre la de Cloe—. Imagínate que el señor Wilson sube a ver cómo va todo.

Cloe frunció el ceño, aunque sabía que Ridley tenía razón. El señor Wilson se había comportado con ella como el abuelo que nunca tuvo y se merecía su cariño y su respeto. No quería ni imaginar la vergüenza que pasaría si el anciano llegaba a descubrirlos entre las sábanas, que es donde acabarían si seguían besándose.

—Tienes razón, pero no creas que voy a permitir que no acabes lo que has empezado —dijo, disfrutando de la expresión sorprendida de Ridley.

—Por supuesto que no, preciosa —dijo Ridley antes de besar la punta de su nariz—. Y ya que tienes la maleta hecha, creo que es hora de que vuelvas a casa.

## Capítulo 30

Blake seguía en el garaje, inspeccionando el amplio espacio. Parecía que llevaba mucho tiempo en desuso pero estaba claro que en su momento había sido un buen taller, cosa que le extrañó en un rancho. Parecía que alguien había disfrutado tanto como él con la reparación de motores. Finalmente, se acercó a un rincón poco iluminado, donde una lona ocultaba la inequívoca silueta de un coche. Dudó unos instantes, antes de tirar de la gruesa tela para descubrir algo que le dejó sin aliento. Ante él apareció un viejo Chevrolet Camaro del 69 de color negro. No pudo evitar soltar un prolongado silbido de admiración mientras tocaba la chapa con la yema de sus dedos con auténtica veneración.

—¡Wow, qué pasada! —exclamó como un niño que acababa de ver por primera vez a papá Noel.

—Sí, es precioso —dijo Ruth a su espalda.

Blake se giró con rapidez y sintió que sus mejillas se coloreaban al verse descubierto por la anciana. En un acto reflejo se apartó del vehículo, pero no pudo apartar la mirada de él.

—Era de tu padre —explicó Ruth—. Adoraba ese coche.

—No me extraña —replicó Blake, aún impactado por su hallazgo—. ¿Le gustaban los coches? —preguntó sorprendido.

—Le apasionaban, aunque su padre nunca le hubiera permitido dedicar su vida a ellos —dijo Ruth con cierta tristeza—. Cuando acababa las tareas del rancho se metía aquí durante horas para trabajar en los coches de segunda mano, que luego vendía. Este fue el último que compró.

—¿Está completamente restaurado?

—Creo que sí, pero yo no entiendo de coches —dijo Ruth con humor, disfrutando de la fascinación de Blake por aquel cacharro—. ¿Por qué no lo pruebas y lo descubres? Es tuyo —le ofreció, disfrutando de la expresión del hombre.

Blake, al escuchar sus palabras, no pudo evitar girar su rostro y clavar su mirada en la de su abuela, sorprendido por sus palabras, que no podía creer.

—¿Mío? —boqueó incrédulo.

—Sí, tuyo. Lleva en ese rincón años sin que nadie le preste la atención que requiere. Está claro que te estaba esperando a ti. Estoy segura de que si tu padre te hubiera conocido querría que lo tuvieras tú.

—¿Y Ridley?

—Tu hermano no sabe distinguir entre un manguito y una tuerca —dijo Ruth con humor—. Estoy segura de que no le importará que te quedes con este cacharro. Y ahora déjate de tanta cháchara y mira a ver si aún arranca.

—No creo que funcione —replicó Blake mientras levantaba su capó con anticipación—. Si lleva tantos años parado...

—No lo sé, pero me he preocupado de él en este tiempo. Una vez al año, el viejo Clint comprobaba el motor y esas cosas, hasta el año pasado, que cerró el taller.

Blake escuchaba a su abuela a medias, mientras comprobaba el aceite. Sí, estaba claro que el motor estaba perfecto y se sintió deseoso de plantar sus manos sobre el volante.

—Las llaves están en la guantera —le indicó Ruth, como si hubiera leído sus pensamientos.

—¿Quieres venir conmigo, abuela? —preguntó Blake mientras abría la puerta, dispuesto a sentarse en el asiento del conductor.

—No, lo siento mucho, pero no me gusta la velocidad —replicó la anciana con humor.

Blake se sentía pletórico y sin pensar demasiado en lo que hacía se acercó a Ruth y besó su mejilla.

—Gracias, abuela, sabes cómo hacer a un hombre feliz —dijo risueño, antes de subirse al coche. Metió la llave en el contacto para hacerlo rugir y salió del garaje con soltura.

Ruth sintió una emoción especial en su pecho cuando Blake la llamó abuela y besó su mejilla de forma espontánea.

Cuando el coche desapareció de su vista, salió del garaje y se aproximó a uno de los vallados, donde apoyó sus antebrazos sobre la madera y dejó que su mirada se perdiera por los vastos campos del rancho Harper.

Parecía que el tiempo ponía todo en su lugar y que, poco a poco, sus seres queridos habían encontrado su camino. Blake parecía haber aceptado que tenía una familia, dejando el rencor en el pasado. Lo poco que había conocido de él en el tiempo que llevaba en casa le estaba confirmando que, pese a lo que había dicho Bell la última vez que habían conversado, sí había hecho un buen trabajo criando a su nieto.

Por otro lado, su pequeño ratoncito se marcharía en dos días rumbo a la universidad. El día anterior se había ido de acampada con Hayden y aunque en un principio no le había gustado la idea de que ambos pasaran la noche

solos, tenía que aceptar que los tiempos habían cambiado. En pocas horas la pareja se separaría y necesitaban de ese tiempo a solas.

Le había costado mucho aceptar que se marchara para ir a la universidad, pero entendía que era lo correcto y ahora que sabía que Hayden era el dueño de su corazón se quedaba más tranquila. Era un buen hombre, e intuía que a pesar de la distancia su amor sobreviviría porque era verdadero. Lo sabía por la forma que tenían de mirarse cuando creían que nadie los veía. Después de todo, Ruth siempre había tenido un don para leer en los sentimientos de los demás.

\*\*\*

Ridley aparcó el coche junto a la casa y ayudó a Cloe a bajar. Estaba deseando buscar un lugar tranquilo e íntimo para poder estrecharla entre sus brazos, sin un hilo de tela que cubriera sus cuerpos, y poder fundir sus pieles en una sola. Pero al ver la silueta de su abuela junto a uno de los cercados sintió la necesidad acercarse a ella y ver si estaba bien.

—Amor, ¿me das un momento? —preguntó a Cloe, que en aquel momento estaba a punto de coger su maleta del asiento trasero.

—Claro —aceptó la joven algo confusa, pero al descubrir a donde se dirigía la mirada de Ridley y ver a Ruth, no dudó en dibujar una sonrisa en sus labios—. Lo que necesites, te tendré todo para mí toda la vida —añadió, antes de besar los labios masculinos y encaminarse hasta el apartamento sobre el garaje.

Ridley sonrió ante sus palabras y no apartó su mirada del cuerpo de Cloe hasta que desapareció tras la puerta del apartamento. Solo entonces se dirigió al encuentro de su abuela, que seguía en la misma postura, como una estatua. Solo habló cuando estuvo a su lado.

—¿Qué haces aquí tan sola? —preguntó, apoyando los brazos en la valla al igual que ella. Su abuela, sorprendida, giró su rostro y clavó su mirada en su persona.

—Disfrutar del paisaje y pensar —respondió Ruth con tranquilidad—. ¿Y tú, no deberías estar con el ganado? —preguntó extrañada. Ridley nunca se tomaba un respiro en lo referente al rancho.

—Tenía que hacer algo importante en el pueblo —comentó enigmáticamente, logrando llamar la atención de la anciana mujer—. Y lo he logrado —concluyó triunfal.

—¿Qué has logrado? —preguntó Ruth confusa.

—Que Cloe me perdone —dijo Ridley con una genuina sonrisa en los labios, una que Ruth hacía mucho tiempo que no veía y que colmó su corazón.

—¿Y cómo ha sido eso? —preguntó curiosa.

—Hablé con Blake y me hizo abrir los ojos.

—Cuánto me alegro, corazón —dijo Ruth, apartándose del vallado para abrazar a su nieto—. Creo que es la mujer perfecta para ti.

—¿Eso quiere decir que ha pasado tu examen? —replicó Ridley con humor, mientras estrechaba el frágil cuerpo de la anciana con cuidado.

—¿Lo dices por Michelle? —preguntó Ruth mientras se apartaba de la calidez del cuerpo de su nieto—. La doctora era una mujer maravillosa; pese a lo que puedas pensar me gustaba, pero sabía que no era para ti. Cloe ha logrado desquiciarte, hacerte cometer locuras y que volvieras a sonreír. Y créeme si te digo que era lo que necesitabas.

Ridley meditó sobre esas palabras. En el fondo sabía que tenía razón en cada una de ellas. Después de la muerte de su padre las responsabilidades del rancho habían recaído sobre sus hombros, a pesar de la ayuda de su abuela, y eso había forjado su carácter. Todo su mundo se había centrado en el trabajo, en cuidar a su familia, sin tiempo para reír o disfrutar de la vida, que era lo que le había devuelto Cloe con su frescura.

—No te puedo quitar la razón, como siempre.

—Más sabe el diablo por viejo que por diablo —dijo Ruth con una sonrisa traviesa—. Y ahora, largo. Hay una jovencita muy guapa esperándote en el apartamento. Blake ha salido y tardará en regresar —añadió guiñándole un ojo.

Las mejillas de Ridley se tiñeron de color ante la insinuación de su abuela, aunque había dado claramente en el blanco.

—Venga, corre —dijo Ruth risueña, recordando los primeros meses de su matrimonio—, tenéis que recuperar el tiempo perdido —añadió con humor.

—¿Y tú, estarás bien? —preguntó Ridley preocupado, al ver la melancolía que envolvía a su abuela en aquel momento.

—No seas tonto, estoy perfectamente. Solo estoy disfrutando de las vistas y de la felicidad que me rodea.

Ridley dudó unos segundos, pero finalmente la abrazó y besó su coronilla.

—Te quiero, abuela —dijo antes de salir corriendo en dirección al

apartamento, deseando fundirse con Cloe, a la que imaginaba esperándole en la cama, completamente desnuda.

Ruth notó la humedad en sus ojos tras escuchar sus palabras. Sabía que Ridley la quería, pero hacía años, desde que era un niño, que no se lo decía y no pudo evitar emocionarse. Por primera vez en mucho tiempo se sentía feliz, serena y en paz. Cuando el Señor la llevara a su lado habría dejado a su familia en perfecta armonía.

\*\*\*

Hayden dio una vuelta sobre sí mismo y notó el duro suelo bajo su cuerpo, tenuemente amortiguado por una colchoneta plegable. Solo recordó dónde se encontraba cuando abrió los ojos y descubrió el rostro de Daniela a escasos centímetros del propio. La luz del día se filtraba por un pequeño resquicio de la tela y le permitió ver el rostro de la mujer que amaba y que permanecía dormida.

Sus labios se curvaron formando una sonrisa al recordar la noche que habían vivido en aquella estrecha tienda de campaña y que había sido la mejor de su vida, pero había que volver a la realidad y recoger el campamento para regresar al rancho.

Con la mayor delicadeza de la que fue capaz, acortó la distancia que los separaba y besó sus labios levemente antes de coger sus ropas y salir de la tienda de campaña para vestirse y preparar el desayuno.

Poco después ya tenía unas rodajas de pan tostado sobre un plato y estaba poniendo la cafetera sobre un pequeño infiernillo de gas cuando unos brazos rodearon su cuello y el inconfundible olor de Daniela inundó sus fosas nasales.

—Buenas días, mi amor —dijo la joven, mientras besaba su mejilla, para descender por su cuello con pequeños mordisquitos.

Hayden disfrutó de su efusividad y de cada caricia, pero si no se detenía acabaría tumbándola en el suelo y volviendo a tomar su cuerpo, como había sucedido la noche anterior en varias ocasiones.

—No seas mala —la regañó, mientras se giraba y la obligaba a detenerse cogiendo sus hombros entre sus dedos—. Si sigues con tus tortuosas caricias no llegaremos a la hora de comer, y recuerda que después tenemos un largo viaje por delante.

Daniela sabía que tenía razón, y aun así no pudo evitar fruncir su ceño.

Habían hablado en un montón de ocasiones de su marcha y del tiempo que pasarían separados, pero una cosa era hablar sobre ello y otra muy distinta era hacerlo.

—No quiero irme —proclamó, mientras se apartaba de Hayden y se aproximaba al arroyo donde habían acampado la noche anterior.

Hayden chascó la lengua, molesto por su testarudez, y se acercó hasta ella para abrazarla, colocando su espalda contra su pecho y estrechándola contra su cuerpo.

—Por favor, no hagas esto más difícil.

Daniela se giró sobre sí misma y se colgó de su cuello antes de hablar. Sabía que Hayden tenía razón, pero no podía evitar sentir un hondo dolor en su pecho.

—No lo haré, pero júrame que irás cada fin de semana a verme. Ahora que Blake está en el rancho, puede ayudar a Ridley...

—Oh, vamos, por favor. Sabes tan bien como yo que Blake es un pato mareado en lo referente al rancho, además de que nadie ha dicho que se vaya a quedar. Pero tengo una noticia que darte.

—¿Cuál? —preguntó Daniela curiosa.

—Ayer hablé con Ridley y ha dicho que contratará a un nuevo hombre los fines de semana, para que pueda ir a visitarte.

—¿De verdad? —dijo Daniela, mientras daba pequeños saltitos.

—¿Acaso creías que podría estar separado de ti más de una semana? —replicó Hayden antes de atrapar sus labios con pasión, olvidándose por completo de la cafetera que pitaba a sus espaldas.

## Epílogo

Ridley entró en el granero justo a tiempo, porque un trueno retumbó en la lejanía antes de que una tromba de agua comenzara a caer. Maldijo su mala suerte, porque había pensado en cambiar el ganado de lugar y esa lluvia retrasaría sus planes. Dado que poco podía hacer mientras no escampara, cosa poca probable, dadas las nubes oscuras que presidían el firmamento, decidió disfrutar del espectáculo asomado a la puerta, tomándose unos minutos de descanso antes de decidir a qué dedicar el resto de la tarde.

Siempre había maldecido las tormentas porque dificultaban su trabajo, pero desde que se había enamorado de Cloe había cambiado de opinión. Ahora le recordaban al día en el que se había enamorado de ella. No podía negar que era un espectáculo sublime ver cómo las nubes chocaban unas contra otras produciendo truenos y relámpagos, demostrando el poder de la madre tierra.

Estaba a punto de entrar al interior del edificio, dispuesto a hacer algo de provecho, cuando distinguió una figura atravesando los pastos ocres por el otoño. El inconfundible anorak rojo de Cloe le alertó y sin pensarlo dos veces salió a su encuentro sin importarle mojar sus ropas. Cuando sus caminos se encontraron no dudó en atraparla entre sus brazos y estrecharla contra su cuerpo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, sin poder apartar la mirada de su dulce rostro, húmedo por la lluvia.

—Te estaba buscando —replicó Cloe, mientras enlazaba sus dedos tras su nuca, disfrutando de la mirada masculina fija en su rostro antes de besar sus labios.

Ridley disfrutó de su sabor, del juego de sus lenguas y de la caricia de su aliento en su rostro y, a regañadientes, la apartó para poder hablar, pero sin separarla de su cuerpo.

—¿No se supone que te habías ido a ver a Daniela? —indagó, ya que ese era el plan. Blake, Hayden, Cloe y la abuela pasarían el fin de semana con su hermana en Texas—. Y por cierto, ¿cómo has llegado hasta aquí? —preguntó preocupado.

—Me traje el veterinario, le pillaba de camino, iba a atender una urgencia en el rancho Lee. Y respondiendo a tu primera pregunta, decidí quedarme en el último momento —explicó Cloe, con una sonrisa que iluminaba su rostro—, cuando fuimos a buscar a Blake a Town Hope.

—¿Y eso a qué se debe? —preguntó Ridley, pegándola más a su cuerpo con una mirada lobuna.

—No todos los días podemos disfrutar de una tormenta estando solos en el rancho —explicó, mientras le guiñaba un ojo pícaramente.

Ridley sonrió al escuchar sus palabras mientras cogía su cintura y la elevaba, para que sus ojos quedaran a la misma altura.

—Me parece un plan fantástico, así podré disfrutar de tus besos con sabor a lluvia.

—Eso había pensado yo, pero preferiría que entráramos dentro —dijo señalando el granero—. Estoy calada hasta los huesos. Tengo la ropa empapada.

—Claro, mi amor —dijo Ridley cogiéndola entre sus brazos, sorprendiendo a Cloe, que solo tuvo el tiempo suficiente para aferrarse a su cuello—. Estaré encantado de liberarte de esa tortura.

Cloe rió alegremente, notando que la excitación ascendía por su estómago. Las palabras de Ridley habían logrado que una imagen muy nítida se formara en su mente: dos cuerpos desnudos sobre una manta en el suelo del granero.

Juntos se alejaron hacia el interior mientras en el cielo, la tormenta se desataba.

*Fin*

## Agradecimientos

Creo que esta es la parte más difícil de todo libro. Son muchas las personas que durante el proceso de creación de una historia te brindan su ánimo, apoyo, cariño y amistad.

En primer lugar a ti, lector, por confiar en mí y en mis musas, que son las responsables de crear vidas ajenas en mi cabeza. Nunca me cansaré de agradecer vuestro tiempo y emociones.

Y especialmente a varias personas:

En primer lugar a mi marido, mi hijo y mi madre, a los que he robado tiempo de estar con ellos para poder escribir esta y otras historias.

Luego a unas amigas muy queridas y que siempre están ahí, para darme el aliento que necesito. Maravillosas charlas y consejos: Sara V. Roldán, Raquel Campos, Yolanda Revuelta, Lorraine Cocó, Rose B. Loren. Gracias por todo.

También a unas maravillosas lectoras cero: Raquel Campos, Yolanda Revuelta y Vanesa Gómez. Gracias por robar tiempo a vuestras vidas para leer y disfrutar de esta novela y ayudarme a limarla.

Y a lectoras fuera de serie;

Ana Silva Silva, Eugenia Dorado, Patricia García Salcedo, Minerva Fuentes Juan, Teresa Hernández Martín, Marisa Lillo Berenguer, Fatima Carvalho, Fanny koma, Jeny Salinas, Carolina Pedrero... y un largo etc. Si me dejo al alguien mil disculpas.

A Violeta Treviño, por la corrección infatigable de esta novela para que quedara perfecta.

¡Mil gracias a tod@s!

## Mar Fernández Martínez

Amante de su ciudad natal, Madrid, vive en un pueblo de Salamanca de apenas treinta vecinos, junto a la persona que eligió para vivir su propia historia de amor.

Su afición por la lectura comenzó una fría tarde de invierno, con tan solo 15 años, cuando aburrida hurgó en los estantes de la biblioteca de su hermana algún libro que le llamara la atención. Allí se decidió por “El jardín de las mentiras” de Eileen Goudge. Y desde ese momento que la romántica la envolvió con su encanto, quedándose hasta la madrugada inmersa en cuanta historia de amor cayera entre sus manos.

Y por entre ellos, la escritura surgió también en ella. Muchos son los cuadernos de espiral donde sus ideas comenzaron a tener vida, plasmando en ellos, mundos donde los hilos de los personajes eran movidos a su antojo, siendo a veces ellos mismos los que guiaban los dedos para escribir sus propios destinos.

*Sus escritos son un enredo de personajes maravillosos, entrelazados unos con otros, con ciertos toques de humor y alegría, algunas tristezas y malos aciertos, pero con palabras y frases que llegan al corazón.*

*Puedes encontrarme en:  
Twitter, Facebook, instagram...  
<http://marfernandezmartinez.wixsite.com>*

## Otras obras de la autora

### CONTEMPORANEA

*Nunca te olvidé.*

*Atardecer contigo.*

*Viaje a los sentimientos.*

*Construyendo un amor.*

*Bilogía los chicos Bradford:*

*Atrapado en tu recuerdo.*

*Savanna, tentadora obsesión.*

### HISTÓRICA

*(Saga Despertar)*

*Despertar con tu amor (I).*

*Perdida en tus brazos (II).*

*El halcón del Támesis (III).*

### COLECCIÓN TIERRAS LEJANAS

*Cruce de caminos.*

*El viaje de su vida.*

### PRÓXIMAS PUBLICACIONES

*(Bilogía: Town Hope)*

*Besos con sabor a esperanza (II).*

**Todas ellas disponibles en Amazon, en digital y papel.**

## Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Mar Fernández Martínez](#)

[Otras obras de la autora](#)